

Presentación

El equipo permanente de *Catequesis Latinoamericana* se expresa actualmente a través de *Medellín* con un trabajo planificado en períodos bienales. Esta revista del Instituto Teológico Pastoral del CELAM mantiene una sección dedicada a la catequesis latinoamericana en cada número, además del último de cada año dedicado a este sector clave de la acción eclesial.

La presente entrega ha sido dedicada al proyecto de catecismo para la Iglesia católica impulsado por la Sede Apostólica a partir del Sínodo Extraordinario de 1985. Incluye, además de dos documentos importantes, uno del Santo Padre y otro del Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, varios estudios en que especialistas de América Latina, bajo su personal responsabilidad, ofrecen aportes para esclarecer el camino del proyecto en forma constructiva y crítica desde diversas perspectivas.

Entiendo que no hay otra revista de catequética que haya dedicado todavía un estudio tan completo a esta preocupación de la Iglesia.

Bendigo esta contribución que viene muy oportunamente a asesorar la reflexión de las Conferencias Episcopales de América Latina y de la propia Sede Apostólica.

† Paulo Andrade PONTE

Arzobispo de São Luis do Maranhão, Brasil

Presidente del Departamento de Catequesis del CELAM

DOCUMENTOS

Discurso a la Pontificia Comisión preparatoria del Catecismo Universal

Juan Pablo II recibió en la mañana del sábado 15 de noviembre a la pontificia comisión para la preparación del catecismo o compendio de la doctrina católica para la Iglesia universal. A los cardenales y a los obispos que en la citada fecha iniciaron los trabajos bajo la presidencia del cardenal José Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Santo Padre les dirigió el siguiente discurso:

1. Constituye para mí motivo de particular alegría saludaros, venerables y queridos hermanos, miembros de la comisión pontificia para la redacción del proyectado catecismo para la Iglesia universal, que iniciáis hoy bajo la presidencia del cardenal Ratzinger.

“La catequesis —como sabéis perfectamente— ha sido considerada siempre por la Iglesia como uno de sus deberes fundamentales” (“Catechesi Tradendae”, n. 1) porque es parte esencial de la evangelización, es decir, de la difusión de aquel “poder de Dios para la salvación de todos los creyentes” que es el Evangelio (cf. Ro 1,16).

También en nuestros días, después del Concilio Vaticano II, dos asambleas del Sínodo de los Obispos han reflexionado sobre la evangelización y sobre la catequesis en la misión de la Iglesia en el mundo moderno; fruto de dichas asambleas han sido las exhortaciones apostólicas “Evangelii Nuntiandi” y “Catechesi Tradendae”, que ilustran la estrecha relación de la catequesis con la evangelización y demuestran cuál es su propio cometido.

Cuando se celebró la asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos sugerí, en diciembre del año pasado, la publicación de “un catecismo o compendio de toda la doctrina católica en lo que se refiere tanto a la fe como a la moral, para que sea un punto de referencia para los catecismos o compendios que se están preparando en las diversas regiones” (Sínodo de los Obispos, Informe final, n. II, B. a), tenía ciertamente presente el considerable esfuerzo hecho por la catequesis en los últimos años, con sus muchos méritos, pero también con sus limitaciones y deficiencias (“Catechesi Tradendae”, n. 17), que “deben suscitar una atenta revisión de los medios empleados y de la doctrina católica” (“Enseñanzas”, VIII, I (1985), p. 110).

2. Bajo esta perspectiva de renovación y de progreso de la catequesis habéis sido llamados a presidir el difícil pero importantísimo cometido de elaborar un proyecto de catecismo para la Iglesia universal.

Ciertamente, el catecismo no es la catequesis, sino que es solamente un medio o instrumento de la misma (“Catechesi Tradendae”, n. 28). En efecto, mientras que el catecismo es un compendio de la doctrina de la Iglesia, la cate-

quesis, "por el hecho de ser aquella acclón eclesial que conduce a la comunidad y a cada uno de los cristianos a la madurez en la fe" (Congregación para el Clero, directorio general, n. 21), transmite esta doctrina —con los métodos adaptados a la edad, a la cultura y a las circunstancias de la persona— a fin de que la verdad cristiana se convierta, con la gracia del Espíritu Santo, en vida de los creyentes ("Enseñanzas", VIII, I (1985), pp. 38-39).

Y sin embargo, la importancia del catecismo en la catequesis es grande, como queda ampliamente demostrado por la experiencia multiseccular de la Iglesia. En efecto, aun cuando el género "catecismo", tal y como hoy lo entendemos, se hizo de uso común solamente en tiempo de la Reforma, su esencia como estructura fundamental de la transmisión de la fe es tan antigua como el catecumenado, lo que equivale a decir tan antigua como la Iglesia, y, en su esencia, es "irrenunciable" (cf. J. Ratzinger, conferencia pronunciada en París el 16-I-1983, n. I, 1, "La documentation catholique", 6 (1983), 260-267).

El catecismo será conciliar, bíblico y litúrgico

El catecismo que estáis llamados a elaborar se enmarca, pues, en el surco de la gran tradición de la Iglesia no para sustituir a los catecismos diocesanos o nacionales, sino con la finalidad de ser para ellos "punto de referencia". No quiere ser, pues, un instrumento de chata "uniformidad", sino una ayuda importante para garantizar "la unidad en la fe", que es una dimensión esencial de aquella unidad de la Iglesia que "brota de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (S. Cipriano, "De oratione dominica", 23; PL. 4., 553).

3. Como es natural, este proyecto de catecismo, a su vez, deberá tener como constante punto de referencia las enseñanzas del Concilio Vaticano II, consideradas en su continuidad y complementariedad con todo el magisterio precedente de la Iglesia. Es esta una exigencia fundamental a fin de que el catecismo, dentro del debido respeto por la jerarquía de las verdades cristianas, sea verdaderamente "completo" y se convierta, por ello, en válido instrumento para una catequesis que "pretende adaptar su enseñanza a la capacidad de los que la reciben, pero no se atribuye el derecho de velar o de suprimir una parte de la verdad que Dios mismo ha querido comunicar a los hombres" ("Enseñanzas", VIII, I (1985), n. 2, pp. 37-38).

En este sentido, el Sínodo de los Obispos ha manifestado sus deseos de que, en el catecismo, la presentación de la doctrina sea "bíblica y litúrgica" (Sínodo de los Obispos, lug. cit.). La catequesis es una de las formas de la transmisión de la revelación en la Iglesia y, como consecuencia, debe ser regulada, necesariamente, en los contenidos y en los métodos "por la estructura propia de tal transmisión, la cual implica la conexión inseparable entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio (cf. "Dei Verbum", 10). ("Enseñanzas", VIII, I (1985), p. 111).

4. El servicio que os disponéis a llevar a cabo en la Iglesia universal no carece de dificultades. Pero sé que sois también profundamente conscientes de que en vuestro trabajo podéis contar con la ayuda constante del Espíritu de Verdad, que anima y dirige todo esfuerzo verdaderamente eclesial para la transmisión fiel de la Palabra de Dios.

Dándoos las gracias en nombre de todo el pueblo de Dios por el compromiso generosamente asumido por vosotros, me es particularmente grato confiar vuestro trabajo a la protección de María, Madre de la Iglesia, y acompañaros con mi bendición. ●

("O. R." 16-XI-86; original italiano; traducción de ECCLESIA, 27 diciembre 1986, n. 2.299, p. 34 /1802/).

Relación al Sínodo de los Obispos sobre el estado de preparación del catecismo de la Iglesia católica

Cardenal Joseph Ratzinger

Esta relación tiene el objetivo de informar a los padres sinodales sobre el íter de la preparación del catecismo para la Iglesia universal. Sería, por tanto, suficiente el itinerario y los momentos principales que, siguiendo un orden cronológico, la comisión competente ha seguido en los propios trabajos y opciones, y los programas de los trabajos futuros. En efecto, me parece justo dar esta información, aunque sea limitada e imperfecta, a esta Asamblea sinodal, porque la sugerencia de preparar el catecismo universal tuvo lugar en el último Sínodo General Extraordinario y el examen y el juicio de esta obra se realizará en el próximo Sínodo Ordinario de 1990.

1. Como ya es sabido por todos, Juan Pablo II, el 10 de junio de 1986, constituyó una pequeña comisión compuesta por Pastores de varios Continentes y por responsables de los dicasterios de la Curia Romana, bajo la presidencia del Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, a los cuales se les encomendó la tarea de preparar un esquema del catecismo para la Iglesia universal. De este modo el Papa cumplía el deseo expresado por los padres sinodales del último Sínodo Extraordinario de los Obispos, celebrado en diciembre de 1985 y expresado en la Relación final con estas palabras:

“Es un deseo muy común que se elabore un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre las costumbres, que sea como el punto de referencia para los catecismos y compendios que se redacten en las diversas naciones. La presentación de la doctrina ha de ser tal que resulte bíblica y litúrgica, presentando la doctrina sana y, a la vez, acomodada a la vida actual de los cristianos” (*Relatio finalis*, II, B, 4).

2. Por lo que se refiere al íter de los trabajos para la preparación de este catecismo, el Santo Padre, en la alocución a la Curia Romana del 28 de junio de 1986, indicó las diversas fases del mismo:

— preparación de un texto a modo de esquema;

— consulta sobre este texto a las Iglesias orientales, a las Conferencias Episcopales, a los dicasterios de la Curia Romana, y a los expertos en el anuncio de la Palabra;

— presentación del nuevo esquema en uno de los próximos Sínodos Generales Ordinarios de los Obispos (o sea, el VIII, que se celebrará en 1990);

— todo esto precederá a la aprobación pontificia y a la publicación subsiguiente, que tal vez se podría realizar con ocasión del XXV aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II.

3. La comisión de los cardenales y obispos nombrada por el Santo Padre, en la primera sesión que tuvo lugar en noviembre de 1986, decidió servirse de la ayuda de:

- a) Una secretaría ejecutiva;
- b) una comisión de redactores;
- c) un colegio de consultores.

Por lo que se refiere a la tarea de la secretaría ejecutiva se ha encargado de ella la Congregación para la Doctrina de la Fe, la cual, por la misión que se le ha confiado en este asunto, debe atender a la coordinación y dirección de los trabajos. En el desarrollo de esta tarea, la Congregación puede valerse también de la colaboración de personas y expertos externos según las necesidades. La comisión de los redactores está compuesta por siete obispos, a los cuales se añade un eclesiástico en calidad de secretario de redacción. Los nombres de los siete obispos son: Mons. José Manuel Estepa Llaurens, vicario castrense en España; Mons. Jean Honoré, arzobispo de Tours (Francia); Mons. Alessandro Maggolini, obispo de Carpi (Italia); Mons. Jorge Medina Estévez, administrador apostólico de Rancagua (Chile); Mons. David Every Konstant, obispo de Leeds (Inglaterra); Mons. William J. Levada, arzobispo de Portland en Oregon (Estados Unidos); Mons. Estanislao Esteban Karlich, arzobispo de Paraná (Argentina). Secretario de la comisión de redacción fue nombrado el P. Cristóforo Schünborn, o.p.

Del colegio de consultores forman parte unos cuarenta expertos elegidos entre aquellos que han sido presentados por los miembros de la comisión, teniendo presente tanto su competencia específica en las diversas disciplinas teológicas, como su pertenencia a culturas y lenguas diferentes entre sí.

4. En la primera sesión, la comisión aprobó, junto a un esquema de estructura tripartita (las verdades a creer, los sacramentos y los preceptos), también algunas "propuestas" a la redacción del referente catecismo. En particular los miembros de la comisión, con decisión unánime, establecieron que dicho texto sea una exposición orgánica y sintética de los capítulos esenciales y fundamentales de la doctrina católica en materia de fe y de costumbres, a la luz del Concilio Vaticano II y dentro del respeto de la precedente tradición de la Iglesia. Esta exposición, cuyo contenido debe extraerse fundamentalmente de las fuentes de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de la liturgia y del Magisterio eclesiástico, ha de presentar las características de esencialidad, de integridad y de "discursividad", de este modo podrá convertirse en un "punto de refe-

rencia" para los catecismos nacionales y diocesanos que serán la ulterior elaboración del mismo y su necesaria adaptación a las condiciones locales.

Por lo que se refiere a los destinatarios, este catecismo se dirige a quienes incumbe la tarea de componer y/o aprobar los catecismos nacionales y/o diocesanos. Por tanto, está destinado, sobre todo, a los obispos, en cuanto son doctores de la fe: a ellos se ofrece este catecismo como instrumento para desempeñar en el Pueblo de Dios su misión profética, que le es propia y a la que no pueden abdicar.

En cuanto a la característica de la "discursividad", en la preparación del catecismo se debe tener presente el contexto de la cultura contemporánea, la tradición eclesial, la necesidad de expresar las cuestiones religiosas de un modo fácil y sencillo, y todo mediante fórmulas que resumen sintéticamente capítulos fundamentales de la fe, adaptadas para ser aprendidas de memoria.

A todos les pareció necesario que, además del texto del catecismo, se preparara también un glosario; y esto por una doble razón: para que sea más fácil el acceso a los temas del catecismo y además, para que se obtenga en cuanto sea posible, un lenguaje común fundamental de base en el campo catequético.

5. Teniendo presente estas directrices impartidas por la comisión competente, el comité de los redactores —es decir los siete obispos elegidos por la comisión misma— efectuaron, en los primeros cuatro meses de este año, la redacción del primer esquema del catecismo, estructurado en sus diversas partes; le siguió otro esquema que comprende: el prefacio, el índice-sumario de cada parte, una primera explicación no definitiva de la materia del catecismo dividida en tres partes.

6. La segunda sesión de la comisión, que tuvo lugar el pasado mes de mayo, examinó y valoró el segundo esquema del texto del catecismo.

En esta sesión los miembros de la comisión reconocieron y alabaron por unanimidad la validez de la obra realizada por los obispos redactores; efectivamente, en tan breve espacio de tiempo, pudieron ofrecer no sólo un sumario, sino también una amplia exposición, aunque no definitiva, de la materia del catecismo dividida en tres partes. Al mismo tiempo, los miembros de la comisión han presentado sus observaciones, tanto generales como particulares, acerca del texto propuesto. Particularmente han hecho notar:

— la exigencia de una mayor brevedad y "discursividad", o sea, de concisión en la materia a exponer;

— la necesidad de una atención más diligente al contexto cultural y a las tradiciones de las Iglesias orientales;

— la utilidad de un uso más frecuente de la terminología tradicional de la Iglesia;

— la oportunidad de evitar opciones teológicas y aplicaciones metodológico-didácticas.

7. La comisión de redacción, en la última sesión que tuvo lugar en el mes de junio, intentó iniciar la revisión del texto, según las observaciones hechas por los miembros de la comisión, y de este modo: distinguiendo las partes que necesitan una reelaboración substancial y una revisión de la materia, y las otras partes que requieren solamente algunas correcciones o integraciones oportunas que hay que añadir al texto propuesto.

8. Actualmente la comisión de redacción se ocupa de esta obra de revisión y se ha propuesto tener dispuesto y preparado para el próximo mes de diciembre una especie de "ante-proyecto", es decir, un esquema del texto del catecismo que comprenda junto al índice y al sumario, el tratamiento completo, aunque no definitivo, de todos los capítulos de las tres partes del catecismo. Este primer texto-esquema será examinado y evaluado por el colegio de consultores. A continuación se someterá al juicio de la comisión competente, que prevé una sesión en mayo de 1988. Se espera, por tanto, que en el primer semestre de 1989 se pueda realizar la consulta prevista a todos los obispos, a las conferencias episcopales y, a través de ellas, a los institutos catequéticos a las facultades de teología y a otros institutos expertos en esta materia.

9. Finalmente, se tiene la intención de presentar el esperado texto del catecismo al próximo Sínodo General de los Obispos, que se celebrará en el año 1990, para tener luego la aprobación pontificia y posteriormente —como afirmó el Santo Padre en la alocución a la Curia Romana en junio de 1986— proceder a la publicación que, con la ayuda de Dios, podría tener lugar con ocasión del XXV aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II.

(1º de Octubre de 1987. *L'Osservatore Romano*, 11.10.1987).

Un Catecismo Universal... ¿para qué?

Hno. Israel José Nery, F.S.C.

1. *La catequesis en los comienzos del cristianismo: búsqueda de identidad en medio del mundo pagano*

La historia registra que desde el albor de la Iglesia, fue constante su preocupación por la enseñanza y vivencia de la fe cristiana, a partir del ejemplo y del mandato del propio Jesucristo: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado..." (Mt 28,19s).

Entre los diversos términos usados para el cumplimiento de esa misión predominó a lo largo de los siglos el de *Catequesis*. El significado etimológico es claro: *kata*, algo que viene de lo alto; *echeo-ekos*, el acto de producir eco. Catequesis es un término que ya en su etimología tiene que ver con que "la fe viene de la predicación" (Ro 10,17), que requiere ser oída (Ro 10,14-16). A este término se refieren las conversiones de Apolo (ver Hch 18,25) y de Teófilo (Lc 1,4), siendo también usado a veces por Pablo (ver Ga 6,6; 1 Co 14,9).

El contenido central de la catequesis de los Apóstoles es la persona de Jesucristo (hombre y Dios), su mensaje salvífico (que revela el mundo divino y el proyecto de Dios para el hombre y para el mundo) y la misión de Jesús (hacer que el hombre y el mundo —vencida la ruptura con Dios, el pecado— se construyan según el proyecto de Dios). Este mensaje (Buena Nueva, Evangelio) quedó grabado para la historia en los escritos del Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento y las Escrituras Sagradas de los judíos pasaron a ser para los cristianos la Biblia, o sea, la colección de libros que contienen la revelación de Dios sobre lo que El quiere para el hombre y el mundo.

El mensaje cristiano, es importante destacarlo, fue comunicado, vivenciado y celebrado al calor de una comunidad de fe, esperanza y amor, teniéndose en cuenta las circunstancias concretas y distintas de las personas, grupos, lugares, países, contextos culturales, religiosos, etc.

En la época apostólica ya se delineaba la presentación del mensaje cristiano en cuatro modalidades ligadas y complementarias entre sí para lograr la integridad de su contenido:

a) la parte histórica, o sea, la vida de Jesús, de la comunidad primitiva, y de los Apóstoles;

b) la parte doctrinal en algunas síntesis que fueron cristalizando contenidos del mensaje en fórmulas de fe (credo, datos sobre la Trinidad, sobre el Espíritu Santo, la Iglesia y su misión en el mundo);

c) la parte litúrgica, o sea, la celebración de los principales acontecimientos salvíficos a través de fiestas y ritos propios a lo largo del año, de oraciones y sobre todo mediante los sacramentos;

d) la parte moral: las virtudes cristianas que se han de cultivar, los hábitos y costumbres que han de modificarse según el mensaje del Señor, tanto a nivel personal cuanto comunitario y social.

Ser cristiano implicaba una *identidad específica* por el conocimiento y la vivencia que distinguía a la persona frente a las que tenían otras opciones de vida. Esta identidad incluía básicamente la conversión a Jesucristo y se confirmaba por la convivencia en la comunidad cristiana, que entregaba al converso conocimientos cada vez más profundos y amplios de la fe, exigencias y, sobre todo, estímulos para vivir los valores cristianos. Desde los comienzos se vió la catequesis como una privilegiada mediación para que el cristiano consiguiera dentro de la comunidad sistematizar en breve plazo sus conocimientos y experiencias cristianas, en vista de su maduración en la fe, en la esperanza y en la caridad.

En los primeros cinco siglos del cristianismo la *identidad* buscada por los cristianos tenía como referencia absoluta a Jesucristo, los Evangelios, el ejemplo de los Apóstoles y de las primeras comunidades cristianas. El sello comunitario era muy fuerte, como también la búsqueda de solidez en las convicciones, debido al mundo hostil a la fe y a las continuas experiencias de persecución y de martirio.

Debe recordarse que en los primeros siglos del cristianismo no hubo catequesis organizada para los niños, puesto que en su primera fase de expansión la Iglesia se dirigía a los adultos, procurando convertirlos a Jesucristo y hacerlos miembros de la comunidad cristiana a través de los sacramentos de iniciación, cambiando el estilo de vida para asumir el cristiano. El contexto político exigía, como ya se dijo, una buena madurez humana del cristiano para poder asumir las exigencias del cristianismo y enfrentar la persecución. Por eso el mayor énfasis se daba a la preparación al bautismo, o sea, a la iniciación a la fe cristiana.

Ya desde fines del siglo segundo el trabajo individual de iniciación fue sustituido por el grupal. Poco a poco se fue estableciendo un proceso comunitario progresivo de iniciación a la fe llamado *Catecumenado*, que podía durar hasta tres años, como dice la *Tradición Apostólica* de Hipólito (+ 215). Varios textos de catequesis de los Padres de la Iglesia atravesaron los siglos, destacándose los de San Cirilo de Jerusalén y de San Agustín. En algunos lugares se crearon Escuelas de catequesis, destacándose la de Alejandría.

2. *La catequesis en la Edad Media: búsqueda de la identidad cristiana*

A partir del siglo V el catecumenado fue muriendo, sobre todo por el cambio hacia el bautizo de niños. Antes, como vimos, el bautismo era conferido principalmente a adultos y en algunos casos, a causa de un determinado concepto de pecado cuyo perdón sólo era posible con el bautismo, era postergado hasta la muerte.

Los bárbaros invasores del Imperio eran muy numerosos y la Iglesia no poseía infraestructura suficiente para prepararlos bien a la fe cristiana. Como la religión cristiana fue impuesta como oficial, todos estaban en cierta forma obligados a acatarla. Así, el sistema social fue quedando marcado por el cristianismo. Se afirmaba la cristiandad.

En este contexto la catequesis pasaba a ser obra del *medio ambiente cristiano*. Familia, parroquia, liturgia, convivencia social... se transformaban en educadores omnipresentes que presidían la formación religiosa de todos. El niño bautizado vivía desde el pecho de la madre, en total simbiosis con una sociedad cristiana casi por naturaleza, creciendo en un contexto preponderantemente cristiano. No se necesitaba una institución especial para la iniciación progresiva a la fe, tal como el catecumenado. Todos en la cristiandad crecían como cristianos.

El gran libro de catecismo era el medio impregnado de referencias cristianas. La vida y el arte retrataban un mensaje cristiano: escultura, pintura, música, teatro, vitrales, arquitectura, fiestas, etc. La liturgia, cada vez más suntuosa, ocupaba gran parte del domingo de los fieles: oficio litúrgico, procesiones, incensaciones, largas homilias, rituales solemnes, cantos. Usos, costumbres, política, literatura... todo estaba bajo la égida del cristianismo y con fuerte marchamo clerical.

Recién en el siglo XII aparecieron las primeras obras con cierta preocupación de ordenamiento de los conocimientos religiosos, a partir de la gran sistematización de los teólogos de la época. Ejemplos clásicos son:

a) el libro atribuido a Alcuino titulado "Disputatio Puerorum per Interrogationes et Responsiones" sobre el Credo y el Pater Noster¹;

b) el "Elucidarius" de Honorio de Autun, en el cual son los niños quienes preguntan. La obra está compuesta en tres partes: 1. El Símbolo y la Eucaristía. 2. El mal moral y el mal físico. 3. Los fines últimos²;

c) el "Septenarium" de Hugo de San Víctor. En él el recurso al número siete en forma de contraposición o de correlación es un medio para facilitar el aprendizaje. Ejemplos: los siete pecados capitales, en oposición a las siete virtudes y obras de misericordia; las siete peticiones del Padre-

¹ P.L., t. CI, Col. 1097-1144.

² P.L., t. CLXXX, Col. 1109-1175.

nuestro en correlación con siete bienaventuranzas y con siete dones del Espíritu Santo, etc.³. Rápidamente el gusto por la sistematización ganó terreno y fueron apareciendo varias obras.

3. *La catequesis en la época moderna: búsqueda de identidad frente al protestantismo*

A partir del siglo XIII la cristiandad entró en decadencia, culminando con la rebelión de Lutero en el siglo XVI. Lutero, para alcanzar su objetivo de reforma de la Iglesia, recurrió, entre otros medios, a la fuerza de la sistematización de la fe cristiana representada por el catecismo. Para él fue providencial la imprenta, recientemente inventada. La Iglesia católica por su parte, adoptó también la mediación del catecismo como uno de los grandes medios para confirmar las convicciones de sus fieles y también para ayudarlos frente a las propuestas de los protestantes.

Con la reforma y la contrarreforma el catecismo alcanza un rol importante en la historia de la Iglesia. Entonces cristaliza el catecismo en el sentido vigente hasta hoy, y para defender la ortodoxia da más primacía al "libro de las síntesis de las verdades cristianas" que a la tradición viva de la fe en la comunidad y a la asimilación y vivencia de la Palabra de Dios.

Quedó oficializado el método de las "preguntas y respuestas". La "memorización" de las síntesis empezó a exigirse con rigor. Lutero llegó incluso a insistir en que la memorización precediera a la misma comprensión por la inteligencia. Se convirtió en el mayor interés "saber la verdadera doctrina de la Iglesia". Con ello, lamentablemente, el mensaje salvífico se empobreció reduciéndose a fórmulas, síntesis muy lógicas y científicas pero carentes de vida.

El Concilio de Trento (1545-1563), en su propósito de contrarreforma frente a la iniciativa de Lutero, no dejó de incluir el catecismo como medio privilegiado para la deseada reforma de la Iglesia Católica. Pío V encargó entonces a Carlos Borromeo la elaboración del "Catecismo del Concilio de Trento", que fue publicado en 1566. Redactado principalmente por cuatro teólogos, se orientó a la catequesis parroquial para los adultos realizada los domingos por los párrocos. Por eso este catecismo es en realidad, un resumen de teología. Era necesario instruir bien a los adultos frente a las polémicas generadas por los protestantes.

Sucedió sin embargo que Pedro Canisio ya estaba publicando su "Summa Doctrinae Christianae". Eran tres libros graduados en orden decreciente. En 1555 publicó el "major", en 1556 el "minimus" y en 1558 el "minor". La obra tuvo éxito enorme, sobre todo la destinada a los niños, con 127 respuestas catequísticas y 57 ilustraciones litúrgicas, satisfaciendo

³ P.L., t. CLXXV, Col. 405-414

lo que el Concilio de Trento deseaba para los niños. El trabajo de Pedro Canisio se mantuvo profundamente kerigmático. Era sin polémica, conciso, claro, con fuerte influencia patristica y bíblica.

En 1597 Roberto Belarmino a su vez publicó su catecismo para los niños de los Estados Pontificios de Clemente VIII, y en 1598 apareció su texto para los catequistas.

Los siglos XVI y XVII desencadenan un creciente interés por el catecismo en todas partes. No obstante, es preciso señalar algunas limitaciones de ese movimiento catequético en contraste con los primeros tiempos del cristianismo.

Los manuales fueron escritos por teólogos, en la línea de las "summas teológicas", con un rigor lógico, divisiones, subdivisiones, síntesis. Se buscaba prioritariamente la sistematización científica de los datos de la fe. Además de eso, había fuerte preocupación por la defensa de la fe católica contra las interpretaciones de los protestantes. Por lo tanto, el estilo era defensivo, cargado de precisiones (definiciones, búsqueda de términos y conceptos perfectos...). Otra limitación es que los catecismos no presentan grandes preocupaciones por la vida cristiana diaria. Esta se suponía, aunque era sabido que ya prevalecían la negligencia y la indiferencia. Tal vez se pensaba que esto ocurría precisamente porque los fieles ya no conocían bien las verdades de la fe.

Con el desarrollo de la imprenta y la importancia adquirida por la hora de catecismo los domingos y fiestas de precepto, el catecismo se convirtió en el libro distintivo de los católicos con su presentación de las certezas de la Iglesia. Basándose en las teorías de la "sola scriptura" y del "libre examen" en la interpretación, y haciendo uso de la imprenta, de la escuela dominical y del culto bíblico, la Biblia se hizo el libro distintivo de los protestantes y de otras corrientes inspiradas en su ejemplo.

En verdad el catecismo no estaba solo en el proceso de reforma de la Iglesia Católica. El Concilio de Trento desencadenó varias mediaciones tomando en cuenta todas las instancias de la Iglesia. Apuntaba a la reforma de la vida de los obispos, de los sacerdotes, de los seminaristas, de los religiosos, de los laicos. Se reformuló la liturgia, la moral, la oración, etc.

En contraposición a los protestantes se dió énfasis a las misiones populares con fuertes llamadas a la conversión a través de la culpabilización por el pecado, del miedo a la condenación eterna y a la justicia divina. Se acentuaba la necesidad de la práctica sacramental, lo que llevó al pueblo a clericalizar las devociones populares. Se insistió en la obligación bajo pecado de la misa dominical y en días de precepto y de la confesión y comunión pascuales, exigidas rigurosamente. Se daba mucho valor a la homilía que martillaba sobre las obligaciones religiosas y morales.

El catecismo entró en el proceso de reforma de la Iglesia como una instancia altamente privilegiada y se fue imponiendo prontamente en el

mundo católico, llegando a desempeñar una función incomparable en el proceso de creación de la identidad tridentina y de la imagen religiosa social, dejando huella tan específica y fuerte que duró hasta el Concilio Vaticano II.

Para dar eficacia al catecismo se lo rodeó de una serie de medios prácticos tales como un horario propicio, motivaciones, catequistas, presión de los padres, intimidaciones, premios. La escuela mostró una importancia cada vez mayor para la catequesis y por eso la Iglesia se dedicó a multiplicar las suyas, además de trabajar en las que no le pertenecían.

Además de eso, en contraste con la enseñanza protestante de salvación solamente por la fe, la Iglesia se aplicó a reforzar la atención en las obras de misericordia, multiplicando sus instituciones de este carácter (asilos, hospitales, escuelas, orfanatos, etc.). Respondió a la primacía de la Escritura con el primado de los sacramentos, especialmente la Eucaristía.

El fuerte sello de cristiandad que dominó por siglos a Occidente, fue sustituido por dos fuertes corrientes cristianas. Una de nítida identidad católica, en los moldes diseñados por el Concilio de Trento. Otra de identidad protestante, según los moldes de Lutero, pero inmediatamente subdividida en diversas denominaciones, o bien, a ejemplo de Lutero, seccionadas de la Iglesia Católica como hizo el Anglicanismo.

En el lado católico los siglos que siguieron a Trento consiguieron crear con éxito la identidad trazada por el Concilio. Tres factores centrales contribuyeron a implantar dicha identidad:

- a) el andamiaje doctrinal que creó las certezas de la fe católica y la imagen social característica del post-Trento;
- b) el encuadramiento del clero en las perspectivas del Concilio;
- c) el encuadramiento de los fieles en el mismo esquema.

No obstante, la historia registra la ruina de la identidad tridentina por una conjugación de circunstancias. Por una parte, los gérmenes de esa ruina ya se encontraban en la misma época en que esa identidad se estructuraba en los siglos XVI y XVII. Pero fue a mediados del siglo XX, con la aceleración de los acontecimientos de la era industrial, cuando la crisis, gestada desde larga data, explotó revelando la distancia enorme entre la Iglesia de identidad tridentina y el mundo moderno, entre las aspiraciones de los fieles y los propios orígenes cristianos. Esta desestructuración alcanzó de lleno la armazón doctrinal y la autoimagen religiosa de toda la Iglesia. Era necesario un nuevo Concilio del tamaño de Trento para una nueva identidad.

4. *La catequesis hoy: búsqueda de identidad frente al mundo contemporáneo*

El Concilio Vaticano II (1962-1965) evidenció cristalina la ruina de la identidad tridentina y delineó los trazos de la nueva identidad para

la Iglesia Católica en los próximos años. No se sabe bien por cuántos años, pero ciertamente serán muchos menos que la duración del post-Trento. *Lumen Gentium*, con su propuesta de una renovación interna de la Iglesia y *Gaudium et Spes*, con la renovación de la presencia y misión de la Iglesia en el mundo, constituyen los dos ejes centrales para la nueva identidad, reforzada por *Dei Verbum*, donde los católicos retoman la Biblia, y por una serie de otros documentos menores que explicitan aspectos de los grandes textos conciliares.

Luego después del Concilio Vaticano II, el impacto de las nuevas propuestas quitó de golpe, un poco por todas partes, lo que todavía sobraba de los esquemas tridentinos. Claro es que mucha cosa buena fue tragada por esta onda reformista.

Entretanto, se abrió un largo período de experiencias en busca de la nueva identidad, sabiéndose mucho mejor qué no servía que lo que de veras se quería. Junto con la buena voluntad de interpretar y vivir los documentos conciliares, se experimentaba un poco de todo y de modo muy creativo en la pastoral: liturgia, catequesis, grupos de jóvenes, parroquias, escuelas...

La catequesis, calcada en las síntesis tridentinas y casi solamente dirigida a los niños en vista de los sacramentos, evidentemente cayó en crisis. Se percibía la urgente necesidad de llegar a los adultos para la internalización de las orientaciones conciliares, dado que el barrido de muchos esquemas tridentinos estaba creando un gran malestar. Algunos "Catecismos" más adaptados al espíritu renovador del Concilio alcanzan enorme éxito pero provocan grandes polémicas. El "Catecismo Holandés" es ejemplo típico en la década del 60, como lo es en los 70 el "Norteamericano", y en los 80 el documento de referencia francés, aunque no pretende ser un catecismo⁴.

Apenas algunos años después del Concilio, la Semana Internacional de Catequesis realizada en Medellín en agosto de 1968 da un paso decisivo hacia la renovación de la catequesis. Más que la doctrina es el mensaje bíblico confrontado con la vida el que pasa a prevalecer. Las situaciones humanas se reconocen como parte integrante del contenido. La metodología se hace comunitaria y participativa.

⁴ Nuevo Catecismo para Adultos. Versión íntegra del Catecismo Holandés. Barcelona, Herder, 1969. Incluye Suplemento al Nuevo Catecismo para Adultos. Enmiendas y adiciones al Catecismo holandés, redactadas según las indicaciones de la Comisión Cardenalicia. Barcelona, Herder, 1969.

Las correcciones al Catecismo holandés. Texto redactado por E. DHANIS, J. VISSER y H. FORTMANN delegados, respectivamente, de la Comisión cardenalicia y del Episcopado holandés, en cumplimiento del Dictamen de la Comisión cardenalicia. Madrid, BAC, 1969. The American Catholic Catechism, 1975, traducido al portugués Viver a Fé (Sao Paulo, Loyola, 1986).

Pierrres Vivantes. Recueil catholique de documents privilégiés de la foi, sous la responsabilité des Evêques de France. Paris, mai 1985 et septembre 1986 (édition renouée).

Poco después, en 1971, la Sede Apostólica lanza el *Directorio Catequístico General* (DCG) y realiza en Roma el Congreso Internacional de Catequesis. Al mismo tiempo el sínodo sobre *Justicia en el Mundo* (1971) hace eco fuertemente en el ambiente catequético que había asumido en Medellín la consigna de la liberación. Providencialmente tuvo lugar pocos años después el Sínodo sobre Evangelización (1974), a partir del cual el Papa Pablo VI elaboró el documento *Evangelii Nuntiandi* (1975) de capital importancia para la renovación de la catequesis. Y el punto culminante de la caminata de la catequesis postconciliar se sitúa en el Sínodo de 1977 sobre "la catequesis en nuestro tiempo, especialmente para niños y jóvenes".

4.1. La propuesta de un Catecismo Universal en el Sínodo de 1977⁵

El día 7 de octubre, en la X Sesión Plenaria, D. Aloisio Lorscheider presentó una síntesis de las ideas, opiniones y sugerencias de los Padres Sinodales. En el ítem 8 de la 2ª parte, hay una referencia a las "Formulaciones de la fe" que dice: "Numerosos Padres recomendaron que se elaboren las fórmulas de las verdades o incluso que se reelaboren en referencia al misterio de la Trinidad y a la realidad del Misterio Pascual. Se desea que tales fórmulas sean para la catequesis, no un punto de partida, sino punto de llegada. Además de eso, es misión de la catequesis llevar a los creyentes a la recta comprensión de las fórmulas tradicionales, especialmente de las que se leen en el Nuevo Testamento y en los Símbolos de la fe".

En la XI Sesión Plenaria del Sínodo, del día 15 de octubre, el asunto de un "catecismo universal" aparece en los informes de los Grupos Lingüísticos:

a) El Grupo C de lengua inglesa (Anglicus C) se manifestó así: "Se siente la necesidad de un texto que contenga las líneas fundamentales de la enseñanza de la Iglesia. Las fórmulas para aprender de memoria deben tener a Cristo como punto central, estar basadas en el Evangelio y adaptadas a las situaciones y a las personas".

b) He aquí el parecer del Grupo B de lengua francesa (Gallicus B): "Se espera que los datos esenciales de la fe sean reafirmados hoy, en un lenguaje correspondiente al espíritu de *Evangelii Nuntiandi*. Este trabajo deberá ser orientado por teólogos y peritos en catequesis, en estrecha relación con la Secretaría General del Sínodo y con su Consejo".

c) "¿Qué decir del problema de un texto único de Catecismo?", pregunta el Grupo de lengua alemana (Germanicus) y responde: "Surgieron

⁵ L'Osservatore Romano. Edicao em lingua portuguesa.
Año VIII, Nº 44, 30.10.1977.
Año VIII, Nº 45, 6.11.1977.
Año VIII, Nº 46, 13.11.1977.

dos opiniones. Algunos piensan que se debe elaborar un solo catecismo para todo el mundo, que salvaguarde mejor las verdades de la fe; después cada Conferencia Episcopal debería adaptar el texto a la propia región. Pero la mayoría no está de acuerdo en que un catecismo único pueda prestar un verdadero servicio. Basta que el Magisterio Supremo presente, de modo claro, los principios de la fe y de la moral; las Conferencias Episcopales redactarán, después, textos catequéticos espontáneos, teniendo siempre como fuente primera y principal la Sagrada Escritura”.

d) El Grupo B de Lengua Española y Portuguesa (Hispanicus-Lusitanus B) se expresó así: “A propósito de un catecismo de base para uso universal, algunos sienten la necesidad de tal texto para toda la Iglesia: breve, doctrinal, que deje los problemas concretos para las Conferencias Episcopales. Otros no juzgan conveniente ni útil semejante texto, a causa de la diversidad de situaciones y de la completa claridad del *Directorio Catequístico General*”.

e) El Grupo de Lengua Italiana (Italicus) “manifestó el deseo de que el Sínodo se pronuncie sobre un formulario fundamental de verdades para creer y eventualmente aprender”.

En la XII Sesión Plenaria, del día 17 de octubre, algunos Padres Sinodales que participaron de los debates sobre los informes de los Grupos se pronunciaron sobre la cuestión del Catecismo Universal.

a) D. Ignacio Prieto Vega (Rodesia) propuso “que la Pontificia Comisión Justicia y Paz, tras consulta al Consejo Internacional para la Catequesis, promueva la redacción de un Catecismo Fundamental de la Doctrina Social de la Iglesia”.

b) El Cardenal Lazlo Lekai (Hungría) se expresó así: “Se desea la redacción de un texto catequístico para toda la Iglesia, que contenga las verdades de fe y que sea una ayuda, tanto para niños como para jóvenes, en orden a aceptar sin restricciones a Cristo, jefe invisible del Cuerpo Místico y al Romano Pontífice, jefe visible de la Iglesia”.

c) La opinión del Cardenal Sergio Pignedoli (Presidente del Secretariado para los No-Cristianos) va en la línea del ecumenismo: “Urge ahora una síntesis que, siguiendo orientación bien ecuménica y usando lenguaje claramente bíblico o de tradición esencial, ofrezca las líneas del primer anuncio y describa en seguida los temas más importantes del Credo, en síntesis orgánica y sustancialmente completa”.

d) El Cardenal Franz König (Presidente del Secretariado para los No-Creyentes) dijo al final de su intervención: “El Secretariado expresó el deseo de que se reimprima, con las debidas adaptaciones, el “Catecismo para los Incrédulos” del P. Sertillanges y que se prepare y difunda un Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, a manera de pequeño catecismo sobre la materia”.

El día 17 de octubre, en la XIII Sesión Plenaria, el Cardenal Pericles Felici (Prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica y Presidente de la Pontificia Comisión para la Revisión del Código de Derecho Canónico) se manifestó contrario a la "propuesta de que se prepare un elenco de verdades que se deban creer con seguridad", aclarando que el Papa Pablo VI ya había propuesto todo eso en la "Profesión de Fe del Pueblo de Dios" y que hay otras fuentes auténticas para estas "verdades que deben ser enseñadas".

Un dato importante en relación al Catecismo aparece el día 21 de octubre, en la XV Sesión Plenaria para discutir las "Proposiciones" finales que debían ser presentadas al Papa en vista de un futuro documento del Sínodo a semejanza de *Evangelii Nuntiandi*. He aquí un párrafo de la síntesis de la Tercera Serie de Proposiciones: "Ya no es posible hoy concebir y ejecutar la tarea catequética sólo con la profundización de verdades abstractas, formuladas de un modo único e inmutable".

Sin embargo, el Papa Pablo VI en su discurso de clausura del Sínodo el día 29 de octubre, insiste en algunos criterios bien tradicionales respecto del catecismo, muy distante por lo demás de todo el tono del Sínodo. El primer criterio se refiere a la "integridad de la doctrina" sobre la cual, dice el Papa, los obispos deben ejercer severa vigilancia. El segundo es "la sistematización de los conocimientos sobre las verdades de la fe", que según el Papa, distingue la catequesis de todas las otras formas en que se presenta la Palabra de Dios. El último criterio es el de la "utilidad de las fórmulas fundamentales de las verdades de la fe y de la moral" pues aprender de memoria tales fórmulas facilita mucho el conocimiento seguro y estable de las verdades.

4.2. *La cuestión de un Catecismo Universal en la reflexión del Consejo Internacional de Catequesis*

El Papa Juan Pablo II, en la audiencia a los 25 miembros del Consejo Internacional de Catequesis el 15 de abril de 1983, comenta un poco el segundo tema de los trabajos de la referida comisión, referente a un posible Catecismo Universal: "Más que el examen, la discusión del 2º tema de vuestro Congreso, o sea, "Esquema de la Doctrina Cristiana", ha de haber hecho sobresalir, si no la necesidad, al menos la gran oportunidad de una síntesis clara y segura de las verdades fundamentales de la fe, que deben ser transmitidas y enseñadas a todos los fieles de modo explícito y seguro, teniendo presente el espíritu del Concilio Vaticano II"⁶.

⁶ *La Documentation Catholique* (1983) 562.

4.3. *La propuesta de un Catecismo Universal en el Sínodo Extraordinario de 1985*⁷.

En la primera Congregación General del Sínodo Extraordinario, el 25 de noviembre de 1985, el Cardenal Daneels presentó su informe N° 1 con la síntesis de las respuestas de las Conferencias Episcopales al cuestionario preparatorio al Sínodo. La catequesis aparece expresamente dos veces, en la segunda parte, sección "Palabra de Dios". En primer lugar, bajo "el aspecto positivo", la frase que resume los informes de las Conferencias Episcopales del mundo entero es la siguiente: "gran esfuerzo de evangelización, catequesis y predicación". La segunda vez aparece en el ítem de "aspectos negativos" denominado "puntos negativos de la Iglesia postconciliar" y dice: "en algunos países hay problemas con la catequesis en lo referente a su integridad y estructuración orgánica".

En la V Sesión General, el 27 de noviembre, el tema "Catecismo Universal" fue presentado por D. Joaquín Ruhuna (Burundi) que pidió "un catecismo-tipo, inspirado en el Concilio Vaticano II". Hizo alusión al mismo el Cardenal Friedrich Wetter (Munich, Alemania) diciendo: "Teniendo presente que se extiende la ignorancia religiosa, es preciso hacer conocer la doctrina del Concilio y robustecer en los adultos la enseñanza religiosa. A este respecto, el catecismo para adultos preparado por la Conferencia Episcopal Alemana es una buena ayuda".

El Patriarca Giacomo Beltritti (Jerusalén), presidente de la Conferencia Episcopal del CELRA (con 13 países árabes) decía en nombre de ella: "¿Cómo alimentar y robustecer la fe de nuestros fieles, expuestos por muchas razones a serios peligros de perder la fe? Para alimentar la fe, ante todo es preciso que ella brille en las palabras y en la vida de los pastores, sacerdotes y obispos. Estos, a su vez, se esforzarán por alimentar la fe del pueblo con una adecuada catequesis de los niños. Sería deseable, por tanto, un catecismo básico único para toda la Iglesia, adaptable a las necesidades de los diferentes países" y un "mejor conocimiento y mayor difusión de la Sagrada Escritura".

El 3 de diciembre algunos Círculos o Grupos Lingüísticos trataron del Catecismo Universal, en la X Congregación General:

a) El Círculo de lengua italiana habló de la "necesidad de que se promueva el conocimiento del Concilio Vaticano II con un "Catecismo de la fe" dirigido a los creyentes, un "Libro de la Fe Cristiana" ofrecido a los no-creyentes y un "Libro de la Doctrina Moral" para todos".

⁷ *L'Osservatore Romano*. Edicao em lingua portuguesa.

Año XVI, N° 48, 1.12.1985.

Año XVI, N° 49, 8.12.1985.

Año XVI, N° 50, 15.12.1985.

Año XVI, N° 51, 22.12.1985.

b) El Círculo de lengua francesa pidió la "preparación de un catecismo o compendio de la doctrina conciliar".

c) Y el Círculo de lengua inglesa propuso: "Para que la Iglesia pueda responder de modo más fácil a la Palabra de Dios, la Santa Sede debería publicar un compendio de la doctrina católica del cual cada país pueda sacar sus propios textos de enseñanza".

El Papa Juan Pablo II dió especial atención a la cuestión del Catecismo Universal, en su discurso a los Padres Sinodales, al concluir los trabajos, el 7 de diciembre: "Respecto de las preciosas sugerencias dadas en este Sínodo quiero destacar... el deseo de que se prepare un Compendio o Catecismo de toda la doctrina católica, que sirva de orientación para los catecismos de las Iglesias particulares. Este deseo corresponde a una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares".

En el Informe Final (*Relatio Finalis*) del Sínodo, preparado por el Cardenal Daneels, el tema "Catecismo Universal" está destacado. Aparece en el capítulo B, bajo el título de "Fuentes Vitales para la Iglesia". Se inicia en la sección 2, "Evangelización", que dice: "En todos los lugares de la tierra está hoy en peligro la transmisión de la fe y de los valores morales que derivan del Evangelio. Muchas veces el conocimiento de la fe y la aceptación del orden moral están reducidos al mínimo. Por eso se requiere un nuevo esfuerzo en la evangelización y en la catequesis integral y sistemática". Continúa en la sección 4, "Sugerencias" diciendo: "Muchísimos expresaron el deseo de que se elabore un Catecismo o Compendio de toda la doctrina católica, tanto en materia de fe como de moral de modo que sea como un punto de referencia para los catecismos o compendios que se hayan de preparar en las diversas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica, ofreciendo al mismo tiempo una doctrina sana y adaptada a la vida actual de los cristianos". Al referirse a la "Sagrada Liturgia" se vuelve a hablar de catequesis con este párrafo: "La catequesis, como ya ocurría en los albores de la Iglesia, debe convertirse hoy en un camino que introduzca en la vida litúrgica (catequesis mistagógica)".

4.4. Los primeros pasos de la elaboración del Catecismo Universal⁸

Poco después del Sínodo Extraordinario el Papa Juan Pablo II nombró una comisión para la preparación del catecismo o compendio de la doctrina católica para la Iglesia universal. El 15 de noviembre de 1986 el Papa recibió a los Cardenales y Obispos miembros de dicha Comisión, con ocasión de su primera reunión en Roma. En el discurso que pronunció Juan Pablo II dijo lo que se desea de ese Catecismo y explica su razón de ser⁹.

⁸ *L'Osservatore Romano*. Edicao em língua portuguesa. Año XVII, N° 47, 27.11.1986.

⁹ Se reproduce íntegro en este número de la revista *Medellín*.

Mientras se elaboraba este artículo, apareció un primer esbozo del proyecto de Catecismo Universal, bajo la responsabilidad de la Pontificia Comisión encargada de esta tarea. Se trata de algunos esquemas de muestra, muy incompletos. El material distribuido para consulta tiene por título: *Catechismus pro Ecclesia Universali* y subtítulo: *Adumbratio Schematis Catechismi in Singulis suis Partibus Propositi*. La obra está subdividida en tres partes: Pars prima: Credo; Pars secunda: Mystagogia-Sacramenta; Pars tertia: Vita Christiana-Precepta Decalogi.

Las contribuciones de las Conferencias Episcopales y de los grupos consultados están dando lugar a una participación de nivel mundial en la elaboración del Catecismo. Obviamente, se espera que este Compendio Universal de la Fe Católica tome en cuenta la inmensa riqueza del Concilio Vaticano II y la caminata de la Iglesia bajo influencia suya. Y que la preocupación principal no sea tanto la síntesis nocional, abstracta, racional de las verdades de fe, cuanto las grandes líneas bíblicas, litúrgicas y pastorales que propuso el Concilio. En este sentido este Catecismo Universal será una referencia útil y ayudará en la búsqueda de la identidad del cristiano post Vaticano II, que está plasmándose a través de diversos caminos de renovación, entre los cuales se cuenta la propia catequesis.

El "catecismo o compendio universal".

Antecedentes históricos

Alfredo MORIN, p.s.s.

Este breve estudio no pretende presentar una historia detallada de la *catequesis*, ni siquiera del *catecismo*, instrumento de la catequesis mucho más reciente. Esto desbordaría el tema muy preciso de este número monográfico. Nos proponemos solamente evocar en forma panorámica los antecedentes históricos del *compendio o catecismo universal* y del *catecismo único*, este último, objeto de los deseos expresados por muchos obispos desde el concilio tridentino hasta nuestros días. Por cierto, se trata de dos proyectos muy distintos. El primero es un punto de referencia para ayudar a los obispos a elaborar personalmente o a aprobar sus propios catecismos diócesanos o nacionales. El segundo anhela imponer un solo catecismo uniforme para toda la Iglesia. Pero la historia de ambos viene muy unida y difícilmente separable. Ambos coinciden en parte en sus motivaciones. La historia del uno ayuda a entender la del otro. Por esto los vamos a tratar juntos.

No sobraré recordar aquí que el *catecismo*, librito de teología elemental puesto en manos de catequistas y niños, es un fenómeno moderno. Durante quince siglos, la Iglesia ha formado cristianos sin utilizarlo. En cada época, de acuerdo con la situación concreta en la que le tocaba vivir y con los retos que debía enfrentar, la Iglesia fue elaborando los instrumentos que juzgó más adecuados, o simplemente posibles, para ir formando los discípulos de Cristo en la fidelidad a su Señor.

I- Los primeros pasos de la catequesis apostólica. La Iglesia, "secta judía" dentro del Judaísmo.

En un primer momento, muchos cristianos se perciben a sí mismos como una opción (*haíresis*) dentro de un Judaísmo nada monolítico, integrado por tendencias distintas expresadas en teologías notablemente variadas (saduceos, fariseos, esenios...). Más tarde, después de que la "secta" cristiana hubiera sido expulsada por la sinagoga, tomará más clara conciencia de su diferencia con los demás judíos, de su identidad propia. A este nivel, se le presentan dos grandes retos:

— Reto para los *judeocristianos*.

Ellos no carecen de preparación al cristianismo. Heredaron toda la riqueza del Antiguo Testamento. La Ley y los profetas anunciaban a Cristo. Pero Jesús, que viene a coronar la preparación multiseccular del Judaísmo, hace una lectura personal de la Biblia que, en algunos puntos importantes, significa una ruptura con el pasado: "Se os ha dicho... , pero yo os digo!". Se hace, pues, una relectura del Antiguo Testamento: la de Jesús (Lc 24, 25ss). Sus discípulos están llamados a superar la justicia de los fariseos y doctores de la Ley (Mt 5, 20). Su punto de referencia último es la persona de Jesús.

Ante el peligro de lecturas erróneas del mensaje salvador y para preservar su identidad, la Iglesia se forjará instrumentos adecuados:

- el *ministerio episcopal* (=de vigilancia);
- el *canon* de las Escrituras, especialmente del Nuevo Testamento;
- el *símbolo* de la fe.

A esa altura, los judeocristianos se forman, favorecidos por su medio fervoroso, caracterizado por las "cuatro perseverancias" evocadas en Hch 2, 42: "perseveraban

- en la enseñanza de los apóstoles (*didajé*),
- en el compartir de sus bienes (*koinoonía*),
- en la fracción del pan (*klásis tou artou*), y
- en las oraciones (*proseujat*)".

Estos son los instrumentos de la unidad (*hénoosis*). Esto es lo que permite a los judeocristianos mantener su fidelidad a su Señor Jesucristo y a distinguirse del resto del judaísmo. Si buscamos algo análogo del futuro "compendio universal" en aquel tiempo, lo encontraremos en el canon de las Escrituras, especialmente en el Nuevo Testamento, de los cuales el Símbolo no es más que un brevísimo resumen, inseparable de lo que viene a compendiar.

— Reto ante los *gentiles*.

Esta comunidad cristiana no es cerrada. Así como el judaísmo atraía "prosélitos de la justicia" (*gueré sedeq*) y "temerosos de Dios", los cristianos atraen a varios gentiles. En un primer momento, estos candidatos tendrán que pasar por la catequesis judía y por la circuncisión antes de ser bautizados cristianos. Pero pronto tendrán acceso más directo a la catequesis cristiana (Hch 10 y 15).

II- La Iglesia, minoría dentro del mundo pagano: el CATECUMENADO

Después de haber sido secta minoritaria dentro del Judaísmo, la Iglesia, expulsada por la Sinagoga, se vuelve religión minoritaria dentro del mundo pagano.

El nuevo reto: ¿Cómo evangelizar y formar cristianos en un mundo pagano y hostil?

La persecución es frecuente. Los candidatos al bautismo son pocos. Es preciso exigir mucho para que a la hora de la verdad, bajo la presión psicológica y la tortura, los nuevos cristianos no vayan a desfallecer. En este contexto nace el *Catecumenado*, cuya edad de oro cubre los siglos 2º y 3º.

La preparación al bautismo será larga: podrá ser de tres años (Hipólito). Tertuliano insiste en que el bautismo viene a sellar una fe adulta. No es para novatos. Presupone una auténtica conversión, un cambio de vida radical. Es preciso cuidarse de una confianza temeraria en la virtud del bautismo. No se debe otorgar en forma apresurada: "No somos bautizados para acabar con nuestros pecados, sino porque ya acabamos con ellos y ya estamos limpios en el corazón, pues éste es el primer bautismo de quien ha escuchado (la Palabra)". En el mismo sentido se expresa Orígenes (c.240): el bautismo es un don que, para ser eficaz, supone conversión. Primero, se oye la Palabra. Ella nos da la fuerza de erradicar nuestros vicios. El bautismo viene a sellar nuestra conversión. "Si alguien llega al bautismo sin abandonar su vida de pecado, para él no hay remisión de pecados".

Como se ve, en aquel tiempo la insistencia está en la *conversión*. Ante el peligro de las herejías, la preocupación por la unidad en la fidelidad es fuerte: un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. El punto de referencia para todos es Cristo, conocido por las Sagradas Letras. El Símbolo no viene a remplazar la Biblia. Lo reciben los catecúmenos como compendio de lo que han oído explicar por el obispo y que ellos seguirán profundizando toda su vida. La unidad la asegura el obispo. El hace la selección de los candidatos; él preside todo el proceso del catecumenado; él es el primer catequista; él comenta la Palabra de Dios diariamente, desde el Génesis hasta el Apocalipsis; él recibe el testimonio de los padrinos (*sponsors*) sobre los progresos de los candidatos y su compromiso social; él preside la solemne ceremonia de la Vigilia pascual en la cual los bautiza, confirma y acoge a la mesa eucarística.

La unidad que siglos más tarde se querrá defender mediante un "catecismo único" o un "compendio de las verdades de fe", está asegurada en aquel tiempo por el canon de las Escrituras, resumido en el Símbolo, entregado por el obispo en el ejercicio de su carisma de congregar al Pueblo de Dios en un solo rebaño.

A partir del siglo 4º, el catecumenado va perdiendo algo de su vigor. La situación social de los cristianos pasa por un cambio radical. Con el Edicto de Milán (313) Constantino y Licinio proclaman la libertad religiosa absoluta en su imperio. Más tarde, Teodosio el Grande (+ 395) declarará a los paganos fuera de la ley. El cristianismo se volvía religión oficial del imperio. De minoría reducida, va creciendo rápidamente en número. Pronto será religión de masa. Situación nueva, retos nuevos, soluciones nuevas. Aparece la versión condensada del catecumenado: la *Cuaresma*. Quizás sus mejores testigos sean Cirilo de Jerusalén (c.348) y la monja Eteria (c.400-415).

Los recursos de unidad son los mismos que en el período anterior: el canon de las Escrituras, el símbolo, el obispo en comunión con sus hermanos. Notemos otra vez que el Símbolo no reemplaza la Escritura. Se entrega (*traditio*) solemnemente para marcar una etapa en el noviciado durante el cual el catecúmeno, bajo la guía del obispo, se va familiarizando con la auténtica Palabra de Dios comentada en la liturgia. Lo mismo se puede decir de la entrega solemne del Padrenuestro, y en algunos lugares del Salmo 22 (El Señor es mi Pastor) o del Salmo 116.

Estas *traditiones* no se entienden bien sino en el contexto de las abundantes catequesis bíblico-litúrgicas antiguas. Las suponen, no las reemplazan. Recuerdan *todo* el proceso catecumenal como el agua bendita no reemplaza sino que nos recuerda la eximia gracia de nuestro bautismo. Signo de profunda decadencia será cuando la catequesis se irá reduciendo a los símbolos o cuando éstos irán desplazando toda la riqueza iniciática que debían evocar y recordar.

Notemos que también en esta etapa, la insistencia está en la conversión y en la formación cristiana de los candidatos. Por cierto, este catecumenado condensado ha perdido mucha seriedad si uno lo compara con el catecumenado extenso del período precedente. Muchos buscan ahora el bautismo por interés. Es rentable pertenecer a la religión oficial. La selección ya no es tan estricta. Los obispos están desbordados por la avalancha de candidatos. El proceso catecumenal se vuelve demasiado acelerado: ya no respeta el ritmo lento de una profunda conversión. Con razón los obispos se preocupan: lo importante no es aprender rápidamente unas cuantas verdades de memoria sino acceder a otro estilo de vida. Algunos testimonios de Padres de la edad de oro son elocuentes:

“En verdad, la fe y el bautismo, estos dos modos de salvación, vienen unidos e inseparables, porque si la fe recibe su perfección del bautismo, el bautismo se fundamenta en la fe”. “Primero es preciso creer, luego recibir el sello del bautismo” (Basilio de Cesarea).

“Si alguien no se ha corregido de sus malas costumbres ni se ha ejercitado en la virtud para que se le vuelva fácil, que no sea bautizado” (Juan Crisóstomo).

“Si el baño se da al cuerpo sin que el alma haya borrado las manchas de sus pasiones... , el don del Espíritu Santo no llega de ninguna manera a quien ha sido engendrado así: la ignominia del alma injuria a Dios” (Gregorio de Niza).

III- La CRISTIANDAD: formar cristianos en un mundo cristiano

Las invasiones bárbaras presentaron un nuevo reto a la Iglesia. Los monjes-misioneros fueron el instrumento providencial de su evangelización. Estos, por millares, edificaron sus monasterios cubriendo la mayor parte de la geografía europea, y poco a poco, los numerosos estados feudales se fueron unificando bajo el signo de la cruz de Cristo. Así iba naciendo un mundo nuevo: la *Cristiandad*.

Ahora el mismo ambiente lleva una cierta impronta cristiana. No tanto como fuera deseable, sin embargo: quedan muchos rastros de paganismo, y la religiosidad popular que se va desarrollando paralelamente a una liturgia latina que el pueblo —y muchos curas— no entiende, ofrece una mezcla ambigua de valores profundamente cristianos y de resabios paganos.

En el período precedente, prevalecía el bautismo de adultos, y la catequesis era prebautismal. Ahora son niños los que se bautizan. La catequesis tendrá que ser postbautismal. Se contará con el ambiente más o menos cristiano para hacerlos crecer en la fe. Los agentes de esta educación son ahora: la mamá en el hogar, la parroquia, a veces también la escuela: presbiteral, monástica, colegial, episcopal.

Durante siglos la vida se desarrollará en el campo, con pequeñas concentraciones alrededor de los monasterios. Pero a partir del siglo 12, van reapareciendo las ciudades. Y brotan las catedrales, casas de Dios al mismo tiempo que casas del pueblo. En ellas cada gremio tiene su capilla. En los pórticos se presentan los autosacramentales. Allí predicán los frailes. Toda la vida política, académica, mercantil, artística, festiva, se va bañando en un mar sacral. Es todo este ambiente, híbrido, el que crea unidad.

En este contexto, el libro que empieza a puntear a fines del Medioevo, desempeña un papel muy reducido. Las madres de familia y los pastores se preocupan por que los niños aprendan de memoria el Símbolo de la fe, el Padrenuestro, el Avemaría, la Salve, a veces el Decálogo, listas de virtudes y pecados, etc... Los sínodos de la época constatan la pobreza de la catequesis y buscan los caminos de una reforma.

IV- Contra la “prodigiosa ignorancia religiosa”: el CATECISMO

A fines del s. 15 sopla un viento de renovación en la Iglesia. La gran mayoría del clero es ignorante. Los sínodos en muchos países lo deploran y buscan remedio. En muchas partes de Europa, la religiosidad

popular anda contaminada de supersticiones. Muchos de los espíritus más lúcidos piden a gritos una reforma.

Un ejemplo de lo mejor que ofrece la Iglesia en aquellos tiempos necesitados de una nueva evangelización es la admirable figura del cardenal Francisco Ximénez de Cisneros (1436-1517). El santo prelado lanza un programa de reforma que, de haber sido imitado en otras partes, quizás nos hubiera economizado la experiencia traumatizante de la Reforma protestante. Entre los objetivos de su proyecto conviene notar:

— Dar una buena educación religiosa a la gente sencilla, poniendo a su alcance traducciones de autores devotos, traducciones bíblicas y escritos sencillos de buen tenor teológico.

— Reformar la moral y las reglas de las órdenes religiosas, empezando con su propia comunidad franciscana.

— Educar adecuadamente a los futuros sacerdotes.

— Perfeccionar la reforma eclesiástica y la instrucción catequística mediante los sínodos.

Los sínodos de Alcalá (1497) y Talavera (1498) son precisamente los que expresan mejor el vasto proyecto de Cisneros. Entre otras iniciativas fecundas, se obligaba bajo multa a los sacerdotes a enseñar a los niños la doctrina cristiana de acuerdo con el catecismo que el mismo Cisneros había redactado.

Y empieza un período de intensa actividad catequística. El Nuevo Mundo iba a beneficiarse de este nuevo fervor.

¿Qué estructura caracteriza estos catecismos que pululan en el siglo 16? En verdad, muy diversa.

Muchos siguen el modelo común de la Edad Media. Son apenas listas de formularios que todo cristiano debe saberse de memoria: Credo, Padrenuestro y otras oraciones, Decálogo, mandamientos de la Iglesia, septenarios de dones, virtudes, pecados, obras de misericordia, etc... En este caso, la verdadera catequesis pasará por la predicación dominical.

Otros adoptan más bien el esquema agustiniano: fe (Credo), esperanza (Padrenuestro) y caridad (Decálogo). A veces los sacramentos vienen después del Credo; otras veces después del Decálogo.

Otros, en fin, procuran esbozar una historia de la salvación, según el esquema, también agustiniano, del *De catechizandis rudibus*.

Uno de los ensayos más interesantes a este respecto es el *Diálogo de Doctrina cristiana* de Juan Valdés. Detalle interesante: es de 1529 y precede en unos meses los dos catecismos de Martín Lutero. El género literario, como dice el título, es el *diálogo*, por el estilo de los de Platón. Eusebio invita a Antronio, cura ignorante, a hacer una visita a fray Pedro de Alba, arzobispo de Granada, quien dará respuesta a sus preguntas. En la conver-

sación, pasan todos los temas fundamentales de una buena catequesis, que no sea sólo instrucción, sino también edificación. Después de invocar la luz del Espíritu Santo y para ubicar la enseñanza en su debido contexto, se evoca el compromiso bautismal de todo cristiano y se pasa a la explicación del Credo y de los Diez Mandamientos. Innovación admirable, el Decálogo es seguido del Sermón del Monte (Mt 5-7) para asegurar una lectura verdaderamente cristiana —no arcaica!— de los mandamientos, pues, Jesús, con su soberana autoridad, no vaciló en completar la Ley antigua (“Se os ha dicho... , pero yo os digo...”). Otro elemento muy notable es su “brevecito compendio” de la Sagrada Escritura, desde la Creación hasta la gloriosa llegada de Cristo, Dios y Señor nuestro, evocando las bondades históricas de un Dios de amor a favor de un pueblo a menudo rebelde.

Vale la pena señalar que dos décadas antes, fray Pedro de Córdoba, op, usaba un esquema bastante parecido cuando “comenzó a predicar” a los indígenas de Concepción de la Vega (La Española, hoy Santo Domingo) “desde la creación del mundo, discurriendo hasta que Cristo, Hijo de Dios, se puso en cruz”. (1510-1521). De ahí iba a salir el catecismo que Juan de Zumárraga, primer obispo de México, iba a publicar con adaptaciones mexicanas con el título de *Doctrina cristiana para instrucción y información de los indios, por manera de historia* (1544).

Así se reanudaba la tradición, largo tiempo abandonada, del esquema agustiniano del *De catechizandis rudibus*, al cual volverán después Georg Witzel (1533), Constantino Ponce de la Fuente (1543; también publicado en México por Zumárraga en 1545), “Les trois Henry” (1676), Fleury (1683), Bossuet (1687) y varios contemporáneos nuestros: Jungmann, Joseph Colomb, etc...

Este tipo de catecismo bíblico no deja de ser, sin embargo, excepcional. En general se confió la redacción de los catecismos a *teólogos*, y la tendencia fue de hacer de estos nuevos instrumentos de catequesis unos *compendios de teología*, con un lenguaje generalmente muy filosófico, poco bíblico, poco adaptado a la comprensión de los niños y a su formación espiritual. Los mejores, como los de san Pedro Canisio, lograrán a pesar de todo retener mucho del espíritu y aún del lenguaje de la Escritura y de los Padres. Pero el catecismo iba a evolucionar en forma casi inexorable hacia un género literario de enseñanza libresca, escolar. El hecho de que los catecismos heréticos, de Lutero por ejemplo, hayan tenido tanta acogida, precipitó el movimiento. Era preciso luchar contra el error y se vio la necesidad de clarificar la doctrina, presentarla en proposiciones bien cinceladas para confiarla a la memoria.

V- La exigencia de puntos de referencia claros

Aquí conviene abrir un paréntesis sobre esta *preocupación de claridad* que animó a muchos prelados en la historia y que les inclinó a hacer

del catecismo un *compendio de la fe* o a reclamar un *catecismo uniforme* para toda la Iglesia universal.

De hecho, el ansia de claridad que se manifiesta en los principales catecismos del siglo 16 (los tres catecismos de San Pedro Canisio, el *Catecismo Romano* de San Pío V, los de San Roberto Bellarmino...) responde a una preocupación constante de la Iglesia desde su nacimiento. Se trata de un valor que ella no puede sacrificar si quiere mantenerse fiel a la enseñanza de Jesucristo.

Esta tendencia de garantizar la fidelidad al "depósito de la fe" a través de medios institucionales (ministerio jerárquico, sucesión apostólica, ordenaciones, dogmas...) ha recibido un nombre: se habla de la tendencia *católica*, frente a la tendencia de la eclesiología *carismática*, que sería propia de las Iglesias oriundas de la Reforma. La primera sería de tipo petrinio, y la segunda de corriente paulina.

No es del caso entrar aquí en un debate que ha sido objeto de muchos estudios bien conocidos. Notemos para ser breves que esta manera de calificar dos mentalidades eclesiológicas en el cristianismo es profundamente ambigua. Se ha querido presentar el modelo carismático de la Iglesia de Corinto, supuestamente desprovisto de estructuras de autoridad y directamente gobernado por los impulsos del Espíritu Santo en cada uno de sus miembros, como un modelo eclesial tan aceptable como el modelo jerárquico. Pero cualquier exégeta sereno tiene que constatar que la Iglesia de Corinto era una comunidad enferma, la que más dolores de cabeza le ha causado al Apóstol de los Gentiles, y cuyos problemas más tarde ocasionarán la primera carta de San Clemente Romano a los corintios. Por otra parte, basta leer con atención las epístolas seguramente atribuibles a San Pablo para convencerse de que Pablo era muy autoritario, tremendamente jerárquico! Y los exégetas protestantes modernos han tenido que rendirse a la evidencia de que la "tendencia católica" no ha nacido con la reforma gregoriana (s. 11) como lo creían los primeros reformadores, ni después del "*consensus quinque saecularis*", o con la era constantiniana, como lo ha afirmado el protestantismo tardío. Por su parte, Adolf von Harnack fija en el siglo 1º el ocaso de la auténtica Iglesia apostólica: con la irrupción del helenismo en la Iglesia del siglo 2º y su matrimonio forzado con el Evangelio habría empezado la "decadencia católica", la proliferación de dogmas expresados en categorías filosóficas griegas, una inflación institucional o, dicho más brevemente, el nacimiento de la Iglesia de la doctrina y de la ley en reemplazo de la Iglesia del Evangelio.

Pero la escuela de Rudolf Bultmann ha mostrado a las claras que el "catolicismo primitivo" (*Frühkatholizismus*) se encontraba ya en el Nuevo Testamento. Lo cual ha obligado a algunos exégetas protestantes, como Käsemann, a restar importancia a estos elementos "secundarios" indeseables para buscar el núcleo verdaderamente cristiano del Nuevo Testamento: "¡el canon dentro del canon!".

De hecho, los dogmas trinitarios y cristológicos elaborados en Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia no son derivación de una infidelidad al espíritu de Cristo, sino una evolución necesaria de una Iglesia que luchaba para conservar el tesoro recibido de su fundador y que veía la necesidad de traducirlo en el lenguaje de otra cultura.

La preocupación de los obispos que han pedido la elaboración de un nuevo "compendio de la fe" se inscribe en esta larga tradición.

VI- El clamor por un catecismo único

En 1586, los catecismos de toda clase se habían multiplicado en España a tal punto que el P. Gil González afirmaba: "Cada colegio y cada maestro de escuela de niños tienen un catecismo diferente, y algunos muy largos y teólogos en los misterios de la Santísima Trinidad y Eucaristía".

Esta queja no era nada nueva. Ya se había expresado muchas veces antes. El concilio de Trento, en sus asambleas del 5 y del 13 de abril de 1546, manifestaba la necesidad de elaborar un catecismo "*pro pueris et indoctis*", sacado de la Escritura y de los Padres. Se confiaría la redacción a hombres doctos y piadosos. A la hora de la verdad, este voto no se cumplió. Lo que sí será editado en 1566 será un *Catechismus ad parochos*, obra valiosísima en la que la Iglesia se pronunciaba sobre lo que se debe enseñar a los fieles y en qué espíritu. Su estructura es bien conocida:

- Símbolo de la fe,
- Sacramentos,
- Decálogo,
- Padrenuestro.

Cabe notar que en forma muy acertada este compendio de la fe coloca los sacramentos a continuación del Credo, entendiendo la *communio sanctorum* como *communio sacramentorum*. Es importante señalar también que la preocupación de los redactores expresada en la introducción no se limita a preservar la ortodoxia. Ni pretende el catecismo exponer rigurosamente todos los dogmas (*Non sunt exacte universa nostrae religionis dogmata hic discussa*). Quiso que sólo se propusieran las cosas que pudieran ayudar al piadoso celo de los Párrocos, si no estuviesen muy versados en las cuestiones más difíciles de la teología. "Siendo nuestra misión aquí formar pastores de almas, ¿qué es lo que, sobre todo, deben éstos tener presente para cumplir debidamente con su cargo?"... "El celo del maestro de la Iglesia se dirigirá principalmente a que los fieles deseen de veras conocer a Jesucristo, y éste crucificado; y que se persuadan ciertamente, y crean con afecto íntimo de corazón y piadosamente que no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del Cielo por el cual debemos salvarnos...". Se invita a "andar el mismo camino que El mismo anduvo...". "La Ley y los Profetas se cifran en la caridad". El Párroco debe procurar

“que el pueblo se excite a amar la bondad inmensa de Dios para con nosotros...”.

Muy presente está la preocupación pedagógica: “los Párrocos... deben acomodarse a la capacidad de cada uno”, siendo “necesario mirar con cuidado quiénes necesitan leche, quiénes de manjar más sólido, y dar a cada uno aquellos alimentos de doctrina que aumenten su fervor”. “El Párroco empleará el método de enseñar que se considere acomodado a las personas y al tiempo”.

En cuanto a fuentes, “los Párrocos sacarán su palabra de la Escritura y de las Tradiciones”.

Menos de dos décadas después, en su gran empeño de implementar el concilio tridentino, el 3er concilio de Lima (1583) lanzaba su *Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios... en castellano, quechua y aymara* (1584), obligatorio para toda la provincia eclesiástica, o sea, desde Nicaragua hasta la punta del Cono Sur. El año siguiente salía de prensa el *Tercero Catecismo y Exposición de la Doctrina cristiana por sermones, para que los curas de Indios y otros ministros prediquen y enseñen a los Indios y a las demás personas*.

Cabe notar que si bien Trento no logró publicar su deseado catecismo “*pro pueris et indoctis*”, otros catecismos con abundantes aprobaciones jerárquicas llenaron mal que bien el vacío: para Alemania las valiosas obras de San Pedro Canisio; las de San Roberto Bellarmino para Italia y varios otros países; el de Auger para Francia; Astete y Ripalda para España y posteriormente para Hispanoamérica. Los Romanos Pontífices recomendaron mayor unidad catequística y muchos sínodos impusieron un catecismo único para su región, casi siempre el de Canisio, o Bellarmino, o el *Catecismo Romano*.

A este respecto llama la atención el itinerario del catecismo de Bellarmino. En un Breve de 1598, Clemente VIII exhortó a todos los obispos del mundo a “poner todo su empeño para hacer adoptar en sus respectivas iglesias, diócesis y parroquias este catecismo escrito a petición nuestra”. De hecho, fue traducido en más de 60 lenguas. En 1633, Urbano VIII recomendó su uso en las misiones. Un siglo más tarde, Benedicto XIV, en una constitución especial dirigida a todos los obispos de la Iglesia, aconsejaba su adopción como texto oficial en todas las diócesis. Luego se propondrá como modelo en Vaticano I.

Clemente XIII (1758-1769) hizo reeditar el *Catecismo de Trento* y pidió a los obispos que lo hicieran utilizar por todos los responsables de la instrucción religiosa a fin de propiciar la unidad, caridad y concordia en la Iglesia.

El movimiento a favor de un catecismo único creció en las dos décadas que precedieron al concilio Vaticano I. Más de veinte concilios

provinciales se inclinaron por la uniformidad del texto. Todo aquello iba preparando el gran debate de Vaticano I.

Vaticano I

Vaticano I fue el concilio que más atención le puso al proyecto de catecismo uniforme para toda la Iglesia. El esquema "*De parvo catechismo*" fue distribuido a los Padres el 14 de enero de 1870. Fue debatido en ocho congregaciones generales acaloradas. La discusión sufrió por el hecho de mezclarse consideraciones que no eran directamente de orden catequístico. Algunos Padres parecían confundir unidad con uniformidad, refugiándose detrás del slogan: "Una sola fe, un solo catecismo". Muchos no lograban disociar el debate sobre la infalibilidad pontificia y el problema de la oportunidad de publicar un solo catecismo para la Iglesia universal. Temían que un voto negativo fuera interpretado como un desaire al Sumo Pontífice. La intervención airada del cardenal Haynald (Hungría) da una idea de la confusión de temas que hubieran debido ser tratados en forma separada y con más serenidad. El prelado provocó reacciones indignadas cuando declaró: "Catequizar al pueblo es uno de los grandes deberes y derechos de un obispo; si hoy se nos dicta un catecismo, mañana se nos querrá dictar nuestros sermones". Por su parte, el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena, protestaba: "Nuestros vigilantes enemigos clamarán: ¡He aquí que determinan un solo y mismo catecismo para los alemanes y los indios, oh supina ignorancia de la pedagogía!".

Luego de 6 días, 41 discursos y varias peticiones escritas de enmienda, el esquema fue devuelto a la comisión redactora que no hizo más que correcciones menores. Luego de otros dos días de intervenciones orales y otras 20 enmiendas, se pasó a votación el 4 de mayo de 1870. Resultado: sobre 591 votos: 491 a favor del proyecto de catecismo único; 56 en en contra y 44 *juxta modum*. El final abrupto del concilio debido a la declaración de guerra franco-prusiana no permitió hacer proclama solemne de esta decisión. Pero de todos modos, ya quedaba evidente que el viento soplaba muy fuerte hacia la uniformidad. Entre los votos desfavorables se encontraban los del cardenal Mathieu, arzobispo de Besancon, el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena y un catequista de prestigio: Mons. Dupanloup, obispo de Orléans.

En 1905, Pío X publicaba su propio catecismo y expresaba el deseo de que fuera adoptado por lo menos por los obispos italianos.

En 1917, en la época de elaboración del *Código de Derecho Canónico*, Benedicto XV nombró una comisión encargada de redactar un catecismo universal, concebido como una codificación de toda la doctrina cristiana, que debía servir de modelo para todos los demás catecismos. El proyecto fue aplazado *sine die*. El *Catechismus catholicus* del cardenal Gasparri (1930), uno de los arquitectos del C.I.C., tampoco logró imponerse.

Ventajas y desventajas de un catecismo único

Llegados a este punto, será interesante cotejar los argumentos presentados a favor de un catecismo único.

— Asegurar la *unidad* y la *pureza* de la doctrina ante la proliferación de catecismos a veces muy deficientes. En lo que interesa Hispanoamérica, esta preocupación ya se había manifestado claramente en el 3er. concilio de Lima ante la multiplicación de cartillas en lenguas indígenas, elaboradas por lenguaraces a veces improvisados.

— Facilitar la tarea de los obispos, al ofrecerles un instrumento ya hecho, liberándolos así del cuidado de elaborar el suyo propio.

— Ofrecer a los catequistas un punto de referencia de máxima autoridad.

— Adaptarse al fenómeno de la movilidad de las poblaciones. Resulta muy significativo que en Vaticano I, entre los defensores más ardientes del catecismo único, estaban los obispos de Niza (Francia), donde transitaban muchos extranjeros, y Savannah (EE. UU.), donde iban a parar innumerables inmigrantes.

Por último, se agrega hoy la siguiente ventaja:

— Ofrecer a los católicos un instrumento para hacer conocer mejor las enseñanzas de Vaticano II en un momento en el que los medios de comunicación social facilitan la circulación de toda clase de ideologías, sin que uno pueda discernir siempre el buen grano de la paja.

Los críticos de este proyecto han presentado, entre otros, los siguientes argumentos *en contra*:

— Uno de los grandes retos de la Iglesia es *evangelizar las culturas*. Esto supone traducir el mensaje evangélico no sólo en lenguas distintas, sino también en categorías mentales y lenguajes distintos. Es preciso volver a emprender para cada medio cultural la obra de inculturación emprendida por la Iglesia antigua en el mundo helenístico (cf. Clemente de Alejandría, etc.). Un catecismo único iría en sentido contrario a este imperativo pastoral.

— El catecismo único acabaría con el legítimo pluralismo que ha caracterizado la historia de la Iglesia desde el mismo Nuevo Testamento.

— Sería dar un paso atrás del *Catecismo Romano* que invitaba a los párrocos a acomodarse a las personas y el tiempo. Y se arriesgaría sacrificar los ricos aportes de la pedagogía religiosa desde el movimiento de Munich hasta nuestros días.

— Los momentos históricos que viven las distintas naciones obligan a diferenciar las insistencias. Pablo adaptaba sus catequesis a los problemas concretos de sus distintas comunidades. Un catecismo para países del

Tercer Mundo o para territorios de Misión debe adaptar su luz a las distintas situaciones y retos concretos.

— El concepto de catecismo único para resolver la actual crisis religiosa y moral se alimenta de la ilusión de que bastaría con disponer de un catecismo “seguro y claro” para que nuestra gente lo haga vida.

— Para América Latina, después de Vaticano II, Medellín y Puebla, no se ve muy bien qué podría aportar *otra* obra de referencia doctrinal.

— De todos modos, un catecismo no puede ser una mera codificación de verdades dogmáticas, un Denzinger simplificado “*pro rudibus*”. Un catecismo no puede desconocer la “jerarquía de las verdades” y poner todo lo que “se debe creer” en un mismo plano.

En 1961, antes del concilio, escribía el P. Domenico Grasso, s.j.: “No está de más observar que después de Benedicto XV, o sea, a partir del momento en el que se ha entendido mejor la importancia de la adaptación en la educación religiosa, el deseo de un catecismo único no ha vuelto a ser presentado por las autoridades eclesíásticas (de Roma). Ni Pío XI, ni Pío XII, ni Juan XXIII, a pesar de haber insistido enormemente sobre la urgencia de la instrucción religiosa, han vuelto a hacer la menor alusión a un catecismo que habría que hacer adoptar por toda la Iglesia”. Y agrega que hoy por hoy (1961), asistimos a una especie de compromiso entre “la anarquía catequística” de la que se quejaba en Vaticano I el obispo de Carcassone, y el texto único universal: los catecismos nacionales.

A los pocos meses de escrito se vió que el diagnóstico de Grasso pecaba de optimista.

Vaticano II

De hecho, en el período de preparación a Vaticano II, resultó evidente que el deseo de un catecismo único para la Iglesia universal no había muerto. Apenas estaba dormido. En la documentación preparatoria al concilio, uno no encuentra menos de 22 peticiones a favor de este multi-secular anhelo. Se destaca una recomendación para resucitar el proyecto de 1917 de una codificación de las enseñanzas básicas con el nuevo rótulo de *Catechismus Fons*. Pero esto no agotaba todo el abanico de las sugerencias. El obispo de Beauvais, por su parte, se hacía el abogado de otro proyecto: un *Directorio*, o sea, unas pautas catequísticas adaptadas a los distintos grupos de edad.

A la hora de la verdad, la nueva ola de peticiones a favor de un catecismo único se murió en la playa. No tuvo acogida en Vaticano II. A la apertura del concilio (octubre 11 de 1962), la agenda incluía un esquema sobre la “cura de almas”, con un capítulo sobre catequesis. Dicho texto presentaba el proyecto de directorio e ignoraba el del catecismo único. De todos modos, no se llegó a discutir. La única huella que dejó

todo este proceso se encuentra en el decreto *Christus Dominus* sobre el deber pastoral de los obispos (44): "Compóngase... un Directorio sobre la instrucción catequística del pueblo cristiano, en que se trate de los principios y ordenación fundamentales de dicha instrucción y de la elaboración de los libros que hacen al caso...".

El *Directorio Catequístico General* pedido por el Concilio fue publicado en 1971 por la *Sagrada Congregación para el Clero*. No tiene nada que ver con un catecismo único, pues ni es catecismo, ni tienen sus normas carácter vinculante, fuera del requisito de aprobación por la Santa Sede de las publicaciones catequísticas oficiales destinadas a todo un país.

En adelante, el deseo de los obispos de poseer un instrumento cómodo y claro para ayudar a elaborar catecismos o a evaluar los existentes se expresa de otra manera. Bien lo expresó, y en forma muy matizada, el Papa Juan Pablo II el 15 de abril de 1983 en un discurso al *Consejo Internacional para la Catequesis*: "La discusión en torno al segundo tema de vuestro congreso, *Esquema de doctrina cristiana*, habrá puesto de relieve, si no la necesidad, al menos la gran oportunidad de una síntesis clara y segura de las verdades fundamentales de la fe, que deben ser transmitidas y enseñadas a todos los fieles de forma explícita y segura, teniendo presente el espíritu propio del Concilio Vaticano II".

El Sínodo extraordinario de 1985 publicó el 9 de diciembre una recomendación que iba en el mismo sentido: "Se desea de forma unánime un catecismo o compendio de toda la doctrina católica sobre fe y costumbres, una especie de punto de referencia para los catecismos o compendios que se redactarán en las diversas regiones. La exposición será bíblica y litúrgica, ofrecerá la doctrina recta y se acomodará a la moderna mentalidad de los creyentes".

En la misma línea, el Santo Padre en su discurso del 15 de noviembre de 1986 a la *Pontificia Comisión para la preparación del catecismo universal* puntualizaba: "El catecismo que estáis llamados a elaborar se enmarca, pues, en el surco de la gran tradición de la Iglesia, no para sustituir los catecismos diocesanos o nacionales, sino con la finalidad de ser para ellos *punto de referencia*. No quiere ser, pues, un instrumento de chata *uniformidad*, sino una ayuda importante para garantizar la *unidad de la fe*, que es una dimensión esencial de aquella unidad de la Iglesia que 'brota de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo' (S. Cipriano, *De oratione dominica*, 23; PL 4, 553)".

En esta forma se ha llegado a un acertado equilibrio después de los forcejeos pasados entre partidarios de la unidad-uniformidad y los obispos defensores de un sano pluralismo exigido por la necesidad de adaptarse a edades distintas, culturas diferentes, situaciones históricas dispares. Y Roma ejerce su carisma de unidad sin imponer una uniformidad empobrecedora. Cumple su servicio ayudando a los obispos a cumplir su ministerio con la libertad y responsabilidad de los hijos de Dios.

Resumen y conclusiones

Nuestra rápida mirada panorámica nos ha revelado que para educar a sus hijos en la fe, la Iglesia ha organizado su catequesis en forma distinta de acuerdo con los retos de cada época. La unidad y la fidelidad en la doctrina son valores que siempre ha defendido.

— En un primer momento, “secta judía” sumergida en medio de Israel, la Iglesia educa a sus miembros en la misma forma como lo hacía el Judaísmo, aprovechando toda la riqueza y las instituciones de éste, especialmente sus Libros Sagrados releídos con la soberana autoridad de su Señor Jesucristo. Poco a poco un nuevo canon bíblico incluye las nuevas riquezas de la experiencia propiamente cristiana: el Nuevo Testamento. Este asegurará la unidad del nuevo Pueblo de Dios, junto con el ministerio jerárquico y el símbolo de la fe.

Hasta el “Concilio de Jerusalén”, los gentiles tienen acceso al nuevo Camino en la misma forma como se ingresa al Judaísmo: judaizando. En un segundo momento (Hch 15), gracias a nuevas luces del Espíritu acogidas por Pedro (Hch 10) y Pablo, encontrarán acceso directo, sin pasar por la circuncisión.

En cuanto a los niños de hogares judeocristianos, ellos hacen el aprendizaje de su fe aprovechando el ambiente sacral de su familia y de la comunidad cristiana, en el marco educativo de las “cuatro perseverancias” (Hch 2, 42). La catequesis familiar remonta, pues, a los primeros momentos de la vida de la Iglesia.

— Cuando la Iglesia sale expulsada del regazo del Judaísmo y se encuentra como minoría en un mundo pagano hostil, organiza su *Catecumenado*, largo noviciado presidido por el obispo, quien personalmente explica las Escrituras, inicia a la liturgia e invita a cada candidato, acompañado en todo el proceso por su *sponsor* (padrino, director espiritual), a un compromiso de servicio.

La era constantiniana provoca un crecimiento masivo del número de catecúmenos. Para enfrentar este nuevo reto, el catecumenado se hace más compacto. No sin dificultad los obispos procurarán que la *Cuaresma* venga a sellar una auténtica conversión. Los puntales de la unidad son siempre los mismos: el canon, el símbolo, el obispo.

— El panorama cambia del todo cuando nace la *Cristiandad*. La gran mayoría de los cristianos son bautizados en la infancia. La educación cristiana vendrá después, si acaso. La familia y el medio más amplio de vida son nominalmente cristianos. Pero el paganismo ha dejado huellas profundas. Las evaluaciones sobre la instrucción religiosa que hacen los sínodos de la baja Edad Media no son nada optimistas. Muchos deploran la “prodigiosa ignorancia” del pueblo y de los clérigos. Van apareciendo poco a poco obras de instrucción y edificación para colmar el vacío:

Gerson, San Antonino... Estos pastoralistas van pavimentando el camino que conduce a la gran novedad del siglo 16: el catecismo.

— El siglo 16 es, pues, el siglo del *Catecismo*. Este nace de la preocupación de poner remedio a la gran miseria de la educación religiosa. El catecismo no nace solamente instructivo: nace edificante. Los catecismos de Valdés, de Lutero, de Canisio y el de Trento, quieren ser luz y calor; quieren informar y convertir, acercar de Dios.

El peligro constante de la herejía obligará a Bellarmino a acentuar el aspecto escolástico y jurídico de su catecismo. Este, masivamente acogido, marcará la índole de la mayoría de los catecismos posteriores. Prevalecerá el aspecto de compendio teológico de la fe sobre la preocupación pedagógica. Y cuando la catequesis vaya a pasar del ámbito de la familia o del templo al aula escolar, la tendencia libresca y académica del catecismo quedará sellada por mucho tiempo. Hasta que el movimiento de Munich vuelva a descubrir la otra vertiente demasiado descuidada: la vertiente pedagógica, iniciática.

— Hoy vuelven a resonar las quejas sobre la “prodigiosa ignorancia religiosa” de la nueva generación. Algunos prelados han buscado colmar el vacío volviendo a catecismos del siglo 16 ligeramente reciclados. Otros han pedido a la Santa Sede un catecismo único, garantía de ortodoxia en un panorama caótico. Las últimas decisiones de la jerarquía indican un camino distinto, un camino de sabiduría.

El *Directorio Catequístico General* de 1971 ofrece a los redactores de catecismos un conjunto de pautas muy útiles, sin carácter vinculante, que respetan los fueros de los obispos, primeros responsables de la formación religiosa en sus diócesis (*Ad gentes* 20; *Christus Dominus* 12; *Lumen Gentium* 25; *Dei Verbum* 25; *CIC* 775, 1).

El proyecto de *Compendio universal* es también muy respetuoso de la responsabilidad propia de cada obispo. Los primeros destinatarios son los obispos “a quienes incumbe la tarea de componer y/o aprobar los catecismos nacionales y/o diocesanos”. La relación que presentó el cardenal Ratzinger en el último sínodo muestra con qué seriedad se está llevando a cabo este servicio. Algunos de los siete obispos redactores son conocidos por su larga experiencia en la catequesis. Los cuarenta consultores les brindarán un apoyo valioso por el extenso abanico de competencias y culturas que representan.

El esquema de estructura tripartita adoptado es válido. El ubicar los sacramentos a continuación del Credo significa volver a la buena tradición de la catequesis patristica y del *Catecismo Romano*, y devolver su verdadero sentido a los sacramentos como continuación en el tiempo de la Iglesia de las bondades del Señor. Este esquema, sobre todo si se vincula la parte sacramental con la precedente, se presta para hacer una presen-

tación dinámica del plan de Dios en la historia como acertadamente lo proponía San Agustín.

Y ya que el proyecto se abre a una amplia consulta, nos atrevemos a sugerir que se aproveche en la parte "verdades" el plan fecundo que presentó el Papa Juan Pablo II en su discurso inaugural de Puebla: La verdad sobre *Jesucristo*, la verdad sobre la *Iglesia* y la verdad sobre el *hombre*. Este esquema, acogido por la 3ª Conferencia de los Obispos Latinoamericanos en Puebla (1979) se prestó a una rica presentación de la *historia salutis*, recogiendo así lo mejor de la tradición bíblica y patristica. Porque sin duda no bastará con salpicar el compendio con citas bíblicas y patristicas para que resulte bíblico y litúrgico, sino que es el mismo esquema de la historia de la salvación el que deberá organizar el conjunto. Este esquema debería prestarse para recoger la inmensa riqueza del Vaticano II.

En fin, ante las numerosas críticas, a veces despiadadas, que ha suscitado el proyecto de un *compendio universal*, preferimos adoptar una actitud de franca colaboración. Por cierto, la historia de la catequesis nos muestra que todo no ha sido luz en el pasado. Existe el peligro de despertar viejos demonios que periódicamente han venido a empobrecer el ministerio de la catequesis. Pero aquí está precisamente el nuevo reto que se nos presenta. Tenemos la oportunidad de lograr una reflexión eclesial que nos permita dar un nuevo paso adelante, aprovechar mejor la riqueza de Vaticano II. ¡Ojalá no dejemos pasar de largo este *kairós* providencial!

El Compendio o catecismo para la Iglesia universal

Desafíos

Roberto Viola, S.J.

Desde hace algún tiempo se siente en la Iglesia la conveniencia de tener un compendio de la fe que sirva como punto de referencia a los compendios y catecismos de las Iglesias locales¹.

Juan Pablo II hizo suya la sugerencia de la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos en Diciembre 1985, y propuso la elaboración del Compendio o Catecismo para la Iglesia Universal.

Es esta una tarea compleja que no carece de riesgos y dificultades, porque el Compendio o Catecismo si desea alcanzar los objetivos que impulsan su realización, debe ajustarse a una serie de condiciones que se presentan como contrapropuestas entre sí a la manera de un puzzle.

La validez de la obra dependerá de la resolución armónica de esas condiciones que nosotros llamamos desafíos.

Este artículo no pretende agotarlos todos, ni tampoco elaborarlos en profundidad. Cumplirá su cometido si de alguna manera ayuda a imaginar el perfil de la obra a realizar.

El documento básico que nos sirve como telón de fondo para la reflexión es el discurso pronunciado por su Santidad Juan Pablo II a la comisión pontificia nombrada para la preparación de este trabajo².

1) El desafío de lo breve ("Compendio")

Es sabido que resulta más fácil hablar largo que hablar breve. Sin embargo hablar brevemente, sintetizar, colocar sólo lo "esencial", es una de las exigencias del mundo contemporáneo.

¹ La conveniencia de elaborar un *Catecismo para la Iglesia Universal* fue tema polémico durante años y no pocos pastores, teólogos y catequistas se inclinaban por la negativa, aduciendo razones no despreciables.

² En este artículo se usa el texto del discurso publicado por la revista *Ecclesia*, N° 2299, p. 34, traducción del texto italiano aparecido en el *Osservatore Romano* del 16.11.86. Este documento para su citación lo indicamos con la letra D (Discurso).

La marea informativa es tan grande y crece a un ritmo tan vertiginoso, que cada vez se vuelve más fuerte la necesidad de sintetizar, de expresarse en pocas palabras.

A esta necesidad responde, entre otras muchas cosas, la continua aparición de diccionarios o compendios a los que recurrimos para nuestra información, sabiendo que ellos contienen en "pocas palabras", lo esencial del tema que nos interesa.

Los periódicos y las revistas exigen concisión, también los programas televisivos que se miden por segundos. Como los aparatos electrónicos sufren un proceso de miniaturización, de la misma manera la información se sintetiza.

Se nos acortó el tiempo, y por lo tanto todo debe ser más breve.

El desafío de lo breve está impuesto por nuestra época y como el *Compendio o catecismo para la Iglesia Universal* se dirige a los hombres y mujeres de este tiempo, también está sometido a esta exigencia.

Ahora bien, ¿cómo unir la exigencia de la brevedad con la exigencia de "un catecismo o compendio de toda la doctrina católica en lo que se refiere tanto a la fe como a la moral para que sea un punto de referencia para los catecismos o los compendios que se están preparando en las diversas regiones" (D)?

2) El desafío de lo completo

Nuestra época en muchos aspectos se caracteriza por lo "incompleto", en el sentido de parcial y limitado.

Los conocimientos crecen a tal velocidad que ya nadie puede pretender "saberlo todo". Aparecen las especializaciones y las especializaciones dentro de las especializaciones. Para saber "todo" es necesario elegir un sector muy pequeño dentro del conocimiento humano. El especialista, como se dice vulgarmente, sabe todo de "algo" y nada de "mucho".

En el campo de las ciencias religiosas y de la educación sucede otro tanto. Teólogos, exégetas, patrólogos, filólogos, pastores, educadores... dependen los unos de los otros. El equipo, el trabajo interdisciplinar, las obras realizadas en colaboración son exigencias en el desarrollo actual de los conocimientos.

Sin embargo el documento de Juan Pablo II en su numeral II dice: "...es esta una exigencia fundamental a fin de que el catecismo, dentro del debido respeto por las jerarquías de las verdades cristianas, sea "verdaderamente completo" y se convierta por ello, en válido instrumento para una catequesis que...".

Esta exigencia de "lo verdaderamente completo" ¿será una exigencia realizable?

Todo va a depender cómo entendamos el desafío de lo completo en un compendio o catecismo para la Iglesia universal.

Dentro de una visión catequética, "lo completo", no se realiza por el solo hecho que un conjunto de temas haya sido explicado a los catequizandos. Lo completo está dado cuando en la catequesis se entiende "el plan de Dios en la propia vida para averiguar el significado de la existencia y de la historia, de modo que la vida de cada hombre y de la sociedad quede iluminada por la luz del Reino de Dios y se amolde a sus exigencias y pueda conocerse el misterio de la Iglesia en cuanto comunidad de aquellos que creen en el Evangelio" (*Directorio Catequístico General* 21).

"Lo completo" en catequesis no se refiere solamente al contenido doctrinal, sino también y sobre todo a la integridad vital del proceso de conversión y maduración en la fe de las personas y de las comunidades³.

Completa era la Fe de los primeros cristianos y sin embargo su conjunto de verdades era más reducido que el nuestro, veinte siglos más tarde.

Por otro lado se debe tener muy presente que lo que Dios ha querido comunicar a los hombres no lo hizo para satisfacer una mera curiosidad, sino para otorgar la vida verdadera. Dice San Juan en su evangelio al final del capítulo 20: "Jesús realizó además muchos otros signos en presencia de sus discípulos, que no se encuentran relatados en este libro. Pero éstos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre" (Juan 20, 30-31).

Juan declara que, desde cierto punto de vista, su libro es incompleto; pero desde otro punto de vista, de aquel que tiene qué ver con la salvación del ser humano, es completo.

Este es el estilo de "totalidad" que se le debe exigir a un catecismo o compendio para la Iglesia universal. Que tenga todo aquello que Dios reveló al hombre para la salvación. Esta totalidad no se identifica con la totalidad de un tratado teológico. Son dos totalidades cualitativamente diferentes.

A través de una serie de llamadas de atención provenientes del magisterio se toma conciencia que ciertos estilos de catequesis actuales no cumplen el necesario requisito de totalidad. Unos porque se empeñan en identificar "totalidad" con el recitado de conjunto de verdades. Otros, porque de hecho marginan determinadas verdades de Fe, necesarias para una recta vida cristiana en las comunidades.

Entonces, ¿cuál es el desafío de la totalidad de un compendio para la Iglesia universal? Es la búsqueda de una totalidad que no se obtiene

³ Cf. ALVES de LIMA, Luiz, *Elementos fundamentais da catequese renovada*, Editora Salesiana Dom Bosco, Sao Paulo, 1986, p. 94.

por la suma de enunciados, sino por la comprensión humilde y admirativa del amor que Dios nos muestra en la historia de la salvación seguida de una conversión alegre en orden al seguimiento de Jesús⁴.

3) El desafío de lo "actual"

Toda catequesis está situada en el tiempo. "Este importantísimo cometido de elaborar un proyecto de catequesis para la Iglesia Universal" (D), se sitúa a fines del siglo XX, después del Vaticano II, "de dos Asambleas de Sínodo de los Obispos (que) han reflexionado sobre la evangelización y sobre la catequesis en la misión de la Iglesia en el *mundo moderno*" (D).

Esta "actualidad" obliga al *Compendio o catecismo para la Iglesia universal* tomar posiciones sobre algunos puntos. A continuación vamos a proponer un par de ellos a título de ejemplo.

¿Qué es lo actual? La coincidencia de vivir en las mismas fechas (últimos años del siglo XX) no significa que todos seamos contemporáneos en cuanto a la visión del universo, del hombre y de Dios. Hay personas proyectadas hacia lo que ellos creen que será el futuro, y otras proyectadas hacia el pasado.

Esta escisión atraviesa gran parte de la humanidad y se la visualiza entre otros aspectos en el fenómeno llamado diferencias (o abismos!) generacionales. En las mismas fechas coinciden generaciones con visiones del mundo y de la sociedad no sólo diferentes sino opuestas. Hablamos de la generación de la TV, de los computadores, de los viajes espaciales, del terrorismo, del armamento nuclear... Están también las generaciones que sueñan con un pasado más equilibrado, tranquilo y humano... El *Compendio o Catecismo para la Iglesia universal* ¿qué generación tomará como prototipo de su destinatario?

Lo "actual" adquiere problemáticas muy diferentes no sólo según las edades sino también según la posición geográfica. Lo "actual" de la geografía del Primer Mundo no es lo "actual" de la geografía del tercer y cuarto mundo. Por ejemplo el primer mundo está aterrorizado (y con razón) por el armamento nuclear. El tercer mundo está desesperado por la miseria, la explotación y la deuda externa. Por supuesto que es también sensible al problema nuclear, pero no está en primer plano.

¿El *Compendio o Catecismo para la Iglesia universal* tendrá una actualidad europea, latinoamericana, asiática, africana...?

⁴"La experiencia de la verdad y ternura del Creador introduce la verdadera ciencia de Dios y del hombre y aumenta su amor para con Dios. Y donde crece el amor, allí el poder de Dios obtiene mayor gloria entre quienes lo aman" (Ireneo, *A.H.*, V, 3, 1, 25).

Este texto de Ireneo en su concisión muestra a la totalidad como aquello que introduce en "la verdadera ciencia de Dios y del hombre". La una no se da sin la otra, porque todo lo que Dios nos reveló lo hizo para nuestro bien.

Se pueden ensayar diversas respuestas a estas cuestiones. Lo que no se puede es eludirlas. Necesariamente el compendio o catecismo tendrá que optar por un concepto de lo actual y por una posición geográfica. O quizá, decida integrar las diferentes perspectivas e incluirlas en el documento...

4) El desafío de la "universalidad"

El discurso pontificio habla de un "*Catecismo para la Iglesia universal*"... "no para sustituir a los catecismos diocesanos o nacionales, sino con la finalidad de ser para ellos punto de referencia" (D).

La Iglesia es esencialmente universal porque está referida a la humanidad desde sus albores (¿hace 1.500.000 años...?) hasta el "último día". La universalidad de la Iglesia nace de la universalidad de Jesús que "es la imagen del Dios invisible y el primogénito de toda la Creación" (Ro 8,29).

Esa universalidad de origen, de dignidad y de destino significa, de hecho, pluralidad de culturas y multiplicidad de expresiones⁵.

La pretensión de la expresión única es tentación babilónica, opresión e intransigencia.

Los endoctrinamientos que pretenden fabricar hombres y mujeres "en serie", la prohibición para investigar, preguntar y cuestionar, las sufrimos en nuestras sociedades cuando caemos prisioneros de alguna ideología.

La Iglesia por ser universal se manifestó "desde un principio" múltiple en las expresiones y textos tanto teológicos como catequéticos y litúrgicos. La unidad de esta universalidad está dada por el seguimiento de Jesús en la comunidad eclesial. Pero bien sabemos que muchas han sido las formas concretas que ha tomado este seguimiento de Jesús.

Sin embargo, los cristianos creemos en la unidad fundamental de la creación y en particular de los seres humanos. La universalidad de la Iglesia no se basa en una imposición extrínseca, sino que tiene un fundamento óntico que nace de un ser humano imagen y semejanza del Creador llamado a la resurrección de la "carne". La Iglesia no le teme a la diversidad de expresiones, porque sabe que su universalidad no se funda en un producto cultural, sino en la semejanza de todos con el Creador. La universalidad de la Fe Cristiana nace de la profesión en "un solo Dios, creador del Cielo y de la Tierra".

Y si volvemos al desafío, observamos que el Discurso Pontificio pone el acento de la universalidad en la Iglesia. Es un compendio o catecismo

⁵ "El Evangelio y por consiguiente la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas" (*Evangelii Nuntiandi*, 20).

para la Iglesia universal. La universalidad como tal es un atributo del pueblo de Dios y los pastores pueden (y deben) ofrecer instrumentos que ayuden a vivir esta universalidad. Los instrumentos serán "universales" cuando ayuden a vivir la universalidad que es propia de la Iglesia; aunque ellos (los instrumentos o los subsidios) estarán siempre sometidos a un tiempo y a una determinada visión de las cosas.

El documento elaborado obtendrá la "universalidad" al pasar por las diversas impostaciones de las Iglesias particulares.

Entonces el desafío de la universalidad quizá lo podamos traducir así: *¿Cómo redactar un Compendio que "realmente" sea útil en la elaboración de los compendios o catecismos de las Iglesias particulares?*

5) El desafío de la "firmeza"

El futuro documento deberá ser un catecismo o compendio de toda la doctrina católica en lo que se refiere en la Fe a la moral para que sirva de referencia para los catecismos o compendios que se están preparando en las diversas regiones" (D).

Se desea que el compendio tenga una firmeza tal que pueda ser punto de referencia para todos los catecismos locales.

Sin duda habrá personas que ingenuamente busquen en el catecismo "el libro mágico". Frente a tantos interrogantes, opiniones y tendencias dirán: por fin se elaboró "el libro definitivo", que acaba con este "confusionismo" y "pone orden en la casa catequética".

Los libros mágicos existen y son el pan cotidiano para aquellos que no soportan el peso de la libertad.

Jonás puede significar esta actitud cuando se enoja con Dios porque no castigó a los ninivitas: "Jonás se disgustó mucho y quedó muy enojado". Entonces oró al Señor diciendo: "¡Ah! Señor. ¿No ocurrió acaso lo que yo decía cuando aún estaba en mi país? Por eso traté de huir a Tarsis lo antes posible. Yo sabía que tú eres un Dios bondadoso y compasivo, lento para enojarte y de gran misericordia, y que te arrepientes del mal con que amenazas. Ahora Señor quítame la vida, porque prefiero morir antes que seguir viviendo".

Jonás representa en cierta manera a todos los que desean el libro mágico en donde *ya no existe el cambio*.

Esa firmeza está fuera de hipótesis. La firmeza del documento está en la Palabra de Dios confiada a la Iglesia que se elabora a través de la Tradición y del Magisterio. La firmeza se funda en el insondable misterio de Dios ("semper mayor") y de su amor hacia nosotros.

En un momento histórico donde la misma existencia de la humanidad está jugada, la Iglesia debe enseñar con gran firmeza y proclamar su Fe hasta el martirio como Jesús.

“Dentro de cuarenta días Nínive será destruída”. Ese fue el mensaje que transmitió Jonás. Y lo hizo tan bien que el pueblo se convirtió y se salvó, que ese era el “deseo”, de Dios.

Y sin embargo Jonás se enojó. Se sintió desautorizado y pidió la muerte para él. Dios procedió con Jonás de la misma manera que con Nínive y pacientemente lo llamó a la conversión.

El catecismo de la Fe y costumbres para la Iglesia universal debe ser firme con la firmeza de Dios. La Iglesia lleva la palabra de Dios; pero esa palabra es siempre una inagotable fuente de sorpresas que desconcierta a todos los jonases. Y si un día esa Palabra de Dios no desconcertase a las comunidades creyentes, significaría que la han tomado en propiedad y que por lo tanto ya dejó de ser Palabra de Dios.

6) El desafío de la “modestia”

La “modestia” es una actitud poco rentable. Por eso hay tantos ídolos con “pies de barro” y tantas casas de lujo edificadas “sobre arena”.

Sin embargo la modestia caracteriza a muchos hombres y mujeres como la forma de ser verdaderas.

La modestia nace no de la inseguridad síquica, sino de una conciencia clara de nuestros límites y de nuestra ignorancia. La modestia nada tiene que ver con la pusilanimidad, el sentimiento de inferioridad, o la inseguridad en las propias convicciones. La modestia es valentía para dudar, respeto para los otros puntos de vista y por lo tanto capacidad para el diálogo.

El *Compendio o catecismo para la Iglesia universal* junto a la firmeza deberá tener una profunda modestia como forma de ser conciliar en una Iglesia ecuménica, servidora del mundo y dialogante.

Esta modestia será “punto de referencia” para la elaboración de catecismos o compendios “inculturados”, es decir que tienen en cuenta “las angustias y esperanzas del hombre de hoy”, “las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas” (*Medellín*, Cat 6).

Así el compendio no será “un instrumento de chata uniformidad”, sino una ayuda importante para garantizar la “unidad de la Fe” animando a entrar en el corazón de las culturas. La modestia es una poderosa invitación para realizar esa tarea riesgosa y esencial al mismo tiempo.

La modestia de un texto tiene que ver con diferentes factores: Señalemos a modo de ejemplo un par de ellos:

* el “tono” del estilo literario, su sobriedad y concisión.

- * la estructura del texto al no presentarse como un todo monolítico y cerrado, sino por el contrario, ser una invitación a comprometerse en la aventura del seguimiento de Jesús, en lo personal, en lo comunitario y en lo social.

7) El desafío de la "belleza"

Nuestro mundo tiene cosas feas, sobre todo seres humanos que se han vuelto monstruos y hacen monstruosidades.

Pero más allá de las perversiones, el hombre y la mujer poseen un incontenible atractivo por lo bello que se manifiesta de infinitas formas. Desde la belleza de la naturaleza hasta la belleza de una estructura matemática; desde el juego de colores hasta el misterioso esplendor de lo simétrico; desde la sonrisa hasta los actos heroicos; desde el balbuceo del bebé hasta una página literaria; desde la belleza del espacio con sus cientos de millones de galaxias hasta la belleza de lo más pequeño...

El compendio o catecismo para la Iglesia universal deberá ser una obra bella. Bella en su esperanza, en su cohesión intelectual, en su amabilidad, en su concisión, en sus exigencias, en sus oraciones, en su forma literaria... porque el Dios que muestra es infinitamente bello, sencillo, cordial, y próximo a nosotros.

Deberá ser bello porque el destinatario es un infatigable peregrino de la belleza. Es cierto que con frecuencia "se lanza sobre esas cosas hermosas que Tu creaste" y sin embargo se mantiene lejos de la fuente: "reteníanme lejos de Ti aquellas cosas que si no estuviesen en Ti no serían".

Pero también es cierto que la belleza es un maravilloso camino que conduce al encuentro personal con el Creador: "tarde te amé hermosura tan antigua y tan nueva" (San Agustín, *Confesiones*).

El Compendio para la Iglesia universal enfrenta a nuestro modo de ver, este desafío no como algo secundario, sino como algo primero, pues tiene que ver con la integridad de la Fe.

Parece claro que el desafío a elaborar un compendio para la Iglesia universal es tarea compleja que nunca se logrará acantonándose en lo mediocre.

Una fidelidad adulta a la Iglesia lleva a asumir la tarea en sus múltiples desafíos, porque esa es la petición del Magisterio en orden a realizar un verdadero servicio al pueblo de Dios disperso por todas las culturas. Se nos pide que seamos fieles, imaginativos y creadores.

"Pero sé que sois profundamente conscientes de que en vuestro trabajo podéis contar con la ayuda constante del Espíritu de la Verdad, que anima

y dirige todo esfuerzo verdaderamente eclesial para la transmisión fiel de la Palabra de Dios" (D).

Los catequistas de la Iglesia deben sentirse alentados por esa palabra y de alguna manera convocados por el llamado de Juan Pablo II, y con "modestia" y reflexión contribuir a la elaboración de un documento que deberá ser "conciliar, bíblico y litúrgico".

El Catecismo en la Catequesis

Pbro. Alfredo Madrigal Salas

Un momento de particular vitalidad en la Iglesia, que se manifiesta en una búsqueda catequística para los hombres de hoy, de cara a un proyecto de "catecismo único" como expresión de esa búsqueda, requiere una serena reflexión y una precisión de los conceptos fundamentales: naturaleza y tareas de la catequesis, y evidentemente, naturaleza y funciones de un catecismo en la comunidad cristiana. Clarificados los conceptos, resultará más fácil comprender la intención de la Iglesia, y los acentos que, desde la particular realidad latinoamericana, se sugieren al proyecto.

La Catequesis como Proceso de Educación en la Fe

El crecimiento en la fe supone un llamamiento de Dios y una respuesta personal

El "estado del hombre perfecto" que supone "la madurez de la plenitud de Cristo", es una meta que se propone al cristiano a partir de su bautismo como respuesta a Dios en la comunidad cristiana.

A dicha madurez sólo se llega por "la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios" (Ef 4, 13).

El crecimiento del cristiano tiene signos claros que permiten percibir su ritmo y su intensidad. Así, el Apóstol San Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Corinto, no duda en llamarlos "niños" que aún deben ser alimentados con leche, porque no soportan el alimento sólido. En efecto, el Apóstol anota las señales de su infantilismo en la fe: envidia, discordia, carnalidad. (Cfr. 1, Co 3, 1-4).

Efectivamente, "todo el que se nutre de leche desconoce la doctrina de la justicia, porque es un niño. En cambio, el manjar sólido es de adultos; de aquellos que, por costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal" (He 5, 13-14). El llamamiento es claro, para que "siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor" (Ef 4, 15-16).

La comunidad eclesial es responsable de este crecimiento.

La consigna de Cristo a los Apóstoles "Id y haced discípulos a todas las gentes" (Mt 28, 19) se mantiene viva en la Iglesia a través de los siglos. Con el Papa Juan Pablo II podríamos afirmar que "no es posible evocar aquí, ni siquiera brevemente, la catequesis que ha mantenido la difusión y el camino de la Iglesia en los diversos periodos de la historia, en todos los Continentes y en los contextos sociales y culturales más diversos" (CT 12).

Por lo tanto, la catequesis es la acción eclesial, que, como forma del Ministerio Profético, conduce progresivamente al cristiano a la fe viva y madura, y por consiguiente, al cumplimiento de los compromisos eclesiales que el conocimiento de la fe comporta.

Esta acción eclesial, universal y permanente, sólo puede cumplir su cometido si llega al cristiano mediante una progresión continua, atendiendo:

a) al crecimiento integral del ser humano, que le va permitiendo y exigiendo, a la vez, mejor y mayor asimilación del Mensaje de Fe;

b) a la pedagogía divina, que pide a la catequesis que "sin perder de vista la totalidad de la Revelación" (DCG 38) parta de proposiciones simples, y las vaya ampliando y explicitando hasta llegar a iluminar la vida del cristiano que evoluciona, trabaja, sufre y lucha, en su condición de adulto.

La catequesis eclesial tiene una finalidad y unas leyes muy concretas.

Para que la catequesis, en fiel continuidad con la pedagogía de Dios, haga crecer al cristiano, debe ser *orgánica y bien ordenada*, lo cual significa:

a) una enseñanza sistemática, no improvisada, que siga un programa a través del cual pueda llegar a un fin preciso (cfr. CT 21);

b) una enseñanza elemental: lo cual quiere decir que no se trata de reflexiones ni de búsqueda teológica (cfr. CT 21);

c) una enseñanza completa: que, partiendo del primer anuncio, no se detenga en él sino que ayude al cristiano a hacer su camino en la fe (cfr. CT 20 y 21);

d) una educación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana (cfr. CT 21);

e) una educación cristiana que, siendo doctrinal y sistemática, arranque de la vida y conduzca a ella (cfr. CT 22);

f) una acción que sea coherente con la acción litúrgica y sacramental, y conduzca al cristiano a celebrar su fe (cfr. CT 25);

g) una acción realizada mediante un método que responda a una triple fidelidad: a Dios, al hombre y a la Iglesia (cfr. DCG 42 y 46; CT 31; DECAT. *Líneas Comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina*, 42-44).

La catequesis, como modo eficaz de transmisión de la Revelación en la Iglesia, debe ser "necesariamente regulada, en los contenidos y en los métodos, por la estructura propia de tal transmisión, la cual implica la conexión inseparable entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio" (Juan Pablo II, Discurso, 15 Nov. 1986).

Este cuidado permanente que la Iglesia prodiga a la acción catequética, tiende a ayudarlo a dar la respuesta que cada ser humano, en su condición de cristiano, en su edad y situación concreta necesita, para convertir en vida el mensaje que recibe.

El Magisterio de la Iglesia nos señala una catequesis como proceso permanente.

El Directorio Catequístico General dedica la parte V a una "catequesis según la edad". En dicha parte no se limita ciertamente a las exigencias de la psicología evolutiva, sino que, partiendo de dichas características, llama la atención sobre situaciones especiales (v. gr. niños y adolescentes que no frecuentan la escuela...) a problemáticas difíciles de afrontar (v. gr. pertenencia de los niños a familias indiferentes, niños y adolescentes inadaptados...) y a exigencias peculiares que demandan particular atención (v. gr. búsqueda del sentido de la vida, atención a los valores reales, exigencias intelectuales, formas peculiares de catequesis para adultos...).

La catequesis deberá, por lo tanto, atender las particulares exigencias de un proceso según la edad, según el itinerario de fe, según los ambientes socio-culturales, y según las actitudes de los catequizandos. Por eso el Directorio subraya que "es evidente que todas estas vías que se enlazan entre sí y dependen la una de la otra, tienen su valor y su importancia" (DCG 77).

El IV Sínodo de los Obispos (1977) en su proposición n. 15, destaca:

— No limitar la catequesis a la recepción de sacramentos. Debe ser itinerario permanente de la maduración cristiana, que acompañe al cristiano desde la edad preescolar hasta la vejez.

— La catequesis tiene como fin suscitar una fe viva, una energía dinámica que influye en toda la vida. No es cosa de un tiempo, sino una educación continua en la fe.

— Debe atender a los ritmos varios de maduración de la fe de los catequizandos, al proceso individual y colectivo.

— Conviene determinar alguna tipología de los cristianos según ambientes vitales: obreros, universitarios, profesionales, jóvenes rurales, etc. También según países, regiones, etc.

La Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, que en la totalidad de su contenido asume las anteriores preocupaciones del Sínodo, previene contra el establecimiento de “compartimentos estancos e incommunicados”, al referirse a la catequesis de las distintas edades. Es necesario, subraya, “propiciar su perfecta complementariedad” (CT 45).

Sin embargo, la novedad de la Exhortación en lo tocante al proceso permanente, es que no lo presenta únicamente como deber de la Iglesia, sino como un derecho que todo cristiano tiene de saciar su permanente “hambre de Dios”, y de aprender a dar razón de su fe, de su esperanza y de su amor, en la comunidad cristiana.

El Catecismo, como Instrumento al Servicio de una Fe Madura

Es necesario destacar la relación entre catequesis, catequista y catecismo.

Habida cuenta de la naturaleza, tareas y exigencias de la Catequesis como acción eclesial y como proceso permanente en la comunidad, es necesario destacar la relación y la debida diferencia entre ésta, el catequista y el catecismo.

El catequista lee, interpreta, aplica y evalúa el catecismo.

El Catequista es el cristiano que, consciente de su triple misión en la Iglesia, asume una forma del ministerio profético, cual es la catequesis, para ayudar a los hermanos a crecer progresivamente en la fe. El catequista, surgido y enviado por la comunidad cristiana, y servidor de ella, se convierte en testigo y profeta. Como testigo, que “ha visto y oído” las maravillas de Dios por su propia experiencia de fe, es insustituible en el proceso catequístico, de tal manera que sin él ningún recurso pedagógico y ninguna expresión audiovisual, por sofisticados que sean, tienen efecto transformante en el catequizando. Como profeta, habla en nombre de Dios, de Cristo y de su Iglesia, asumiendo por entero y con todas sus implicaciones un mensaje que no es suyo, sino que le ha sido entregado para que lo comunique íntegro, leyendo e interpretando los signos de los tiempos, a fin de encarnarlo en los hombres de hoy. Su formación debe prepararlo para atender a la naturaleza y funciones de la catequesis, así

como a las exigencias de los catequizandos, de tal manera que sepan leer, interpretar, aplicar y evaluar los instrumentos que el proceso catequístico pone en sus manos.

El catecismo es un fiel servidor y expresión de la catequesis.

El *Catecismo*, por ende, no es la catequesis, sino un fiel servidor y expresión de ella; así como tampoco es ni sustituye al catequista, en cuyas manos toma vida y se hace eficaz.

El catecismo es una síntesis del mensaje cristiano, que ayuda a obtener una visión sintética y orgánica de él. Como instrumento de formación, y referencia autorizada para las necesidades actuales, es parte de la responsabilidad del ministerio profético de los Obispos. Un catecismo, ofrecido a las Iglesias locales, siguiendo los criterios del Obispo o del Episcopado, del Presbiterio y de los catequistas, se convierte en instrumento de comunión para una catequesis auténticamente eclesial. Por lo tanto, un catecismo aprobado está revestido de autoridad, y no permite provisionalidad en la elección o en los contenidos, aun cuando se encuentre todavía en la etapa de consulta y de experimentación (cfr. can. 827; DCG 13e).

El *Directorio Catequístico General* sigue siendo la norma de referencia para la confección de un catecismo.

Un catecismo refleja y sugiere un método; así como también refleja y sugiere un lenguaje. La elección deberá estar inspirada en el esfuerzo por comunicar adecuadamente la integridad del mensaje. Por ello, recomienda el Papa "lograr catecismos fieles a los contenidos esenciales de la Revelación y puestos al día en lo que se refiere al método, capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas de los tiempos nuevos" (CT 50).

El catecismo no resuelve los problemas vivos y constantes de la catequesis.

Evidentemente un catecismo, por bien logrado que resulte, no resuelve los problemas vivos y constantes de la catequesis; el catequista (desde los diferentes protagonismos que la acepción incluye) es quien debe resolverlos. El catecismo colaborará, en el mejor de los casos, para que el catequista "sepa responder, con la gracia de Dios, a las exigencias complejas de la comunicación con los hombres de nuestro tiempo" (CT 50).

Todo catecismo, igual que toda catequesis, tiene como primer objetivo la madurez de la fe inicial (cfr. CT 19).

La catequesis no puede renunciar al catecismo.

En relación con el anterior objetivo, varían las características de los catecismos para niños, jóvenes y adultos, según los casos. En este último caso, debe ofrecer un itinerario orgánico y exhaustivo de la catequesis para la vida cristiana, siguiendo el criterio de la triple fidelidad, a Dios, al hombre y a la Iglesia.

El objetivo de todo catecismo es "entregar en forma condensada y práctica, los documentos de la Revelación y de la Tradición cristiana y los elementos fundamentales, indispensables al discurso catequístico, es decir, a la educación personal de la fe" (DCG 119).

Dado su objetivo primordial, ningún catecismo puede asumir cuestiones que aún pertenecen y permanecen en debates y reflexiones teológicas; mucho menos podrá incluir hipótesis personales o simples opiniones.

Por la función que ejerce en la catequesis, la importancia del catecismo queda demostrada a través de la experiencia larga y profunda de la Iglesia. En efecto, su esencia como instrumento en la transmisión de la fe, es tan antigua como el catecumenado, tan antigua como la Iglesia. La catequesis por lo tanto, no puede renunciar a él.

Un catecismo queda siempre abierto a la pluralidad de expresiones y a la renovación.

La naturaleza y finalidad de todo catecismo, ponen de relieve sus exigencias esenciales:

- a) una presentación sintética pero completa, integral, sin falsificaciones ni mutilaciones, del Mensaje Cristiano;
- b) un conjunto de elementos de comunicación, coherentes con la realidad de los destinatarios: edad, condición, idioma, etc.;
- c) garantía de actualización, tanto en la reflexión teológica que lo sustenta, como en la metodología que expresa y sugiere.

La historia de los catecismos en la Iglesia pone de relieve, en relación con la variedad de situaciones y características de la catequesis en una época determinada, el acento en alguno de los elementos antes citados. Así por ejemplo, el cuidado permanente de la Iglesia por la integridad del contenido, la ha llevado en no pocas ocasiones a juzgar no apto un catecismo para la transmisión fiel de la Revelación; la traducción y la adaptación de catecismos de un país o región a otro, así como la falta de precisión en sus destinatarios, también ha sido motivo de problemas; no pocos catequetas y catequistas sensibles a una auténtica y adecuada comu-

nicación del Mensaje, han desaconsejado el uso de catecismos que hablaron eficazmente a cristianos de otros tiempos, pero no a los suyos.

Cabe aquí tener en cuenta que la relativa unidad lingüística de España y Latinoamérica, no ha salvado, ni puede esperarse que lo haga, el inconveniente y la inadecuación del uso de catecismos españoles en países latinoamericanos, y tampoco la importación de catecismos desde países del mismo sub-continente.

Los Catecismos y Textos Permitirán la Variedad de Expresiones

Exigencias de la elaboración de los catecismos.

Partiendo de la naturaleza y funciones de todo catecismo, ya anteriormente descritas, es fácil comprender las exigencias que su elaboración supone.

Tanto en el caso de un catecismo para una Provincia Eclesiástica, como para una Diócesis, él requiere la "aprobación de los pastores" y la "inspiración en el *Directorio Catequístico General*" (CT 50). En lo tocante a lo primero, el *Código de Derecho Canónico* diferencia los casos, remitiendo a la Santa Sede el trabajo que en este sentido realicen las Conferencias Episcopales (c. 775,2). Tal decisión no es únicamente una norma jurídica, sino una expresión de la unidad, comunión y colegialidad en una única Iglesia, que se identifica a través del Magisterio y de la guía del Sumo Pontífice. En relación a lo segundo, a partir del momento en que la Iglesia promulgue el Catecismo Universal, éste, aún con la vigencia del *Directorio Catequístico General*, será el punto obligado de referencia.

La colegialidad episcopal al servicio de la catequesis.

En relación a la "calidad" del catecismo como tal, es más probable, sobre todo en muchos de nuestros países latinoamericanos, que la unión de fuerzas de un equipo de expertos que labore en un proyecto de catecismo para toda una Provincia Eclesiástica, sea más rica y cuente con más medios para tal logro (cfr. DCG 119).

Sobre tal conveniencia, que es evidente, prevalece la exhortación que Juan Pablo II dirige a las Conferencias Episcopales: "que emprendan, con paciencia, pero también con firme resolución, el imponente trabajo a realizar de acuerdo con la Sede Apostólica, para lograr catecismos

- fieles a los contenidos esenciales de la Revelación;
- puestos al día en lo que se refiere al método (CT 50).

Así, la colegialidad episcopal ejercerá el Ministerio de la Palabra para garantizar una encarnación adecuada del mensaje, fiel al contenido íntegro de la fe. Toda iniciativa personal o grupal será valorizada en la medida en que, mediante orientación y coordinación, se canalice hacia el proyecto nacional total.

Un catecismo será instrumento unificante en el contenido y diversificante en la expresión.

Tales catecismos, para una Provincia Eclesiástica o Región, obedecerán básicamente a un proyecto, el cual debe reflejar la reflexión seria de cara a la realidad, y a las necesidades y exigencias, humanas y pastorales de dicha provincia o región; este proyecto recogerá todas las exigencias de un proceso permanente de educación sistemática en la fe.

Dentro de dicho proceso, un catecismo responde a "un itinerario" o a "un proceso particular", con destinatarios muy concretos, y tendrá en cuenta el itinerario de fe anterior, así como el posterior, al que deberá conducir, para propiciar un crecimiento progresivo en la fe.

Así entendido, un catecismo es unificante en el contenido que lo inspira, y al mismo tiempo es diversificante en la expresión.

Los textos catequísticos.

Sin embargo, la fidelidad al hombre es más exigente aún, y hace surgir la necesidad de *textos* que, inspirados en el catecismo oficial, y siguiendo sus mismas líneas doctrinales y tal vez metodológicas, puedan ponerse en manos de los destinatarios del catecismo. Dichos textos, conservando las exigencias fundamentales del catecismo, tienen características muy particulares.

— Son más explícitos, más cercanos y más coherentes con la realidad en que el catequizando vive.

— Son más asequibles en su lenguaje.

— Llevan más fácilmente al sentido comunitario.

— Tienen más en cuenta la religiosidad y la cultura del pueblo, para encarnarse en ella.

— Suscitan un más vivo compromiso con la vida, promoviendo la justicia social en lo concreto.

— Ofrecen formulaciones de fe claras y sintéticas, para ayudar a la memoria.

— Se identifican con la comunidad, aún en el lenguaje de las imágenes.

— Promueven, no sólo la información, sino también la asimilación y la actividad.

— Su elaboración corresponde, generalmente, a los responsables diocesanos, y a quienes ellos integren en tan importante trabajo.

Importante en el conjunto de libros, instrumentos, subsidios, que forman unidad con un catecismo, y le son complementarios, es el manual didáctico. Destinado al catequista, debe ser explicativo, recoger conceptos básicos que puedan eventualmente suplir toda la bibliografía de la que el catequista carece. Debe brindar orientaciones pedagógicas, psicológicas y metodológicas.

Unidad y diversidad al servicio de la maduración en la fe.

De esta manera la comunidad eclesial orienta a los responsables de la elaboración de los catecismos mediante el "catecismo único", como punto de referencia y garantía para la integridad del contenido, en fidelidad a Dios.

Los Pastores velarán para que en la progresiva encarnación del mensaje, que se va logrando en los catecismos nacionales o regionales, y en los textos y otros subsidios complementarios, se logre la encarnación del Mensaje de Vida, en fidelidad al hombre.

Palabra, Comunidad, Catequesis, Catecismo

El dinamismo de la palabra de Dios se refleja en la comunidad de los cristianos.

La vocación al diálogo con Dios en nuestra vida no la vivimos aislados, sino en el seno de una comunidad que escucha la Palabra de Dios, celebra su fe y vive su compromiso de acción en el mundo. Mucho antes que nosotros, los miembros del pueblo de Israel pusieron su fe común por escrito, dando a luz así los escritos del Antiguo Testamento; los miembros de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, Antioquía, Efeso, Roma... también pusieron por escrito la experiencia de Cristo resucitado que estaban viviendo en común, y así se formaron los libros y las cartas del Nuevo Testamento. Una comunidad de creyentes, un pueblo fiel ha ido viviendo a lo largo de la historia su fe y la ha ido fijando por escrito. El pueblo de Dios se continúa ahora en la Iglesia de nuestros días, y su experiencia de fe no es esencialmente distinta de la de antaño.

Dicha comunidad no viene a ser sólo "ilustrada" o "enseñada" por el dato de una Palabra que se le comunica, sino que entra en contemplación

y en diálogo por una Palabra que suscita la conciencia de la grandeza de Dios que vive y actúa en el seno de la misma comunidad. En otros términos, la Palabra de Dios es, ante todo, vida, comunión y plegaria (cfr. Ef 1, 17ss).

El grupo de los creyentes responde a la entrega de Dios mediante la formación y el sostenimiento de una comunidad de fe, esperanza y amor. Es decir, pertenecemos a la Iglesia, en ella vivimos y celebramos nuestra fe; nuestra lectura de la Biblia y nuestra catequesis se realizan en su seno.

Aquí se confirma que la catequesis reconoce en la comunidad su fuente, su lugar y su meta, puesto que la Iglesia es siempre el contexto dentro del cual se desarrolla la catequesis, teniendo ambas, comunidad y catequesis, como factor primordial la presencia viva de Dios.

La misión de la catequesis es ser servidora de la Palabra en la comunidad.

Afirma el Papa Juan Pablo II que "la catequesis es tan antigua como la Iglesia". La inspiración de la catequesis, cuando aún no se tenían las primeras formulaciones de fe consignadas en los símbolos no podía ser otra que la misma experiencia de Dios que se revelaba en las comunidades primitivas y manifestaba el cumplimiento de las Escrituras. Es decir, que la Palabra de Dios que surge, y se hace patente y eficaz en la experiencia vivencial de la Iglesia, fue en el principio y es hoy la fuente primordial de la catequesis. Lo cual, lejos de entenderse en el sentido de que la Palabra de Dios esté al servicio de la catequesis, ha de verse más bien en el sentido de que la Iglesia vive su fe por la Palabra, y que la catequesis ejerce una función mediadora, apoyando el camino de esa vivencia en la Palabra.

La finalidad de la catequesis es guiar la maduración de la experiencia de fe del cristiano: descubrir y vivir a Cristo en la vida de cada día. La presencia de la Biblia en la catequesis, como fuente de toda vida cristiana, ofrece la experiencia del encuentro con Dios del pueblo de Israel y de la primitiva comunidad cristiana.

Esa experiencia cristiana consiste en descubrir la presencia de Cristo en nuestra historia cotidiana; así la vida del creyente se convierte en una continua relación entre Dios y el hombre en la vida de cada día y en el marco del Pueblo de Dios.

De esta manera, la auténtica presencia de la Biblia en la catequesis es una presencia coherente con la experiencia cristiana: centrada en Dios, en el hombre, en la Iglesia, en el presente.

La naturaleza misma de la catequesis, la de acompañar y ayudar a madurar la respuesta de los cristianos a la llamada de Dios, comporta su carácter de servidora de la Palabra.

De hecho, no se puede separar la catequesis de la Sagrada Escritura, porque es precisamente en esta última donde se encuentran expresados el misterio de Dios y de Cristo que la catequesis debe ayudar a descubrir y a vivir. Si el mensaje central de la catequesis es el plan de salvación, dicho plan lo encontramos escrito en la Biblia, y experimentado en la comunidad, centrado en la persona de Cristo.

*El catecismo surge del proceso,
y no viceversa.*

A la luz de lo expuesto hasta aquí se ve la profundidad y la estrecha relación esencial entre *Palabra, Comunidad y Catequesis*. Ahora bien, ésta última, como proceso de educación sistemática de la fe, requiere de instrumentos materiales para cumplir su cometido. El más importante de éstos es, sin duda alguna, el catecismo, llamado a ser fiel servidor de la catequesis, de la comunidad, de la Palabra.

De la existencia de un catecismo no nace ni depende que haya catequesis. Al contrario: es de la existencia de la catequesis de donde proviene la conveniencia de un catecismo. Un instrumento no está llamado a generar un proceso. Más bien, un proceso está llamado a crear sus instrumentos.

Catecismos nacionales y compendio universal de la fe

Pbro. Francisco Merlos

Introducción

Compendiar la fe en síntesis más o menos exhaustivas no es un hecho del todo novedoso en la vida de la Iglesia. Nutrida de una original experiencia del Dios vivo, ella buscó siempre expresiones variadas de tipo kerygmático, litúrgico y doctrinal, en las cuales intentó plasmar coherentemente la substancia de su fe.

Los escritos del Nuevo Testamento, los primeros escritos de los padres apostólicos, la *Didajé*, los himnarios litúrgicos, los símbolos de la fe, las diversas tentativas históricas de estructurar el mensaje en un cuerpo teológico, los variados catecismos para la enseñanza ordenada de la fe; todo ello es en último término anhelo por dar a la experiencia cristiana expresiones articuladas, sintéticas, compendiadas, en orden a configurar la identidad eclesial.

Fue sobre todo a partir del catecismo de Trento (S. XVI) cuando la compendiarización de la fe recibió su mayor impulso. Los siglos subsiguientes han sido como una secuela de aquel hecho singular. Cabría preguntar ¿por qué hacer un compendio doctrinal de la fe? ¿No es quitarle su mejor vitalidad, encerrándola en formulaciones y ordenamientos que no dejan de ser un tanto subjetivos y producto de situaciones históricas y culturales irrepetibles? ¿No es una pretensión apretar el Misterio cristiano en formulaciones doctrinales estrechas?

Es de todos sabido que tanto la teología como la catequesis han mantenido la preocupación por ofrecer al Pueblo de Dios síntesis orgánicas de la fe. Su móvil más profundo ha sido configurar la identidad de los creyentes, poniéndolos en condiciones de confesar la fe en actitud de comunión universal. Los compendios se han constituido así en referencias clave que han brindado itinerarios seguros para salvaguardar la unidad substancial del Mensaje cristiano.

Los compendios, sin embargo, han sido también portadores de limitaciones que no siempre supieron superar. Justamente por ser reflejo de épocas históricas y de culturas bien determinadas a menudo no asumieron la inevitable evolución de la vida intra y extraeclesial, lo mismo que las

nuevas inteligencias de la fe. Su lenguaje y sus enfoques sufrieron la tentación de querer ser definitivos y de esta forma se revistieron de un carácter fixista cuando no absoluto.

En efecto, los enfoques (la interpretación de la fe) y el lenguaje parecen ser los mayores desafíos que enfrentó —y sigue enfrentando— toda tentativa de compendiar la fe. Ayer y hoy allí se da el punto neurálgico que una obra de esta índole está llamada a superar en perspectiva histórica y obediencia al Espíritu.

Por otra parte existe siempre el presupuesto implícito de que los contenidos de todo compendio deben ser fieles a la substancia integral del Mensaje, jerarquizando armoniosamente sus variados elementos y destacando aquello que constituye la columna vertebral del cuerpo orgánico de la fe. Y aquí la dificultad parece menor, al menos en principio.

Contenidos, enfoques y lenguaje de todo compendio tienden fundamentalmente a educar al Pueblo de Dios en las exigencias del seguimiento de Jesús, lo cual sólo es viable en la medida en que sean fieles a la Palabra de Dios y a la tradición viva de la Iglesia, a la cultura, a la historia contemporánea y a las formas vigentes de comunicación entre los hombres. Lo cual significa que todo compendio estará siempre marcado por un carácter permanente, pero también por otro provisional, sujeto a las mutaciones de las mentalidades y de los tiempos. De allí que todo compendio de la fe nacerá envuelto en una tensión entre lo definitivo y lo variable, entre lo absoluto y lo relativo, entre lo irrenunciable del dogma cristiano y lo opcional de sus expresiones.

Quien logra armonizar esta tensión habrá conseguido un logro pastoral de alcance saludable para el Pueblo de Dios.

I. Aproximación crítica a seis modernos compendios nacionales de la fe

Tomando como punto de referencia histórica el Vaticano II, haremos algunas consideraciones breves acerca de varios compendios de la fe que han sobresalido en algunos países. Su resonancia y su influencia han traspasado en algunos casos las fronteras nacionales, de tal forma que han llegado a ser verdaderos "clásicos" de la catequesis para la Iglesia universal.

Ellos son por orden cronológico:

Nuevo Catecismo para Adultos - Holanda - Herder 1966.

Cristo entre Nosotros - U.S.A. - Mensajero 1969

Nuevo Catecismo Católico - Alemania - Herder 1970

Catecismo de Adultos ¿Señor, a quién Iremos? - Italia - Marova 1981

La Fe de los Católicos - Francia - Sígueme 1984

El Libro de la Fe - Bélgica - 1987.

1. Nuevo catecismo para adultos

Obra aparecida en Holanda en los albores del postconcilio. Sus autores son un grupo de expertos del Instituto Superior de Catequética de Nimega. Nació bajo el signo de la contradicción, debido a su novedad en el enfoque de los temas, a una cierta ambigüedad en algunos contenidos y a su lenguaje muy cercano al hombre contemporáneo. Conscientes de las dificultades que entrañaba la sana interpretación de la fe, los autores corrieron el riesgo de ser mal interpretados. La obra fue objeto de un cuidadoso estudio por parte de una comisión pontificia especial que aclararía los puntos ambiguos. Tuvo un gran impacto y despertó gran interés dentro y fuera de la Iglesia católica. Su enfoque histórico, antropológico, cristocéntrico y bíblico hacen de este libro un subsidio inapreciable sobre todo para aquellos cristianos inmersos en un mundo secularizado y angustiado por los enigmas de la existencia y el sentido de la vida. Su lenguaje directo, sereno y sugerente, supera el estilo dogmático y categórico, pero sin renunciar a los contenidos esenciales de la fe. Insuperable aún en muchos aspectos de fondo y de forma.

2. Cristo entre nosotros

Como lo indica el subtítulo de la obra, es una exposición moderna de la fe católica destinada a ambientes ecuménicos donde se requiere una síntesis clara e inequívoca del dogma cristiano. Conciliar, bíblico, litúrgico y ecuménico son sus características sobresalientes. Su lenguaje, sin dejar de ser actual, se remite a las formulaciones explícitamente católicas para diluir toda ambigüedad, allí donde coexisten diversas interpretaciones de la fe, siempre en ámbito ecuménico. Está pensado para un estudio personal o en grupos, ofrece alternativas para profundizar a través de la reflexión individual o del diálogo comunitario. Metodológicamente es útil para diversos tipos de personas, ya que la disposición de los temas —y aún la tipografía— favorecen a cada paso la síntesis clara y concisa. Un libro muy práctico, hecho al estilo U.S.A.

3. Nuevo catecismo católico

“Este nuevo catecismo católico es el resultado de la revisión y puesta al día de aquel catecismo católico (1957) que tanto prestigio alcanzó en su día”. Es una síntesis de la fe que podría considerarse como amplificadora del símbolo de los apóstoles. El Credo es el hilo conductor de su estructura interna. Está organizado en torno a los tres grandes momentos de la fe: Creer, celebrar y obrar. En cada tema trata de resaltar la interacción continua entre la fe, la Palabra de Dios, la vida, la celebración y el compromiso en el mundo. Su lenguaje oscila entre lo tradicional y lo contemporáneo. Hay que destacar su riqueza de elementos tomados sobre todo de la Escritura, de autores cristianos de todos los tiempos y de otros no cristianos, que ilustran los temas con la sabiduría de su pensamiento. Este catecismo está destinado preferentemente a jóvenes.

4. Catecismo de adultos ¿Señor, a quién iremos?

Obra cuya elaboración tuvo una duración de 10 años. Surgió en el seno de la Conferencia episcopal italiana, como el último eslabón de otras obras catequéticas dirigidas a destinatarios de otras edades. Su enfoque, además de cristocéntrico y trinitario, es marcadamente bíblico y antropológico. Tres parecen ser las preocupaciones pastorales que lo inspiran: La mentalidad actual del adulto cristiano que no logra adherirse de corazón a la persona de Jesús, la fidelidad a los sólidos contenidos de la fe y la formulación de lo tradicional en un lenguaje que entienda la presente generación. Su larga y laboriosísima confección podrían hacer pensar que al terminarse ya habría pasado de actualidad. Sin embargo su lectura sugiere la idea de dinamismo y de un cierto carácter de inacabado, como dejando puertas abiertas para incorporar elementos que podrían enriquecer el texto. Sobre todo es un catecismo muy seguro.

5. La fe de los católicos

Obra concebida como una síntesis de catequesis fundamental y una pedagogía de la fe para esos creyentes tan diferentes entre sí, tanto por su sensibilidad como por su cultura, por su origen social como por su compromiso. Y no obstante todos ellos identificados con un mismo Evangelio y un mismo Credo. La originalidad de la obra salta a la vista no sólo en la organización del contenido, sino también en la presentación, en sus enfoques pastorales y en su lenguaje vivo y existencial. La sensibilidad histórica y la profundidad teológica se dan la mano en esta obra de talante típicamente francés. Conscientes los autores de los desafíos y de los riesgos que implica una síntesis de la fe, en una época de relativismos y de cuestionamientos continuos, logran, sin embargo, ofrecer una obra para confirmar a los hermanos en el gozo y la certeza de su fe, abierta a las búsquedas incesantes que demandan los contextos socioculturales, donde la Iglesia va gestando su camino hacia el Reino. Un libro que no debería faltar en la biblioteca de todos los educadores de la fe. Compendio para ponerse en manos de los creyentes, pero sin reticencias también en las de los no creyentes.

6. El libro de la fe

Ante el anuncio de un "compendio universal de la fe", hecho en la clausura del Sínodo extraordinario para recordar los 20 años del Vaticano II (1985), los obispos belgas pronto concretaron aquel deseo, encomendando el trabajo a un grupo de expertos del Instituto *Lumen Vitae* de Bruselas. El resultado fue una obra que sigue aproximadamente el esquema general del catecismo de Trento (Credo, sacramentos, oraciones, mandamientos), expresado en un lenguaje nuevo y enriquecido con los aportes bíblicos, teológicos y pastorales de los últimos años. Aunque en su presentación se dice que esta obra "no es propiamente un catecismo, sino

un libro de referencia que estimule la fe de los cristianos”, hay que reconocer su carácter de compendio catequético de la fe. Los “cristianos del interior”, urgidos de una exposición segura de la fe, encuentran aquí una respuesta más que satisfactoria. En el seno de la Iglesia católica belga ha tenido una aceptable acogida, aunque no parezca muy convincente para los cristianos que viven la “crisis de la fe”. Su impacto fue desigual.

II. Características comunes de los compendios nacionales de la fe

Es de notar que todos los compendios de la fe aparecidos en la era postconciliar, no obstante sus múltiples diversidades, revisten unas características comunes que reflejan tendencias y preocupaciones pastorales idénticas.

Se trata, en efecto, de prestar un servicio al creyente de hoy, facilitándole modelos y espacios para profesar una fe llamada a ser el centro de gravedad de su vida.

Se le quiere ofrecer una referencia substancial en torno a la cual pueda clarificar su ser eclesial y entrar así en diálogo fecundo con su mundo y con su historia desde la perspectiva del seguimiento de Cristo.

He aquí algunas de las características comunes más relevantes.

1. Respuesta a una crisis de la identidad católica

En virtud de los procesos socioculturales y de los desafíos que conllevan, el creyente experimenta dificultades para dar razón de su esperanza y para definirse a sí mismo como discípulo de Jesús resucitado, comprometido en la edificación del Reino desde la comunidad eclesial, que también tiene una identidad.

La ambigüedad suele ser moneda corriente en un mundo pluralista donde las opiniones se proponen como alternativas cerradas, categóricas y absolutas para dar sentido a la vida.

2. Núcleos substanciales de la fe católica

La fe como acontecimiento histórico y como praxis eclesial integra unos valores esenciales de referencia que no se pueden sacrificar. ¿Cuáles son? ¿En qué consisten? ¿Cómo se jerarquizan? ¿Cómo se deben interpretar? ¿De qué manera hay que expresarlos hoy?

Existe siempre el riesgo de la deformación y la tentación de forjarse un contenido de fe a la medida de lo personal y subjetivo.

3. Resonancias del Concilio

El hecho de ser todos posteriores a este acontecimiento es de por sí indicador. Explícita o implícitamente todos los compendios quieren ser cajas de resonancia de aquel espíritu que desencadenó nuevos estilos de

presencia, de relación, de lenguaje y de compromiso con toda realidad donde el Designio de Dios se hace historia salvífica.

4. Enraizados en la Palabra de Dios

La presencia y la función de la Escritura unida a la Tradición viva de la Iglesia son asumidas como principio fontal de toda catequesis. No es la Escritura sólo lugar para probar las aseveraciones de la fe, sino fuente primordial que da origen y sustenta toda expresión litúrgica, doctrinal, moral, espiritual y pastoral del Pueblo de Dios. El contenido, la pedagogía y los objetivos de la catequesis tienen en la Escritura su más profunda inspiración.

5. Jesús es el Señor

Existe siempre este hilo conductor y este enfoque substancial en las diversas formas de proponer la síntesis de la fe. Todo encuentra allí su sentido pleno. Es el centro articulador de todas las formulaciones de fe. Se siente en los compendios el eco de la confesión paulina: "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe".

De allí que toda la fuerza unificadora del Mensaje sólo se pueda captar interpretándolo con esta clave. Y no podría ser de otra manera.

6. En diálogo con la cultura contemporánea

La cosmovisión cristiana tiene una palabra original y un estilo propio de dar sentido a la existencia de los hombres. En la apertura dialogante, la fe reconoce los valores presentes en las diversas interpretaciones que se dan al mundo y a la historia, las asume con conciencia crítica y ejerce su función profética, anunciando la presencia del Reino y sus imperativos ineludibles.

7. En un lenguaje para esta generación

Superando las formulaciones exclusivamente doctrinales y aún dogmáticas, los catecismos optan por un lenguaje sugerente, respetuoso e interpelante. Como quien desea suscitar en el creyente asombro y diálogo interior con su fe.

Preocupados por las categorías modernas de pensamiento, tratan de emplear un lenguaje *vital* (entroncado en la vida), *inteligible* (según los modos de comunicación contemporánea), *creíble* (que estimule la adhesión de fe) y *actual* (inspirado en las ciencias de la comunicación).

8. Los compendios no se proponen como mediaciones definitivas

La catequesis es un ministerio inherente al ser y a la vocación de la Iglesia. Los catecismos son instrumentos siempre inacabados. El Mensaje es inalterable. La mediación es cambiante.

En todas las obras que se ofrecen como síntesis de fe, los autores son conscientes de lo inconcluso de sus tentativas. Saben que su enfoque, su lenguaje y el ordenamiento interno reflejan inevitablemente el "humus" cultural donde han nacido. De allí un cierto carácter "localista" que se descubre en todas ellas.

Todos los autores dicen querer llegar al hombre actual. Pero cabe preguntar: ¿Cuál hombre actual? ¿El de Francia, el de U.S.A., el de Alemania? No parece sencillo hablar del hombre actual en términos rigurosamente unívocos. Por eso todos los compendios contienen innumerables limitaciones.

III. A modo de conclusión: Hacia un compendio universal de la fe

Ante el inminente "compendio universal de la fe", este breve análisis crítico de los compendios nacionales podrá adentrarnos en los valores que está llamado a incorporar y los escollos que debe superar.

Podrá ser un punto histórico-doctrinal de referencia para las Iglesias particulares, pero tendrá que asumir las limitaciones inherentes a su naturaleza. Podrá ser guía segura para muchos educadores de la fe que requieren de pautas normativas, pero tendrá que estimular simultáneamente la creatividad que se impone en nombre del Espíritu, que no cesa de sacudir inercias. Será un vínculo gozoso de comunión universal en la fe, pero también sabrá permitir que se continúe en la búsqueda de mejores expresiones.

Las inquietudes y los temores que ha suscitado en muchos espíritus —quizá no bien informados— podrían serenarse, porque un compendio como el que nos ofrecerá el Magisterio de la Iglesia universal, puede contemplarse como un signo alentador del sitio que el ministerio de la catequesis adquiere cada día.

Desde su anuncio y su elaboración el compendio universal está llamado a desencadenar una más seria reflexión catequética en todos los ámbitos de la Iglesia, poniendo en evidencia esas dimensiones en las cuales debe avanzar siempre la catequesis: calidad, profundidad y trascendencia.

El mayor acierto de esta iniciativa quizá resida más en el hecho de que la catequesis será nuevamente objeto de las preocupaciones pastorales del Pueblo de Dios, más que en la oferta de un instrumento supuestamente definitivo e inmutable.

En todo caso conviene acogerlo con espíritu abierto, crítico y esperanzador, apoyado en el buen sentido pastoral y en la inventiva que creará espacios para una proclamación de la fe acorde con la complejidad del seguimiento de Jesús. Será un desafío apasionante para todos.

Una pregunta final: ¿Podrían estas características inspirar de alguna forma la confección del "compendio universal de la fe" ?

Pueblo de Dios, religiosidad popular y catequesis

Antonio González Dorado, S.J.

La Iglesia en América Latina, en su proyecto de renovación para cumplir su misión evangelizadora y liberadora en el Continente, ha prestado una especial atención a la catequesis.

En el Documento de Puebla los Obispos establecieron que "la catequesis, que consiste en la educación ordenada y progresiva de la fe, debe ser *acción prioritaria* en América Latina, si queremos llegar a una renovación profunda de la vida cristiana y por tanto a una nueva civilización que sea participación y comunión de personas en la Iglesia y en la sociedad" (DP 977). En la Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* se matiza más enérgicamente que "el crecimiento interior de la Iglesia, su correspondencia al designio de Dios, dependen *esencialmente* de ella" (CT 13).

Pero la primera impresión que tenemos al leer estos documentos es que el concepto de catequesis focaliza reductivamente su campo a la catequesis formal que, a nuestro juicio, no es más que un sistema cualificado de la catequesis eclesial, actividad pluriforme de la que es responsable toda la comunidad (CT 4; DP 983).

Dentro de esta preocupación cabe preguntarse si la religiosidad popular no es también otro sistema catequético en la Iglesia que debe conectarse sabiamente con el formal, con una conciencia de que se necesitan mutuamente. Más aún, buscando un paralelismo con la actividad litúrgica, debemos cuestionarnos si no es necesario el promover la mutua fecundación entre la catequesis formal y la de la religiosidad popular en orden a conseguir como resultado la catequesis eclesial e integral que en este momento necesita nuestra Iglesia (DP 465).

Mi opinión personal es que sólo en una complementación de religiosidad popular y catequesis formal se pueden alcanzar algunos de los objetivos más importantes del proyecto pastoral de Puebla. Esto me ha movido a colaborar con las siguientes reflexiones en este estimulante campo de la catequesis.

Sigo el siguiente orden en mi exposición: en primer lugar, clarifico la dimensión catequética que se incluye en la religiosidad popular; analizo

después algunos de los objetivos claves de la catequesis, y la pedagogía divina (DV 15) que encontramos en la historia de la salvación para su logro; ésto nos permitirá una mejor comprensión del valor catequético específico de la religiosidad popular, de sus limitaciones y de algunas de las causas que las originan; por último afrontaremos las mutuas aportaciones que han de realizarse entre la catequesis formal y la religiosidad popular en orden a articular una catequesis eclesial que responda a las necesidades de América Latina.

I. La Religiosidad Popular es un Sistema Catequético

No recuerdo que en ningún documento se haya afirmado explícitamente que la religiosidad popular sea un sistema específico de la catequesis eclesial. Sin embargo en Puebla se la valora constatando que "la religiosidad popular no es solamente objeto de evangelización sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo" (DP 450). Detrás de esta afirmación implícitamente se está reconociendo que se trata de un sistema popular de catequización, es decir, que la religiosidad popular es *también* catequesis y, con mayor precisión, la catequesis del pueblo, porque mediante ella pretende transmitir y educar la fe.

Releyendo el documento desde esta perspectiva encontramos en él el reconocimiento de algunas cualidades y limitaciones de este sistema que denomino popular para distinguirlo del formal o propio de especialistas.

1. Valores del sistema catequético popular

Al intentar clarificar este punto me he encontrado con una sorpresa. En efecto, buscando textos paralelos sobre la catequesis formal y la religiosidad popular en el mismo documento, aparece con claridad que determinadas exigencias de la catequesis se realizan ya en el sistema catequético popular, mientras que en la catequesis formal son aspiraciones difíciles de alcanzar. Expongo brevemente estos valores catequéticos de la religiosidad popular.

Primero: En el sistema popular los catequistas son el mismo pueblo (DP 450, 456), y preferentemente los pobres y sencillos (DP 447). De esta manera este sector de la comunidad eclesial tradicionalmente ha asumido con espontaneidad el principio de que toda la comunidad es responsable de la catequesis, lo que hoy supone un redescubrimiento de la catequesis formal (DP 983).

Segundo: La catequesis popular tiene la virtualidad de llegar a todos los sectores sociales (DP 447), incluso con "la capacidad de congregarse a multitudes" (DP 449). Sin embargo de la catequesis formal se advierte que "no logra llegar a todos los cristianos en medida suficiente ni a todos los sectores y situaciones" (DP 987).

Tercero: Es una catequesis permanente y continua (DP 450), que se prolonga durante toda la vida de los creyentes, y que adquiere especial densidad en los acontecimientos más importantes de las personas y de la comunidad. Hoy se le recuerda a la catequesis formal que debe ser "un proceso dinámico, gradual y permanente de educación de la fe" (DP 984; CT 9).

Cuarto: Se anota que los grandes temas y valores del cristianismo se encuentran presentes en la catequesis popular (DP 412-414, 448, 454), incluso constatando que "la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierte muchas veces en un clamor por una verdadera liberación" (DP 452). A la catequesis formal se le pide "la integridad del anuncio de la Palabra para superar el dualismo, las falsas oposiciones y la unilateralidad" (DP 1004, 979).

Quinto: De la catequesis popular se reconoce que "tiene una capacidad de síntesis vital. Así conlleva creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución, persona y comunidad, fe y patria, inteligencia y afecto" (DP 448). A la catequesis formal se le advierte el peligro de caer a menudo "en dualismos y falsas oposiciones como entre catequesis sacramental y catequesis vivencial; catequesis de la situación y catequesis doctrinal" (DP 988, 979).

Sexto: La catequesis popular se encuentra encarnada en la cultura mestiza latinoamericana (DP 446, 449), con sus símbolos y con un lenguaje silencioso, no verbal, propio del pueblo (DP 457). Más aún tiene "la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza)" (DP 454). Hoy se pide a la catequesis formal que "se empeñe en el uso y adaptación del lenguaje catequístico" (DP 996), que evite "conceptos que pertenecen a hipótesis teológicas o de estudio" (DP 990), que aprenda el lenguaje del pueblo (DP 457), y que asuma la cultura latinoamericana (DP 996).

Séptimo: La catequesis popular se encuentra transida por la piedad (DP 935), y es una piedad que "conduce al amor de Dios y de los hombres y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino" (DP 935). De hecho la conexión entre religiosidad y piedad popular es tan profunda que el Documento de Puebla utiliza indiferentemente los términos (DP 444). A los catequistas se les advierte que algunos "descuidan la iniciación a la oración y a la liturgia" (DP 989).

Octavo: La catequesis popular transmite una sabiduría que "es también para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico por el que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses" (DP 448). Es dimensión que también se pide a la catequesis formal (DP 997).

Noveno: Por último Puebla reconoce la necesidad de la catequesis popular ya que “si la Iglesia no reinterpreta la religión del pueblo latinoamericano se producirá un vacío que lo ocuparán las sectas, los mesianismos políticos secularizados, el consumismo que produce hastío y la indiferencia o el pansexualismo pagano” (DP 469).

2. Limitaciones y deficiencias de la catequesis popular

Junto a estas virtualidades de la catequesis popular Puebla ha advertido también sus limitaciones y deficiencias, algunas de ellas de gran importancia, de tal manera que afirma complexivamente que “como toda la Iglesia, la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo” (DP 457). ¿Cuáles son estas grandes limitaciones?

Primera: La catequesis popular transmite una fe débil, lo que constata afirmando que las grandes mayorías que han sido bautizadas viven un catolicismo popular debilitado (DP 461).

Esta debilidad de la fe se muestra en un cierto divorcio entre la piedad y la vida, dado que sus expresiones con frecuencia no son coherentes con el compromiso moral, social y evangelizador, propio de la vocación cristiana (DP 909, 914). Especialmente Puebla subraya que “la religiosidad popular, si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados” (DP 452, 437).

Segunda: Puebla diagnostica que “la religión del pueblo muestra en ciertos casos signos de desgaste y de deformación: aparecen sustitutos aberrantes y sincretismos regresivos” (DP 453). Es fácil advertir en estas expresiones una denuncia a la catequesis popular que, en este momento histórico, no sólo no avanza cualitativamente sino que retrocede perdiendo fuerza y autenticidad cristiana.

Tercera: Se descubren en ella algunos fenómenos que son verdaderos obstáculos para la evangelización (DP 456). Se destacan entre ellos superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo, ritualismo, arcaísmo estático, falta de información e ignorancia, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios.

Cuarta: Todas estas deficiencias de la catequesis popular parecen apuntar principalmente a una insuficiente presencia de la Palabra de Dios en la religiosidad popular (DP 960, 963), lo que significa “que le falta educación, catequesis y dinamismo, debido a la carencia de una adecuada pastoral” (DP 455).

3. ¿Catequesis válida para el hoy y el futuro de América Latina?

Ante la ambigüedad del sistema catequético popular es necesario el preguntarse si es válido para la nueva evangelización de América Latina.

El Documento de Puebla lo afirma ya que lo considera necesario en el Continente en sus actuales circunstancias (DP 469), como contestación a las opresiones que sufre el pueblo (DP 452) y a las ideologías de culturas dominantes (DP 438), postulando además positivamente que se le comunique "la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética" (DP 457) y clarificando que se debe "desarrollar en nuestros militantes una mística de servicio evangelizador de la religión de su pueblo" (DP 462).

La pregunta inmediata parece ser ésta: ¿Cómo realizar este proceso de reevangelización? Pero ante el entusiasmo de Puebla también cabe una postura más crítica y realista. En efecto, en el mismo documento se afirma, como vimos anteriormente, que en la religiosidad popular se advierten signos de desgaste (DP 453), signos que pueden tener un doble significado. Ciertamente que pueden manifestar la carencia de una adecuada pastoral prolongada durante mucho tiempo. Pero tampoco podemos olvidar que la religiosidad popular es "la forma o la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado" (DP 444). Consiguientemente los signos de decadencia también pueden ser indicadores de un cambio cultural que está afectando profundamente al Continente. Para una cultura nueva sería inadecuada una religiosidad popular vieja como instrumento de evangelización y catequización al menos de cara a las futuras generaciones, y no podemos olvidar que también los jóvenes son opción preferencial de nuestra Iglesia (DP 1166).

La transformación cultural es evidente. La misma Iglesia reconoce que se "produce una acentuada aceleración de la historia que exige a todos los pueblos gran esfuerzo de asimilación y creatividad, si no quieren que sus culturas queden postergadas o aun eliminadas" (DP 416). Incluso habla de "asumir los valores de la nueva civilización urbano-industrial en una síntesis vital" (DP 436) con la perspectiva de nuevas formas de integración (DP 428). Ante esta nueva situación es toda la pastoral la que se siente cuestionada por "problemas hasta ahora no conocidos" (DP 431), y consiguientemente también la catequesis tanto en su expresión formal como popular. Por eso el problema no puede ser ni silenciado ni descuidado.

Para dar una respuesta aproximada a la cuestión planteada creo que es necesario abordar tres temas: los objetivos de la catequesis en América Latina, la "pedagogía divina" que encontramos en la revelación de cara a dichos objetivos, y una mayor comprensión de la naturaleza de la religiosidad popular.

II. Objetivo Central de la Catequesis: La Configuración de la Iglesia como Pueblo de Dios en América Latina

Tres objetivos, entre otros, se asignan a la catequesis en América Latina: la educación ordenada y progresiva de la fe (DP 977), la edifi-

cación de la Iglesia vivenciada en la imagen de Pueblo de Dios (DP 993, 995, 232-233), y la incorporación de las grandes mayorías cristianas que expresan su fe en el sistema de la religiosidad popular (DP 462). Son tres objetivos estrechamente relacionados, como veremos en el desarrollo, pero cuyo centro queda ocupado por la edificación de la Iglesia en el modelo de Pueblo de Dios.

1. La catequización de las grandes mayorías

Opción bien característica de la Iglesia latinoamericana, en este momento de profundas transformaciones culturales y religiosas, es la evangelización y catequización de las grandes mayorías que han sido bautizadas y que viven un catolicismo popular debilitado (DP 461), con la esperanza de que la fe desarrolle una personalización creciente, una solidaridad liberadora (DP 466), y un nivel de incorporación más vital en la Iglesia (DP 462).

Esta actitud, que sigue la mejor tradición de los profetas de Israel, es marcadamente diferente de la tímida postura pastoral de los teólogos de otros continentes que se inclinan por una Iglesia de diáspora constituida por comunidades selectas. Expresamente la Iglesia en América Latina rechaza "el elitismo cerrado o sectario" (DP 261), afirmando que el fenómeno de la religiosidad popular "pone a la Iglesia ante un dilema de continuar siendo la Iglesia Universal o de convertirse en secta, al no incorporar vitalmente a sí, a aquellos hombres que se expresan con este tipo de religiosidad" (DM Past. Pop. 3).

Dos razones fundamentales apoyan esta opción: la conciencia de que la fe, aunque sea débil, subyace en las grandes mayorías bautizadas del Continente; y que son los pobres, que claman por su liberación integral, los que forman los mayores porcentajes de esas grandes mayorías.

En efecto, se tiene una clara conciencia de que la amplia mayoría del Continente es católica e incluso integrada en la unidad de una cultura cristiana, dado que "con deficiencias y a pesar del pecado siempre presente, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, marcando su identidad histórica esencial y constituyéndose en la matriz cultural del Continente, de la cual nacieron los nuevos pueblos" (DP 446). Se acepta que se vive un catolicismo popular debilitado y, consiguientemente, que la fe es débil. Pero no se ven razones para que la fe del pueblo se reduzca a una mera fe sociológica o, lo que sería lo mismo, a la pervivencia de una expresión cultural religiosa carente de fe cristiana. Por eso la Iglesia califica la actual religiosidad popular como catolicismo popular (DP 444). Esto no elimina algunas excepciones importantes como las apuntadas por el mismo documento (DP 451).

Pero hay algo más. Estas inmensas mayorías cristianas comparten la opresión injusta a la que se encuentran sometidos el pueblo y el Continente

(DP 27-50), y han conseguido durante estos años expresarla por una búsqueda angustiada de la propia identidad, por un despertar de las masas populares e incluso por ensayos de integración americana (DP 233). La opresión se ha transformado en un clamor claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante (DP 24, 88-89). La Iglesia considera que estos fenómenos liberadores, independientemente de otros factores, no son extraños a la misma fe cristiana del pueblo, ya que las injusticias existentes contradicen radicalmente los valores que el pueblo "lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio" (DP 452, 437). Así se explica "que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación" (DP 452).

Estas grandes mayorías, fundamentalmente constituídas por pobres y oprimidos, son la carne de la Iglesia. Aunque débiles en su fe disponen de un potencial evangelizador "en cuanto la interpelan constantemente llamándola a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (DP 1147). Con su "clamor por una verdadera liberación" (DP 452) cargan de realismo y de historicidad la misión evangelizadora que la Iglesia tiene que desarrollar en el Continente. Además, a través de los siglos, se han mantenido fieles a la Iglesia y a su fe frente a élites culturales que intentaban arrancársela y frente a élites eclesiales que las minusvaloraban. Antes que la Iglesia en documento oficial optara por los pobres, los pobres habían optado por la Iglesia, esperando el día en que se superara "el divorcio entre élites y pueblo" (DP 455).

La Iglesia de América Latina, si no quiere traicionarse a sí misma y a los pobres, no puede renunciar a ser la Iglesia de las grandes mayorías. Sería una frivolidad. Su responsabilidad la obliga a "actualizar y reorganizar el anuncio del contenido de la evangelización partiendo de la misma fe de nuestros pueblos" (DP 436). Sus élites "deben asumir el espíritu de su pueblo, purificarlo, aquilatarlo y encarnarlo en forma preclara" (DP 462). Su esfuerzo ha de colaborar en "una renovada conversión en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico" (DP 438). Y ha de hacer suyas las legítimas aspiraciones del pueblo a una liberación integral, en la que "aparecen dos elementos complementarios e inseparables: la liberación de todas las servidumbres del pecado personal y social, de todo lo que desgarró al hombre y a la sociedad y que tiene su fuente en el egoísmo, en el misterio de iniquidad, y la liberación en el crecimiento progresivo del ser, por la comunión con Dios y con los hombres que culmina en la perfecta comunión del cielo, donde Dios es todo en todos y no habrá más lágrimas" (DP 482, 141-142).

Pero, ¿con qué Iglesia han de vincularse más vitalmente estas grandes mayorías de bautizados? La pregunta nos abre al segundo objetivo de la catequesis.

2. La edificación de la Iglesia como Pueblo de Dios

Es misión de la catequesis la continua edificación de la Iglesia (DP 993). Pero advierte el Documento de Puebla que también a ella le corresponde el transmitir y vivenciar "la imagen de la Iglesia" (DP 995). Esta acotación es de extraordinaria importancia.

En efecto, la Iglesia, como realidad divino-humana, tiene la exigencia de interpretarse a sí misma desarrollando su esencial dimensión "eclesiológica", lo que le permite expresar bajo diversos símbolos su íntima naturaleza (LG 6). Así se originan diferentes "imágenes" a través de la historia. La imagen no debe ser puramente subjetiva, sino coherente con el ser original de la Iglesia. Pero tampoco es estática sino acomodada y adaptada a las diferentes circunstancias históricas en las que la comunidad eclesial desarrolla su existencia. Por eso se puede elaborar una historia de la eclesiología, como lo ha evidenciado Y. Congar. La eclesiología no es meramente reflexiva, sino también pastoral y operativa, configurativa. A la catequesis le corresponde transmitir no sólo la fe ortodoxa de la Iglesia, sino también el edificar una Iglesia encarnada y proyectada en su correspondiente modelo e imagen.

La gran catequesis del Vaticano II, para utilizar la expresión de Pablo VI, en su Constitución *Lumen Gentium*, después de haber desarrollado la profunda dimensión misteriosa de la Iglesia, configura su realidad histórica y visible con la imagen privilegiada de Pueblo de Dios, que corresponde a la misma esencia del proyecto salvífico y liberador: "Quiso el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente" (LG 9). Esta imagen de Pueblo de Dios, con marcadas características históricas e institucionales, expresa la estructura visible de la Iglesia más amplia y universal.

La interpretación de la Iglesia como Pueblo de Dios ha tenido una especial resonancia en América Latina: "El Concilio aconteció en un momento difícil para nuestros pueblos latinoamericanos. Años de problemas, de búsqueda angustiosa de la propia identidad, marcados por un despertar de masas populares y por ensayos de integración americana, a los que precede la fundación del CELAM (1955). Esto ha preparado el ambiente en el pueblo católico para abrirse con cierta facilidad a una Iglesia que también se presenta como Pueblo. Y Pueblo universal, que penetra los demás pueblos, para ayudarlos a hermanarse y crecer hacia una gran comunión, como la que América comenzaba a vislumbrar. Medellín divulga la nueva visión, antigua como la misma historia bíblica" (DP 233). Cuando Puebla desarrolla el tema de la verdad de la Iglesia inaugura una importante catequesis sobre el Pueblo de Dios (DP 220-303).

La concientización y progresiva articulación de la Iglesia como Pueblo de Dios en América Latina sintonizan y responden a dos de los problemas

más importantes en el Continente, abriendo orientaciones y nuevos caminos de solución.

El primer problema está señalado por Puebla. El despertar clamoroso de las masas populares y de todo el Continente expresa el nacimiento de una nueva conciencia de su ser de pueblo. Se concientiza colectivamente una historia común en la que sobresalen los calificativos dolorosos de colonización, opresión y manipulación. Se advierte que los problemas son comunes y que su solución hay que encontrarla en dimensiones de autotonía y de solidaridad. Simultáneamente se reconoce que, en medio de amplias diferencias, subyace un lenguaje, una cultura ampliamente común que permite el encontrarse como miembros de un mismo pueblo. De esta manera la liberación se constituye en el proyecto del pueblo latinoamericano.

Pero el riesgo se encuentra a las puertas. Quizás le falte a América Latina una conciencia histórica de implementación autóctona de sus propias soluciones. Carece de una experiencia de protagonismo histórico. El gran peligro en este momento de despertar liberador es el del mimetismo, o el de ser de nuevo manipulado por intereses e ideologías foráneas (DP 542-550), que amenazan simultáneamente la identidad y la libertad de América Latina y la fe cristiana de sus grandes mayorías.

Es en este momento cuando la Iglesia, reidentificada con su pueblo y consciente de su responsabilidad moral en el Continente, proyecta su imagen de Pueblo de Dios. No se trata de restaurar un caduco modelo de cristiandad. Como Pueblo de Dios en el pueblo de América Latina pretende congregarse a los cristianos, a las inmensas mayorías bautizadas, en una conciencia capaz de asumir desde la fe la situación y las legítimas aspiraciones del pueblo latinoamericano haciéndose solidarios con ellas, y con mucha más razón dado que las injusticias rechazadas por el pueblo contradicen los valores que éste lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio (DP 437, 452). La Iglesia al afirmarse como Pueblo de Dios pretende también superar los ataques de ideologías foráneas contra una fe que reconoce que es todavía débil. Ciertos movimientos pretenden arrasarla, otros intentan manipularla (DP 435, 559). Pero la defensa de la fe del pueblo reunido en Pueblo de Dios es simultáneamente clarificación de las nuevas y sutiles dependencias que atentan contra la libertad del pueblo latinoamericano.

Congregar al pueblo creyente en Pueblo de Dios supone el asumir en la fe la cultura y la sabiduría popular (DP 413-414, 448) proyectándola en un compromiso solidario con Cristo Evangelizador y Liberador. El Pueblo de Dios es pueblo de evangelización liberadora, expresión con connotaciones existenciales en el Continente. En su núcleo más privilegiado se encuentran los creyentes fieles a su fe, el sacramento preclaro del Cristo resucitado.

El segundo problema tiene una evidente conexión con el anterior. Frente al despertar liberador del pueblo latinoamericano, la Iglesia advierte

el despliegue de una cultura, a la que denomina adveniente, que "inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas, pretende ser universal. Los pueblos, las culturas particulares, los diversos grupos humanos son invitados, más aún, constreñidos a integrarse en ella" (DP 421).

La Iglesia no desconoce ciertos valores de esta cultura, pero analizando el modelo en el que se desarrolla advierte tres características muy graves para América Latina. En primer lugar es una cultura etnocida, "que no respeta las diferentes culturas, debilitándolas, absorbiéndolas o eliminándolas" (DP 427). Segundo, es una cultura colonizadora y proletarizadora de sectores sociales y hasta de los diversos pueblos, agudizando cada vez más el problema de la dependencia y de la pobreza (DP 417). Tercero, está inspirada por la ideología del secularismo, de tal manera que "Dios resulta superfluo y hasta un obstáculo" (DP 434-435).

Frente a los valores negativos de esta cultura la Iglesia en América Latina opone el derecho de los pueblos y se afirma a sí misma como Pueblo de Dios.

Reconociendo que América Latina se encuentra en los umbrales de una nueva síntesis cultural (DP 393), enfatiza el derecho de cada pueblo a su propia cultura y al control de su propio desarrollo. Simultáneamente denuncia "aquella instrumentación de la universalidad que equivale a la unificación de la humanidad por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos o sectores sociales sobre otros pueblos y sectores" (DP 427).

En estas circunstancias la Iglesia se afirma a sí misma y se explica como Pueblo de Dios.

Es un Pueblo que nace de Dios (DP 250) y que reconoce a Cristo como el único Pastor que la guía (DP 257). También tiene una vocación universal (DP 237) haciéndose presente en todos los pueblos naturales (DP 234), pero no homogenizadamente sino encarnándose en todos, para introducir en sus historias el Reino de Dios. "Así fomenta y asume, y al asumir purifica, fortalece y eleva todas las capacidades, riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno" (LG 13; DP 237). Precisamente en esa encarnación, simultáneamente universal y diversificada del Pueblo de Dios en todos los pueblos naturales, descubre San Pablo la sacramentalización del misterio de Dios escondido antes de todos los siglos (Ef 3,1-19). La unidad de este Pueblo viene dada por su fe, pero como Pueblo está integrado por hombres fuertes y débiles en la fe, por justos y pecadores (DP 253). Su finalidad es trascendente (DP 251), pero su misión es histórica: afirmar y evangelizar la cultura de todos los pueblos impulsándolos desde su interior a una respetuosa, justa y fraternal comunión universal (DP 428).

¿Cómo se encarna esta imagen de Iglesia-Pueblo de Dios en América Latina? Cuatro aspectos merecen una especial mención.

Primero, asumiendo el actual momento histórico del Continente: "Después de Medellín nuestros pueblos viven momentos importantes de encuentro consigo mismos, redescubriendo el valor de su historia, de las culturas indígenas y de la religiosidad popular. En medio de este proceso se descubre la presencia de este otro Pueblo que acompaña en su historia a nuestros pueblos naturales. Y se comienza a apreciar su aporte como factor unificador de nuestra cultura, a la que tan ricamente ha fecundado con savia evangélica. La fecundación fue recíproca, logrando la Iglesia encarnarse en nuestros valores originales y desarrollar así nuevas expresiones de la riqueza del Espíritu" (DP 234).

Segundo, acompañando a nuestros pueblos en el proceso de la nueva síntesis cultural con un sentido crítico: la Iglesia ha de procurar, partiendo de la misma fe de nuestros pueblos "que éstos puedan asumir los valores de la nueva civilización urbano-industrial, en una síntesis vital cuyo fundamento siga siendo la fe en Dios y no el ateísmo, consecuencia lógica de la tendencia secularista" (DP 436).

Tercero, desencadenando un proceso de autoafirmación y de comunión mediante una vigorización de la fe: "La Iglesia en América Latina se propone reanudar con renovado vigor la evangelización de la cultura de nuestros pueblos y de los diversos grupos étnicos para que germine o sea reavivada la fe evangélica y para que ésta, como base de comunión, se proyecte hacia formas de integración justa en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una gran patria latinoamericana y de una integración universal que permita a nuestros pueblos el desarrollo de su propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos" (DP 428).

Cuarto, edificando en la Iglesia un nuevo modelo de pueblo que pueda servir como punto de referencia al proyecto latinoamericano de nueva sociedad (DP 273). De esta manera el nuevo Pueblo de Dios será también "escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (DP 274).

Resumiendo brevemente: el compromiso de nuestra Iglesia de explicitarse y configurarse en la imagen de Pueblo de Dios enfrenta evangélicamente los dos problemas, quizás los más radicales y actuales de nuestro Continente. Pretende con ello afirmar existencialmente su legítima conciencia de pueblo comprometido en un proyecto de liberación. Además ilumina correctamente el inevitable encuentro con la cultura adveniente, orientando al pueblo sobre los nuevos valores que ha de asumir en un diálogo cultural pero sin renunciar a su identidad y a su libertad.

Objetivo de la catequesis es transmitir esa imagen de Pueblo de Dios que no sólo renueva a la Iglesia sino que la capacita para desplegar su misión salvífica y evangelizadora en todo el Continente.

3. La fe vivida en el Pueblo de Dios

Es importante que la catequesis transmita la imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios, pero no puede olvidar que la vida y plenitud de éste depende del nivel de fe que vivan la comunidad y sus miembros. Por eso se subraya en todos los documentos que también es objetivo de la catequesis "la educación ordenada y progresiva de la fe" (DP 977). Pero, ¿qué es la fe?

La pregunta puede parecer ociosa en este momento si no advertimos que en el mismo documento de Puebla se explicitan crítica y dialécticamente alternativas de la fe. Así se habla de fe individualista y comunitaria (DP 235), de fe desencarnada y encarnada (DP 400, 450), de fe particular y de fe del Pueblo de Dios (DP 373). No sólo se trata de describir distintas posibilidades de vivir la fe, sino que detrás de esas diferenciaciones se encuentra en juego la misma comprensión de la fe condicionando la orientación de la catequesis y cuestionando su pedagogía.

Desde la época de la Reforma la reflexión teológica sobre la fe ha privilegiado sus características místicas, personales y subjetivas. Incluso el surgimiento de una cultura promotora de una legítima libertad religiosa ha favorecido una concepción privatizada de la fe que ha incidido en su comprensión y en su modo de vivirla. Se perfila de esta manera una imagen de fe individual, subjetiva y privada que ciertamente no es la fe cristiana, aunque tenga como contenido la persona de Cristo.

En efecto, desde los documentos neotestamentarios la conversión —es decir, el cambio en el hombre conforme al proyecto de Dios— implica la fe y el bautismo. El bautismo es la fe profesada y eclesializada, mediante la cual el creyente se incorpora como miembro del Cuerpo de Cristo, reconociendo no sólo que El es el Salvador del mundo sino también Cabeza de su cuerpo que es la Iglesia. Sólo mediante el bautismo el creyente vitalmente acepta al Cristo total, la plenitud de la Palabra de Dios hecha carne.

De esa manera la fe del creyente comienza a participar y profesar la misma fe de la Iglesia, que no es solamente fe en Cristo sino también fe en el cuerpo de Cristo que históricamente se hace presente en el Pueblo de Dios. De esa manera la dimensión escondida de la fe se exterioriza, se encarna en pueblo, originándose una circulación de vida entre la interioridad y la exterioridad de la fe, entre su aceptación salvífica y su expresión evangelizadora. Esa es la fe completa, la fe cristiana, que ciertamente puede vivirse con mayor o menor plenitud según la situación en la que se encuentren cada cristiano y la propia comunidad eclesial.

Pero con esto estamos afirmando que la expresión de la fe como Pueblo de Dios es parte integrante y esencial de la misma fe cristiana, lo que nos orienta a buscar las notas que la caracterizan no sólo en su dimensión interior sino también en su exteriorización.

La encarnación de la fe en Pueblo de Dios hace que esta se configure con tres notas: la fe es popular, cultural e histórica.

Al afirmar que *la fe es popular* estamos diciendo que tiene que vivirse en aceptación y compromiso con el Pueblo de Dios.

Pero no hay pueblo sin cultura. En el caso del Pueblo de Dios, como veremos más adelante, se conjugan una transcultura —que es la revelación de Dios— con la pluralidad cultural de los pueblos y naciones de la tierra. Al encarnarse *la fe en la cultura* ésta libera su potencial religioso, haciendo que la fe se exprese religiosamente, manteniendo y superando la tensión fe y religión.

Del mismo modo *la fe se hace histórica*, porque es esencial de un pueblo la historia. Lo mismo que en el caso de la cultura la fe mantiene y supera la tensión con la historia, con la virtualidad de poderla transformar en historia de la salvación. Esta historia es la historia de la fe y de la fidelidad a la fe del Pueblo de Dios. Por eso la fe no es sólo encuentro salvífico sino también memoria y proyecto de salvación, como afirmaba Santo Tomás del sacramento eucarístico.

Pero es necesaria una ulterior precisión. El Pueblo de Dios se realiza y encarna en pueblos naturales, según la expresión de Puebla, originando las diferenciadas Iglesias en las que se muestra su original universalidad conforme al pensamiento de San Pablo. Cada una de estas Iglesias no es una parte de la Iglesia sino “la Iglesia en”, como se las caracteriza en el Nuevo Testamento, aunque la plenitud de cada una de ellas es la comunión con las otras Iglesias, cuyos signos preclaros son la aceptación del servicio de la comunión que ha sido confiado por Cristo a Pedro y la *koinonía* o ayuda mutua.

Al concretarse el Pueblo de Dios en cada una de las “Iglesias-en”, partiendo de la historia común y manteniendo siempre la misma esperanza y el mismo proyecto, se diversifica en su expresión y encarnación en particulares historias de salvación desarrolladas en culturas diferentes, haciendo que cada una de las Iglesias adquiera su propia personalidad.

Este hecho tiene su incidencia en la fe. La fe en su dimensión mística siempre es la misma y se vive en comunión con todas las Iglesias, pero se encarna y se expresa en una Iglesia particular en la que salvíficamente se realiza la síntesis de miembro del Pueblo de Dios y miembro del pueblo natural, tema que fue ya especialmente reflexionado por Clemente de Alejandría. Esta exigencia de la fe es tan fuerte que incluso

en los que tienen el carisma de misionar en pueblos diferentes a los de su origen, los impulsa a "hacerse todo a todos para ganar a algunos" (1 Co 9,20-23).

Al sacramentalizarse la fe de los creyentes en Pueblo de Dios, con las diferentes características de los pueblos naturales en los que se ha hecho presente, no sólo expresa y significa la fe y la historia de la fe de cada una de las Iglesias sino que también la evangeliza, catequiza y alimenta conforme al principio teológico: "Sacramenta efficiendo significant et significando efficiunt". De una manera más sencilla: La historia de la fe del Pueblo de Dios inculturado en un pueblo —aunque la comunidad cristiana no constituya más que una parte reducida de dicho pueblo— es el gran instrumento de evangelización interna de la "Iglesia-en" y de la evangelización de la sociedad en la que se encuentra situada. Esto es lo que, de una manera más existencial, quieren decir los teólogos al afirmar que la Iglesia es el protosacramento de Cristo.

Esta concepción de la fe que se encarna en Pueblo de Dios realizado en la pluriformidad de las "Iglesias-en" se constituye, a mi juicio, en uno de los factores críticos y orientadores de la catequesis. Es a esta actividad de la Iglesia a la que le corresponde la educación ordenada y progresiva de la fe. Pero de la fe global y existencialmente comprendida, es decir de la fe integral. Esto es lo que ha quedado intuído de una forma sugerente en una de las observaciones de Puebla: "La visión de la Iglesia como Pueblo de Dios aparece, además, necesaria para completar el proceso de tránsito acentuado en Medellín, de un estilo individualista de vivir la fe a la gran conciencia comunitaria a que nos abrió el Concilio" (DP 235).

4. La catequesis del Pueblo de Dios en América Latina

El análisis de estos tres objetivos propuestos por Puebla a la catequesis nos ayuda a descubrir una profunda conexión entre ellos.

El objetivo central es, sin duda, la edificación de la Iglesia como Pueblo de Dios en América Latina. Es una Iglesia que tiene su origen en Cristo pero cuyo nacimiento histórico aconteció hace quinientos años. Es una Iglesia que tiene su propia historia, con sus luces y con sus sombras, pero cuya vocación ha sido encarnar al Pueblo de Dios en el pueblo latinoamericano, originando una síntesis original con la misión de colaborar en la salvación y liberación integral de todo el Continente.

Por eso, como Pueblo de Dios, siente la responsabilidad de recuperar a una plenitud de vida a las grandes mayorías débiles en su fe. Ellas también son su historia y sus miembros. Abandonarlas para centrar toda su energía en unas comunidades de creyentes fuertes en su fe sería transformarse en secta, en el sentido etimológico de la palabra, es decir, en amputadora de sus propios miembros sencillamente porque son débiles.

Su misión catequética es fortalecerlos en la fe, educarlos en la fe, lo cual supone el ayudarlos a vivir su fe en dimensiones conscientes de Pueblo de Dios.

Pero la pregunta inmediata es *cómo* la catequesis puede alcanzar este objetivo y, más en concreto, dentro de nuestro tema, qué función positiva o negativa tiene la religiosidad popular dentro de este proyecto.

III. Un Modelo de Catequesis del Pueblo de Dios

Nos introducimos en un espinoso campo metodológico ya que se trata de clarificar la sistemática de una catequesis que tiene como gran objetivo el integrar a los creyentes en la conciencia, experiencia y compromiso de la Iglesia como Pueblo de Dios.

Creo que para enfrentar este tema es necesario volver nuestra atención a la catequesis normativa que subyace en la Biblia y a la que ha denominado la Constitución *Dei Verbum* "verdadera pedagogía divina". Es decir, pienso que es necesario clarificar el sistema empleado por el mismo Dios con el objetivo de constituir y educar a un grupo humano como su Pueblo. El sistema lo encontramos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

1. La catequesis de Israel

El objetivo inmediato divino fue el integrar a diferentes tribus esclavas en Egipto —de doce nos hablan los libros sagrados— en un Pueblo de Dios que se singulariza en la historia con el nombre de Israel. El sistema pedagógico aplicado con este pueblo ha sido de una eficacia tan extraordinaria que desde la liberación de Egipto hasta nuestros días la conciencia operativa de pueblo se ha mantenido y desarrollado no obstante sus divisiones internas, los destierros y las invasiones, e incluso la dura diáspora a la que ha quedado sometido durante veinte siglos. Hoy día los israelitas, a pesar de su dispersión por casi todas las naciones del mundo, continúan reconociéndose solidariamente entre sí como portadores de una historia y de una esperanza, aunque en muchos de sus grupos aparezca muy secularizada. Pero Israel continúa siendo un pueblo en medio de las naciones.

El sistema de esta eficaz pedagogía lo ha caracterizado brevemente la misma Constitución *Dei Verbum*: en él intervienen armónicamente palabras y obras (DV 14).

La gran obra catequética de Dios

La obra inicial de Dios fue la liberación de Egipto y el trabar las tribus entre sí con la alianza sináutica. Pero a partir de ese momento todo el esfuerzo se orienta a construir un pueblo en el que se mantenga y se viva la fe en el Dios de Israel, fe que se va a ir clarificando a través de los siglos. Pero analicemos los componentes de esta obra de Dios.

No hay pueblo sin una referencia espacial, sin geografía. En Israel, bajo el impulso de la pedagogía divina, se desarrolla una conciencia de que su tierra es tierra de la promesa, es tierra santa y testigo de las proezas de Dios en favor de su pueblo. Los accidentes geográficos, como el monte Carmelo, la llanura de Esdrelón, el río Jordán, Jerusalén, son expresiones de la fe del pueblo creyente, cargados de una semiología histórico-religiosa.

Su larga historia humana es simultáneamente historia de la salvación. En ella hay pecadores y santos, traidores y mártires, victorias y derrotas, fidelidades e infidelidades. Pero en medio de ella la fe de Israel descubre la presencia del Señor unas veces alentando y otras veces reprendiendo, pero siempre renovando la esperanza en la venida salvífica del Mesías.

Dios unifica a su pueblo con una cultura peculiar, la cultura de Israel, integrada con muchos elementos de culturas vecinas, evolucionada a través del tiempo, acomodada a diversidad de circunstancias, en la que se pueden distinguir los estratos de una larga tradición, pero siempre asumida e interpretada, e incluso criticada por la fe. Así sus normas de convivencia social son captadas como la Ley de Dios. Las grandes celebraciones populares son simultáneamente las celebraciones de su fe. Sus ritos, sujetos a transformaciones a través del tiempo, identifican a los Israelitas como hijos de Abraham y como creyentes de Yahweh.

Dios no construyó un pueblo con una fe desencarnada y teórica. Israel fue Pueblo de Dios porque su fe se expresó en geografía, en acontecimientos históricos, en cultura, de tal manera que todos estos factores quedaron marcados por una semiología que simultáneamente mantenía y alimentaba la identidad del pueblo y la identidad de su fe. Pero también la categoría "pueblo" era el factor que sintetizaba la pluralidad de los fenómenos en unidad y la que garantizaba que su lengua era lengua viva, con resonancias incluso de los misteriosos orígenes del mundo y con esperanza abierta a un futuro. Esa fue la obra pedagógica de Dios.

El catecismo de Israel

Pero junto a la obra de Dios se articuló su palabra y, de una manera muy especial el libro, es decir, el conjunto de documentos del Antiguo Testamento que con toda razón calificamos de palabra de Dios. "Estos libros, aunque contengan también algunas cosas imperfectas y adaptadas a los tiempos, demuestran, sin embargo, la verdadera pedagogía divina" (DV 15). A estos libros los podemos denominar el gran catecismo de Israel. Obra y libro constituyen en una unidad orgánica la catequesis divina.

En sus distintos géneros literarios nos recogen la historia y la vida del Pueblo de Dios, manteniendo lúcida la memoria de Israel.

Hay libros históricos en los que se recoge la historia del pueblo desde sus orígenes y que avanzan progresivamente hasta la resistencia de los Macabeos. Su contenido no es el de una historia científica sino popular

mantenida a través de los siglos. Pero en ella quedan reseñados los grandes acontecimientos, los grandes hombres y los grandes modelos, con sus grandezas y con sus pequeñeces, y también el recuerdo de los traidores y de los que abusaron del pueblo. En ellos se explican las divisiones, los cambios políticos. Clarifican la razón de los ritos, de los objetos de culto, de las costumbres y normas por las que el pueblo se rige, de los grandes principios de la Ley etc.

Otros documentos mantienen la voz de los profetas, es decir, de los hombres a los que Dios constituyó como conciencia de su pueblo en momentos cruciales de infidelidad o de desesperanza, o de importantes transformaciones culturales.

En el Salterio han quedado recogidas las canciones y oraciones tradicionales. Es el cantoral inspirado del Pueblo de Dios elaborado durante siglos y cantado a perpetuidad.

La sabiduría popular y también la de algunos grandes sabios de Israel, que se ha elaborado desde la fe en la experiencia de la vida, ha quedado codificada en los libros sapienciales.

Tampoco se dejaron de consignar por escrito mensajes y enseñanzas de la fe de Israel expresadas parabólicamente en narraciones poéticas y piadosas, sugerentes y ejemplares.

Este conjunto de documentos es un espejo fiel en el que se refleja la vida del pueblo de Israel y la obra de Dios con su pueblo, de tal manera que "la economía de la salvación prenunciada, narrada y explicada por los autores sagrados, se conserva como verdadera palabra de Dios en los libros del Antiguo Testamento" (DV. 14).

En estos libros se conserva la *memoria histórica* de Israel, luminosa y consciente, posibilitando que la *memoria objetiva* —es decir, el entramado religioso-cultural en el que vive el pueblo la cotidianidad de su existencia— alcance la plenitud de *memorial*. Entiendo por memorial todo el estilo de vida con su correspondiente instrumental en el que actúa un pueblo lleno de operatividad para el futuro y de significatividad porque en él se actualizan conscientemente los acontecimientos y la sabia experiencia que los originaron.

Sólo cuando la memoria objetiva se transforma en memorial la religión evita el riesgo de degenerar en magia, la historia el quedar sustituida por el mito, y la sabiduría ser atropellada por la superstición.

Dios garantizó a Israel mediante la tradición y los libros sagrados que la vida del pueblo fuera permanentemente memorial, concediéndole un instrumento de crítica y discernimiento de la fe históricamente vivida, de instancia para mantenerse en la fidelidad, y de fortalecimiento de la unidad, dado que en ellos se contenía el origen, las promesas y la misión de Israel.

La Asamblea

La amenaza que sufren todos los libros frente a las grandes mayorías populares es el sepulcro de las bibliotecas. Por eso la sabia pedagogía divina hizo que estos libros fueran sagrados, incorporados a la vida cultural. La conexión entre las dos memorias de Israel se realizaba sistemáticamente en las asambleas sabáticas, en las grandes celebraciones anuales y en los acontecimientos de mayor importancia. Una perenne rotación sobre los libros hacía que su contenido se actualizara en la memoria de todas las generaciones consiguiendo que la vida cotidiana del pueblo se viviera con una luminosa conciencia de su pasado. Pero no era un pasado arqueológicamente clausurado en sí mismo, sino impulsor de esperanzas frente a las novedades del futuro. Por eso a Israel se le puede calificar de pueblo nómada en la historia.

2. La catequesis neotestamentaria

Durante la época fundacional apostólica la Iglesia asimila su vocación de Pueblo de Dios como lo ha dejado constatado San Pedro (1 Pe 2,9-10). Concientiza su origen en Jesús el Mesías, esa es su fe con evidente connotación de salvación y misión, e inicia su despliegue en la historia con la fuerza del Espíritu que lo hace capaz de expresarse en la lengua de todos los pueblos y naciones, inaugurando Iglesias en todos los lugares del mundo conocido pero en la perspectiva universal de los confines de la tierra.

Mientras la obra de Dios comienza a articularse en los diferentes pueblos y culturas se escriben los documentos del Nuevo Testamento. De esta manera la pedagogía divina desarrollada con Israel irrumpe y se prolonga en la Iglesia naciente.

Se escriben los Evangelios en los que los creyentes fijan la historia popular de Jesús apoyada en testigos presenciales. El es la fuente y el origen vivo del nuevo Pueblo de Dios.

Pero simultáneamente se redactan las Actas de los Apóstoles donde se encuentran los primeros capítulos de la historia de la Iglesia y de las Iglesias. Siguiendo la enseñanza de Israel se constatan acontecimientos, se recuerda a sus grandes hombres con sus grandezas y con sus debilidades, no se omiten los conflictos y las infidelidades, se habla del fervor de las comunidades y de las persecuciones, se consigna dónde los discípulos recibieron el nombre de cristianos, se justifica la diversidad de costumbres entre las diversas Iglesias etc.

En estos libros van emergiendo una historia y una geografía del Pueblo de Dios, con la peculiaridad de que en cada uno de los núcleos geográficos queda iniciada una historia propia, aunque en comunión con la historia global y original.

También se escriben las Epístolas y el Apocalipsis. Con enseñanza válida para toda la Iglesia sin embargo son documentos que mantienen su connotación de referencia a la historia de una o de varias Iglesias particulares nacientes. En la complejidad del género epistolar o apocalíptico se integran la nueva sabiduría popular cristiana, la profecía, las primeras canciones e himnos de las comunidades, los diferentes estilos de vida y de convivencia comunitaria.

Pronto la lectura de estos documentos quedó integrada al desarrollo de las asambleas cristianas. Incluso de los análisis realizados por Alleen sobre el Evangelio de San Juan parece deducirse que el libro está escrito con una intencionalidad de lectura repetitiva y cíclica en las asambleas, similar a la que se tenía en Israel.

3. Características de la "pedagogía divina"

Tras esta limitada aproximación a la catequesis vetero y neotestamentaria podemos resaltar algunas de las características de la pedagogía divina.

Primera, es una pedagogía que tiene primariamente como discípulo al pueblo y consecuentemente a todos los miembros que lo integran. Pero al mismo tiempo es el mismo pueblo el que queda constituido como pedagogo, participando de esta actividad todos los que lo integran aunque con formas y niveles diferentes.

Segunda, su objetivo inmediato es mantener y fortificar la fe del pueblo y el sentido de pertenencia de cada uno de sus miembros. Se supone que entre ellos hay diferentes niveles de fe, personas con fe débil y otras con fe fuerte, coherentes e incoherentes, justos y pecadores, pero la fidelidad, la coherencia y la fortaleza de la fe del pueblo es la que garantiza el mantenimiento y crecimiento de la fe de sus miembros. Para que la fe del pueblo mantenga esas notas tiene una importancia especial el testimonio de sus responsables, pero también es de un gran valor la fidelidad de los creyentes anónimos, de los que, algunas veces, Dios suscita a sus profetas.

Tercera, el contenido de este sistema pedagógico es la misma historia y la vida del pueblo, en los que Dios se revela y se manifiesta. Por eso el mensaje que se transmite no es teórico y abstracto, sino existencial, encarnado y operativo. Su teología es popular, es decir, se despliega no por conceptos sino por modelos, acontecimientos, principios normativos y sapienciales, por discernimientos sobre el modo de proceder del pueblo.

Cuarta, el gran instrumento pedagógico es la misma vida de pueblo, resultado de una tradición con la que sus miembros se sienten afectivamente ligados. Esto origina una pedagogía vivencial, activa y permanente, ya que abarca la totalidad de la existencia de cada uno de sus miembros.

Pero también es progresiva y necesariamente creativa, ya que todo pueblo en su historia tiene que enfrentar nuevos desafíos y posibilidades. La tradición de un pueblo, cuando mantiene la conciencia de su origen y de su historia, es principio de creatividad y novedad, esperanza para el futuro y criterio de discernimiento frente a lo desconocido.

Quinta, en la pedagogía divina la memoria del pueblo y la historia de su fe queda codificada en libros, los libros sagrados, la palabra de Dios. Ellos justifican, clarifican y llenan de significado y valor la vida vivida por el pueblo. La carga afectiva unida a la tradición y a la pertenencia al pueblo queda de esta manera iluminada y humanizada.

Sexta, la pedagogía divina promueve, mediante asambleas periódicas, la permanente conexión entre la vida del pueblo y la lectura de los libros, originando que la tradición no sólo sea viva y afectiva, sino también transparente y consciente, es decir, plenamente humana para todos.

Séptima, el gran efecto de esta pedagogía es una síntesis vital de la pluralidad, síntesis del pueblo y de cada uno de sus miembros. El foco de la síntesis es la fe que fundamentalmente une a Dios y al pueblo, por ser fe en Dios y en el Pueblo de Dios. La fe unifica en un universo toda la realidad cargando a cada uno de sus elementos de significado y sentido, al mismo tiempo que los armoniza entre sí. Este universo unificado por la fe es al mismo tiempo el que mantiene, alimenta y fortalece la fe.

IV. Naturaleza de la Catequesis de la Religiosidad Popular

Al iniciar estas reflexiones nos hemos preguntado sobre la validez de la catequesis de la religiosidad popular para el hoy y el futuro de nuestra Iglesia en América Latina. Para poder responder a esta cuestión hemos clarificado dos criterios que considero fundamentales para un análisis axiológico: los actuales objetivos de la catequesis, y el modelo de pedagogía divina, modelo normativo revelado por Dios para la edificación de una comunidad creyente caracterizada como Pueblo de Dios. Pero para poder operar con estos criterios es necesaria una comprensión de la naturaleza existencial de la misma religiosidad popular, subrayando sus limitaciones y deficiencias y procurando descubrir las causas que las originan.

1. Naturaleza existencial e histórica del catolicismo popular

La comprensión existencial y global de la religiosidad popular exige su percepción desde dos perspectivas complementarias: la primera focaliza su existencia viva, tal como se está produciendo actualmente en la Iglesia; la segunda ilumina el proceso genético e histórico que explica su actual configuración.

Si atendemos a su dimensión de vigencia y vitalidad actual, la religiosidad popular es el sistema y el estilo en los que el sector popular de una o de unas Iglesias particulares —y no necesariamente los sectores

elitistas y oficiales— expresa su fe y mediante los cuales la operativiza y vive. Es la manera de vivir la fe del Pueblo de Dios en una Iglesia particular. Puebla la ha definido como “el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de estas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado” (DP 444).

Pero esta forma de vivir popularmente la fe no se origina por generación espontánea. Es el resultado último de una historia y de una tradición transmitidas a través de las generaciones. Más aún, podemos afirmar que es la herencia de *toda* la historia de una Iglesia Particular asimilada, vivida e interpretada por los sectores populares de la comunidad.

Es muy importante, según mi opinión, el atender a estos dos factores para una comprensión de la religiosidad popular. Por una parte en ella está recogida implícitamente toda la historia de la Iglesia local. Es una historia que asume la historia de la salvación desde sus orígenes, pero que también desde un momento determinado la prolonga singularizadamente a través de una compleja comunidad eclesial en la que todos han actuado como protagonistas. Pero por otra parte, esta historia total, puede ser asumida, interpretada y vivida de formas muy diferentes por los distintos sectores de la comunidad. Vivida e interpretada por el sector popular se proyecta en religiosidad popular.

Esto nos permite afirmar que la religiosidad popular es la memoria viva y popular, la tradición del Pueblo de Dios en una Iglesia particular. Cuando esta tradición se dinamiza como transmisora y educadora de la fe de las diferentes generaciones, adquiere las características de una catequesis que tiene como objetivo la continuidad histórica del Pueblo de Dios, desarrollando en todos sus miembros el sentido de continuidad y de pertenencia.

Desde esta perspectiva tenemos que reconocer que la catequesis popular espontánea e intrínsecamente tiene los objetivos propuestos por Puebla y tiende a realizarlos con un sistema similar al de la pedagogía divina que aparece en la Sagrada Escritura.

2. Etiología de las limitaciones de la religiosidad popular

A mi juicio son evidentes la acertada orientación y las virtualidades de la catequesis popular que se desarrolla en la religión del pueblo. Pero también son claras sus limitaciones y deficiencias e incluso el riesgo de degenerar progresivamente. Esto nos hace preguntarnos por las causas que originan estas limitaciones. Entre ellas aparecen cinco principales: la ancestralidad, la viscosidad de la tradición, el realismo acrítico de la experiencia, la opacidad histórica y el divorcio entre el sector popular y las élites de la Iglesia.

La primera causa es la *ancestralidad* como ha sido anotada por el Documento de Puebla (DP 456). La pervivencia de las creencias y expresiones ancestrales en la fe del pueblo es un dato que confirma que la religiosidad popular es la herencia de toda la historia del Pueblo de Dios en una Iglesia Particular. El nacimiento de la fe en América Latina se realizó en el complejo encuentro de dos religiosidades: la de los pueblos amerindios y la del catolicismo popular de los pueblos luso-hispanos, que se había ido configurando durante la Edad Media. En este encuentro surge una nueva religiosidad popular mestiza, sellada por la fe pero compleja y sincrética en sus expresiones. Después de cinco siglos todavía aparecen muchos de los rasgos originales, y algunos de ellos con una extraordinaria vitalidad y vigencia. Entre ellos subraya Puebla "superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo" (DP 456).

La segunda causa es la *viscosidad de la tradición* y su resistencia al cambio. La tradición ofrece un sistema de seguridad reforzado afectivamente por los lazos que nos unen con los progenitores. Esto dificulta una actitud de crítica y de discernimiento frente a las creencias y costumbres. Sólo en momentos de profundos cambios culturales la tradición se encuentra cuestionada.

Una tercera causa que contamina los valores de la religiosidad popular es el *realismo acrítico de la experiencia*. En la gestación de la religión del pueblo interviene muy fuertemente, lo mismo que en la cultura, la acumulación de la experiencia. Este factor tiene el valor de revestir de humanismo la fe del pueblo, configurando una sabiduría del realismo. Así, en general, la sabiduría popular tiende a ser más comprensiva que escandalizable. Pero el acriticismo frente a las experiencias repetidas y prolongadas fácilmente originan fatalismo, superstición y otros fenómenos similares.

Cuarta causa de las deformaciones de la religiosidad popular es la *opacidad histórica del sistema*. El pueblo vive la tradición de la religiosidad popular, en la que de alguna manera se contiene encarnada la Palabra de Dios (DP 450), pero con frecuencia se ignora el origen y significado histórico del sistema y de sus elementos vivos. A esto han contribuido dos factores: la falta de contacto directo y permanente con la Biblia, y la ausencia de libros populares en los que, teniendo en cuenta todos los factores de la religiosidad popular viva, expliciten la historia de las Iglesias particulares y el origen histórico y significativo de las creencias, mediaciones y modos de proceder. Como ya indicamos anteriormente, la tradición sin transparencia histórica fácilmente se queda sin significado o degenera en falsas interpretaciones y creencias.

La *causa radical* de todas estas deformaciones parece que hay que encontrarla en el *divorcio entre élites y pueblo* denunciado por los Obispos en Puebla. Este ha originado dos catequesis paralelas, con una incidencia negativa muy importante en la popular, que explica la presencia en ella

de "arcaísmo estático, falta de información e ignorancia, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios", y su peligrosa debilidad frente a las amenazas del secularismo, de las sectas, de las manipulaciones ideológicas y políticas etc. (DP 456). De hecho es función de las élites el asumir el espíritu de su pueblo (DP 462), fortalecer su unidad y el actuar como conciencia y como memoria luminosas y dinámicas. A las élites les corresponde el iluminar con la luz del pasado la religiosidad popular del presente, y ayudarla a que se fortalezca frente a las amenazas y quede dinamizada frente a los desafíos del futuro.

3. ¿Validez de la religiosidad popular para el futuro?

Volvemos a nuestro cuestionamiento inicial: la validez de la religiosidad popular de cara al futuro de América Latina.

Para algunos sectores la religiosidad popular puede aparecer como un fenómeno anticuado y decadente, lo que explicaría la constatación de que en él se advierten signos de desgaste y de deformación (DP 453).

Pero quizá se olvida que la religión del pueblo es un sistema y estilo de vivir la fe, pero también es tradición.

Como sistema y estilo de vida no cabe duda que muchos de sus elementos y aspectos son revisables y sustituibles. Algunos de ellos entran en conflicto con la misma fe evangélica. Otros se envejecen y comienzan a adquirir un aspecto arqueológico y anticuado. Muchos tienen que enfrentar una nueva ubicación y significado en el proceso de formación de una nueva síntesis cultural.

Pero la religiosidad popular es también la tradición del pueblo, es la historia de las Iglesias Particulares interpretada y vivida por su sector popular. Y esta dimensión no envejece. Más aún, es el principio de identificación y de afirmación del pueblo en su fe, en su comunidad y en su cultura. Es el impulso para seguir caminando hacia horizontes nuevos y desconocidos. Cuando un pueblo pierde su tradición encarnada, es decir, la memoria y la conciencia de su unidad histórica, se aniquila y desaparece absorbido por otros pueblos y por otras culturas, quedando reducido a ser un dato más en la memoria de la humanidad.

Ciertamente el catolicismo popular latinoamericano está sujeto a profundas transformaciones durante los próximos años. Tiene que purificarse y aquilatarse (DP 462). Necesita adaptarse a las exigencias de un nuevo contexto histórico. Pero mantiene simultáneamente la vigencia de su función en el sector popular de la Iglesia, y desde él en todo el Pueblo de Dios que camina en América Latina. Más aún, la religiosidad popular no sólo mantiene su vigencia sino que es necesaria para la nueva evangelización de América Latina, como dejaron constatado los Obispos en Puebla (DP 469).

V. La Renovación de la Religiosidad Popular y el Diálogo Pedagógico

Necesarias y válidas para la evangelización interna de la Iglesia en América Latina son la catequesis formal y la popular. Lo importante es conseguir la complementación de ambas en una catequesis eclesial, superando el divorcio entre élites y pueblo (DP 455), en un encuentro fecundo colaborador y creativo.

La cuestión práctica y pastoral que se nos plantea es cómo realizar y orientar este encuentro. Estamos ante un espinoso camino sobre el que todos debemos reflexionar. Me permito ofrecer mis propias sugerencias.

1. El diálogo pedagógico

Puebla ha abordado el problema y propone como método fundamental el diálogo pedagógico entre el sector popular y las élites.

Se trata de un diálogo que tiene tres objetivos. El *primero* es la incorporación de las élites al sector popular. Se trata de que éstas alcancen una sintonía con el espíritu del pueblo (DP 462), y lleguen a conocer su cultura-religiosa y su lenguaje (DP 457). Es decir, lo que se pretende es que las élites se inculturen e inhistoricen en el sector popular. *Segundo objetivo* es la reinformación catequética de la religiosidad popular (DP 457). El *tercero* es la unidad y conexión interna entre las élites y el pueblo, entre la catequesis formal y la popular, de tal manera que surja una coherente catequesis eclesial.

Es curioso el advertir que en nuestras circunstancias la revisión de las élites tiene una prioridad en el proceso, demostrando que las actuales deficiencias de la religiosidad popular en gran parte tienen su origen en el distanciamiento de las élites del pueblo y en la falta de atención de los agentes de pastoral (DP 453).

2. Conversión y formación de los agentes especializados de pastoral

El punto de partida para una reinformación catequética de la religión del pueblo es la conversión y la formación adecuada de los agentes especializados de la pastoral (DP 462).

Esto supone simultáneamente una positiva valoración del pueblo y de la función de las élites con relación a los sectores populares. Las élites tienen que descubrir que en el pueblo existe una cultura y una religiosidad en las que se encuentra encarnada la Palabra de Dios (DP 450) y en la que se guardan muchas semillas del Verbo en espera de la Palabra viva (DP 450). Por eso es una religiosidad en la que se afirma la fe (DP 450), acoge la esperanza de una liberación integral (DP 452, 468) y desarrolla una sapiencia popular y cristiana (DP 448).

La aproximación positiva a la religiosidad popular no puede ser puramente teórica. Es necesario el aprender con humildad a participar de sus expresiones acompañando al pueblo (DP 462).

Los agentes de pastoral han de concientizar que la piedad popular e indígena ha de crecer y renovarse manteniendo su propia identidad y atendiendo a las leyes de un desarrollo desde la interioridad (DP 463).

Es importante que la formación de los agentes de pastoral quede complementada con un conocimiento del lenguaje del pueblo, de antropología cultural de la región, y de la historia de la Iglesia local. Estos conocimientos han de estar orientados a una comprensión de la realidad cultural y religiosa en la que viven y se expresan los sectores populares. Para que esto sea posible se necesitan investigadores que clarifiquen y divulguen los resultados de sus estudios. Igualmente en América Latina los agentes de pastoral deben ser expertos en una hagiografía histórica y comprometida dada la importancia que los "santos" tienen en la religión del pueblo.

Los agentes de pastoral han de profundizar en los criterios que determinan la maduración de la religiosidad popular, que esquemáticamente quedan aportados por Puebla: "Todo debe hacer a los bautizados más hijos en el Hijo, más hermanos en la Iglesia, más responsablemente misioneros para extender el reino" (DP 459). El problema no es privar al pueblo de sus expresiones sino que madure en su fe (DP (960, 457).

También han de ser conscientes y *conocedores* de las amenazas a las que se encuentran sujetos hoy el pueblo y su religiosidad (DP 456).

Se ha de desarrollar en ellos una capacidad de novedad y creatividad pero que sea coherente dentro del sistema y de la dinámica de la religiosidad popular. En esta línea se encuentran ya las pluriformes Comunidades Eclesiales de Base.

Por último las élites han de asumir su función de ser "fermento en la masa" (DP 462), y "esto exige, antes que todo, amor y cercanía al pueblo, ser prudentes y firmes, constantes y audaces para educar esa preciosa fe, a veces tan debilitada" (DP 458).

3. Servicios evangelizadores a la religiosidad popular

Intuyo cuatro servicios fundamentales que las élites o agentes especializados de la pastoral han de prestar a la religiosidad popular.

El primero es el *acompañamiento fraternal y solidario al pueblo* creyente de tal manera que el sector popular de la Iglesia se sienta comprendido y valorado evangélicamente por las élites eclesiales. Esto implica el adoptar también una actitud de discípulos ante el pueblo y no sólo de maestros, con el deseo de descubrir y participar de los tesoros evangélicos

que muchas veces se esconden detrás de expresiones ambiguas y de una aparente ignorancia. Es necesario que el pueblo sencillo recupere su voz ante los maestros y los sabios para que pueda transmitir su propio mensaje, mensaje de Evangelio, de fe y de experiencia plurisecular.

El *segundo* servicio es ayudar a que el pueblo *recupere su memoria*. Para ello tiene gran importancia la difusión de la Biblia, y especialmente del Nuevo Testamento, en los sectores populares. Ella es el libro del Pueblo de Dios que ha de ser transmitido coherentemente con el sistema de la religiosidad popular: se trata de un libro "santo", porque es Palabra de Dios, que ha de ser acogido y tratado con respeto e incluso ubicado en un lugar preferencial del hogar. Es necesario el enseñar a leerlo y a utilizarlo porque ella es al mismo tiempo memoria histórica, devocionario, fuente de sabiduría sobre el modo de proceder cristiano, orientación para los momentos oscuros y difíciles.

Pero la memoria del pueblo no termina con los libros bíblicos. De hecho con ellos se cierra la inspiración, en su más preciso sentido teológico, y la revelación fundante, pero no la historia de la salvación. Esta historia, con la fuerza del Espíritu Santo, se sigue desplegando a través de los siglos y adquiere su propia configuración en cada una de las Iglesias particulares, en las que se ha ido realizando la pluriformidad de la síntesis fe y cultura. En cada Iglesia se encuentra un testimonio específico y singular de la historia de la salvación. Ella también está actuando en el pueblo y es la explicación de la actual religiosidad popular. Pero para esta historia no han existido libros populares que la mantengan consciente y viva. A lo más se ha recogido en obras para eruditos, en las que la historia de la salvación se reduce a mera historia. La ausencia de esta literatura popular, escrita desde la fe, provoca la opacidad histórica de la religiosidad popular.

A mi juicio es urgente la elaboración de esta clase de libros populares que conecten el presente de la religión del pueblo con sus orígenes y proceso histórico. La Biblia con mayúscula puede ofrecernos el esquema de lo que yo llamo la biblia con minúscula, la que puede permitir la recuperación de la transparencia de la memoria del pueblo. Ella puede quedar integrada por libros históricos, en los que popularmente se recoja la historia de la Iglesia particular con sus orígenes, con sus santos y con sus mártires, con sus grandezas y pequeñeces, explicando los momentos en los que aparecieron sus santuarios etc., etc. Debería también recoger la voz de sus profetas, de los que orientaron al pueblo en los momentos difíciles. Sería necesario componer el devocionario y cantoral con una selección de oraciones, devociones y canciones muchas veces elaboradas por el mismo pueblo, pero que ciertamente le ayudaron a expresar y proclamar su fe. Habrá que recoger la sabiduría cristiana popular, rica en dichos y refranes que se han ido transmitiendo normativamente con el genio de la cultura local. No podría faltar un mundo de leyendas y cuentos

al mismo tiempo populares y edificantes a través de los cuales la fe se expresó imaginativamente para transmitir sapiencial e inculturadamente su mensaje.

Son libros que deberían constituir y formar parte del patrimonio testimonial de cada Iglesia particular, pero escritos para el pueblo y para que éste mantenga siempre lúcida la memoria de su tradición.

Estos libros serían el mejor instrumental que se le podría ofrecer al pueblo para hacer desde dentro el discernimiento de su sistema religioso. En ellos podrían aparecer el origen de supersticiones o la configuración de acciones mágicas, que con frecuencia fueron rechazadas desde el principio. También evitarían la cosificación y deformación de ciertas prácticas al quedar renovadas por su significación histórica primigenia. Devolverían el sentido que tiene la piedad y la valoración de la misericordia y de la justicia. La crítica de la religiosidad popular no se haría por criterios teóricos y abstractos sino por concientización histórica del propio pueblo.

Comprendo que no es fácil responder a este desafío, pero es necesario y urgente. Se podrá ir realizando, al menos parcialmente, en la medida en que los agentes de pastoral vayan incorporando con cariño a sus propios conocimientos la historia salvífica de cada una de las Iglesias particulares y aprendan a escuchar como discípulos el mensaje de su pueblo.

El tercer servicio que se ha de prestar a la religiosidad popular es la concientización progresiva del pueblo como pueblo y como Pueblo de Dios, descubriendo la misión evangelizadora común recibida de Cristo y la fuerza espiritual —fuerza del Espíritu Santo— que Dios ha depositado en él para su realización, especialmente cuando esta fuerza se manifiesta en solidaridad. En esta línea ha de ser entendida la sugerencia de Puebla: "Favorecer las expresiones religiosas populares con participación masiva por la fuerza evangelizadora que poseen" (DP 467).

Cuarto servicio: colaborar en la búsqueda y articulación de nuevos sistemas de comunión, solidaridad y ayuda mutua, recordando la vigencia y fuerza que tuvieron las cofradías y hermandades, en las que la responsabilidad laical se conectaba con la capellanía presbiteral.

4. Renovación de la catequesis formal desde la religiosidad popular

La catequesis formal, manteniendo su especificidad, se ha de realizar en referencia, conexión y complementariedad con relación a la función de catequesis informal que despliega la religiosidad popular. Este principio sugiere algunos aspectos que han de tenerse en cuenta en los actuales procesos de renovación de la catequesis.

Primero, la catequesis formal ha de concientizar que tiene como objetivo educar *la fe que ha de vivirse en la comunidad de una Iglesia Particular*, de tal manera que los creyentes desarrollen su sentido de per-

tenencia a ella, abiertos al mismo tiempo a la universalidad fraternal de todo el Pueblo de Dios y a su misión evangelizadora planetaria. Esto exige que la catequesis, desplegando la integridad del mensaje, transmita al mismo tiempo su inculturación e inhistorización en el pueblo en el que se desarrolla. La buena catequesis existencialmente no sólo se diferencia de época a época, sino también de pueblo a pueblo y de cultura a cultura.

Segundo, la catequesis formal ha de asimilar el *lenguaje total* propio de la religiosidad popular y del pueblo al que educa en su fe (DP 454, 457, 465).

Tercero, el *punto de partida de la catequesis* ha de ser "la misma fe de nuestros pueblos" (DP 436) y su "piedad popular" (DP 960). En realidad los catecúmenos no parten de cero, ya que previamente han vivido la experiencia de la religiosidad popular en sus hogares y en el pueblo, aunque ciertamente necesitan profundización y maduración. Es otra manera de asumir el clásico método de partir de la realidad. También es realidad la original experiencia de fe vivida popularmente por los catecúmenos. Así se evita un sistema dialéctico-destructivo de la religiosidad popular, del que hemos sido testigos durante estos años, orientándonos hacia otro sistema en el que "el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio" (DP 457).

Cuarto, la catequesis formal ha de saber *incorporar la Biblia al sistema de la religiosidad popular* como fuente de alimentación (DP 981). Pero ha de transmitir también *la memoria de la historia de la salvación* que se ha desarrollado en la Iglesia Particular, y que tiene capacidad de integrar al pueblo en Pueblo de Dios, y de someter a una crítica desde dentro su estilo y sistema de vida.

Quinto, la catequesis formal ha de *situar a la religiosidad popular en la dinámica del proyecto pastoral* trazado por el Vaticano II, concretado en América Latina por Medellín y Puebla, y frecuentemente adaptado a las condiciones de la Iglesia local (DP 464).

Sexto, la catequesis ha de *afrontar las grandes preguntas y expectativas que se encuentran en el pueblo creyente* originadas por su fe, por los desafíos culturales y por los problemas que lo acosan. Se trata de preguntas vitales, no teóricas y generales, que con frecuencia subyacen en las expresiones simbólicas de la religiosidad popular.

Séptimo, la catequesis en sus encuentros ha de *aprender la metodología de la religiosidad popular*. Esta desarrolla especialmente el interés de su catequesis vigorizando sus encuentros con un sentido de acontecimiento festivo y de síntesis en la que se integran la liturgia, la oración y la palabra. Además la catequesis formal ha de tener agilidad para hacerse presente en los acontecimientos familiares y populares (DP 463, 467), incluso creando momentos extraordinarios y fuertes de catequización generalizada

como pueden ser "las misiones populares convenientemente renovadas en una línea evangelizadora" (DP 1010). De otra manera, la catequesis formal no sólo ha de saber establecer su propio ritmo, sino que creativamente ha de saber también acomodarse al ritmo de la religiosidad popular, que es ritmo establecido por el propio pueblo.

5. El horizonte de una catequesis eclesial

Al pretender reflexionar sobre las relaciones evangelizadoras que se han de establecer entre la catequesis formal y la religiosidad popular nos hemos encontrado ante el horizonte de la catequesis eclesial.

Desde ella ambas realidades aparecen como dos sistemas catequéticos cada uno con su especificidad y con sus virtualidades, con sus posibilidades y con sus limitaciones.

Estos sistemas pueden vivirse en la Iglesia con un desconocimiento mutuo e incluso en un conflicto dialéctico que amenaza la plenitud de la catequesis eclesial. Esta postula un fraternal y fecundo diálogo entre los sistemas e incluso una complementariedad, necesaria para alcanzar los tres grandes objetivos que tiene la catequesis en América Latina.

Aportes liberadores a un compendio universal de la fe católica

Hno. Enrique García Ahumada, F.S.C.

Ardua es la empresa de una síntesis de la fe católica para la Iglesia universal. Su universalidad ha de permitir una posterior inculturación en los diferentes pueblos, tarea indispensable para lograr buena comunicación evangelizadora¹.

Poner al alcance de los católicos la renovada visión de la fe propuesta en el Concilio Vaticano II, supone como destinatario preferente el adulto². Las adaptaciones para niños y adolescentes, varones y mujeres, han de ser posteriores y también locales. El usuario principal del documento resultante ha de ser el obispo, que personalmente o a través de censores de su confianza, juzgará con una referencia clara la calidad del *contenido* de los diferentes manuales y materiales audiovisuales propuestos para los fieles confiados a su jurisdicción³. La aprobación de la calidad del *método* de dichos instrumentos catequéticos requiere además la colaboración de otros especialistas, compenetrados de las normas de la Iglesia sobre la catequesis⁴. Si se omite el examen catequético, diferente del teológico, se deja sin efecto el afán de renovación de la Iglesia en este campo pastoral. No competen al Compendio los asuntos metodológicos y pastorales, salvo tal vez para alertar sobre su existencia e importancia, si se ha de hacer con los catecismos buena catequesis.

Además de exponer los temas centrales de la fe, el compendio debe destacar el carácter liberador del cristianismo, frente a las esclavitudes

¹ SAGRADA CONGREGACION PARA EL CLERO, *Directorio Catequístico General*, 37 (Se abrevia: DCG). Ver Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 20 (Se abrevia: EN) Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, 53 (Se abrevia: CT).

² CT 43.

³ Código de Derecho Canónico, cc. 775; 823; 827; CT 50.

⁴ Las principales condiciones propiamente catequéticas son: el lenguaje adaptado (DCG 34; CT 59); la relación con las experiencias de la vida de los destinatarios (DCG 72; 74; CT 22); las actividades que favorecen la interiorización y difusión del mensaje (DCG 75; 89); la organización de grupos en conexión con comunidades y personas que actúan como testigos de la Iglesia (DCG 76; 87; CT 24); la adaptación a la edad evolutiva que condiciona el aprendizaje religioso y moral (DCG 77-95; CT 35-43); la religiosidad, pluralismo o irreligiosidad del ambiente de los destinatarios que ha de tomarse en cuenta (DCG 3; 5; 81; 88; CT 32-34); la programación con objetivos precisos, apropiados, suficientes y diversificados (CT 21); la propuesta de memorización selectiva (CT 55; Mensaje del Sínodo 1977, 9); la estructura acertada de las publicaciones (CT 49).

diversas que amenazan a la humanidad, señaladas en el Sínodo Extraordinario de Obispos al cumplirse veinte años del post-concilio⁵. Debe ayudar a superar la época en "que en realidad la situación en que se encontraba la libertad de los hijos de Dios en la Iglesia era un tanto lamentable, y que en el fondo eran más libres los de fuera"⁶.

Es múltiple el carácter liberador del mensaje cristiano⁷.

Conviene destacar cómo la fe no es obediencia a un Dios arbitrario y temible que limita al hombre sus posibilidades de crecimiento y felicidad durable, y cómo la moral cristiana no es una lista de mandatos y prohibiciones sino una promesa de bienaventuranza en el seguimiento de Jesucristo, cuya ley es el amor, en fidelidad al Espíritu Santo⁸. Es el aspecto *personalizante*.

Por otra parte, el amor propuesto como el "camino más excelente" (1 Co 12,31) y distintivo de los discípulos de Jesucristo (Jn 13,34s) ha de ser presentado como el impulsor de relaciones desinteresadas en la amistad, en la familia, en los grupos, en el vecindario, en la vivencia eclesial de relaciones faz a faz, en la promoción de la solidaridad en todos los niveles que da preferencia a los pobres en cualquier aspecto que lo sean, superando la inercia de una ética individualista (GS 30). Es el aspecto *comunitario*.

En contraste con el estrechamiento intimista al que puede conducir una acentuación unilateral del aspecto comunitario de la fe cristiana, aunque en su medida es liberador del egoísmo, importa promover la búsqueda del reinado de la justicia de Dios (ver Mt 6,33) no sólo en la vida privada, sino en el ámbito público de las responsabilidades económicas, sociales, culturales, políticas, incluso a nivel internacional, en continuidad con la fe bíblica que es esencialmente histórica. Es el aspecto *histórico*.

Además de ser liberadores la fe, el amor y el servicio que están en la base de los aspectos personalizante, comunitario e histórico respectivamente, es liberadora la alegría. El Evangelio es por esencia gozoso, como lo dice la palabra y lo ha mostrado especialmente San Lucas. La catequesis es liberadora si su enseñanza desemboca naturalmente en alabanza, en aclamaciones de gratitud, en invitaciones a la fiesta pascual, en convocación de los pobres y sufrientes a renovar la esperanza en el

⁵ SÍNODO DE OBISPOS, 1985, *Mensaje al Pueblo de Dios*, IV, en: L'OSSERVATORE ROMANO en lengua española, 15.12.1985, p. 12 (768).

⁶ Joseph RATZINGER, *Palabra en la Iglesia*. Salamanca, Sígueme, 1976 (1973), p. 58.

⁷ SAGRADA CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Libertatis Conscientia*, 1b; 2b; 5; 43; 62 (Se abrevia: LC).

⁸ III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, Documento de Puebla*, 149; 1008; 1183 (Se abrevia: DP).

Dios de la promesa nunca de veras desmentida, en gozosa celebración litúrgica. Es el aspecto *celebratorio*.

Como se ve, para ser liberadora una presentación de la fe no necesita ser unilateral ni tendenciosa. Basta mostrar cómo la verdad cristiana lleva la vida personal, comunitaria y social a una plenitud beatificante, dando sentido incluso a los esfuerzos contra las fuerzas del pecado actuantes en la historia. Por el contrario, no puede calificarse de liberadora una palabra eclesial que oculta los conflictos o desvirtúa su complejidad, o que se desentiende de las personas y en especial de las que María llama los "humildes" y "hambrientos" en contraste con los "poderosos" y "ricos" (Lc 1,52-53), o que reduce el alcance del amor a las relaciones interpersonales privadas sin abrirse a las públicas e históricas en las cuales también actúa la salvación atestiguada en la revelación bíblica y en el magisterio de la Iglesia.

Sobre el cimiento de estas afirmaciones, conviene establecer algunos puntales de un Compendio universal de la fe que sea sólidamente liberador: un esquema teológico de la historia de la salvación, una cristología que asuma los aportes de la Conferencia de Puebla, una eclesiología fiel al Concilio Ecuménico Vaticano II, y una antropología cristiana asentada sobre el Magisterio social, a lo cual se puede agregar una versión renovada de los mandamientos de la Iglesia que ayude a formar católicos post-conciliares.

I. Reconocer la Salvación en la Historia

En su origen y hasta la época patrística, la catequesis es una explicación de la fe bautismal en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Mt 28,19). Las confesiones de fe mejor aceptadas en la Iglesia mantienen esa estructura trinitaria. La parte cristológica se suele ampliar de dos maneras. Una, más popular, a base de acontecimientos que permiten conocer mejor lo realizado por Jesucristo en favor nuestro, como hace el llamado *Símbolo de los Apóstoles*: "Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de Santa María Virgen. Padece bajo el poder de Poncio Pilato. Fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos. Al tercer día resucitó de entre los muertos. Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos". Otra, más especulativa, a base de explicaciones consideradas esenciales para conocer quién es Jesucristo. Así hace el Credo elaborado en los concilios de Nicea y Constantinopla: "Creemos en un solo Señor, Jesucristo, Hijo Unico de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho...".

San Agustín tiene dos procedimientos para iniciar en la fe. En *De catechizandis rudibus*, su tratado expresamente catequístico, engarza todas

las verdades en un esquema de historia de la salvación: "La instrucción se dirá completa cuando partiendo de aquello: En el principio Dios creó el cielo y la tierra (Gen 1,1), llega hasta los actuales tiempos de la Iglesia" (III,5). En cambio, en su *Enchiridion ad Laurentium* propone una tríada que hará fortuna en la teología escolástica y en la catequesis: "Tres son las cosas necesarias para la salvación del hombre, esto es, la ciencia de lo que debe ser creído, la de lo que se ha de esperar y la de lo que hay que hacer. Lo primero se enseña en el símbolo, en el cual se entrega el conocimiento de los artículos de la fe; lo segundo en la oración del Señor; lo tercero en la ley"⁹.

Si Hugo de San Víctor (1096-1140) logra la primera síntesis entre la historia de la salvación y la teología especulativa en *De sacramentis christianae fidei* centrandó todo en la encarnación, las dos corrientes se separarán en la sucesiva evolución de la catequesis, con fuerte predominio de los esquemas esencialistas de las escuelas de teología. El propio Hugo de San Víctor en su *Septenarium* influye hasta hoy en la catequesis con sus septenas memorizables: Sacramentos, vicios y virtudes, bienaventuranzas, artículos de la fe referentes a la divinidad o a la humanidad de Jesucristo, obras de misericordia, dones del Espíritu Santo, sobre claves más esencialistas que bíblicas.

La necesidad de impactar las mentes indígenas habituadas a lo concreto hizo recuperar el valor catequístico de los relatos en el primer libro escrito en América: *Doctrina cristiana para instrucción e información de los indios por manera de historia*. Es obra de fray Pedro de Córdoba, O.P., cuyo manuscrito, fue adaptado por otros dominicos para su publicación póstuma en México por mandato del primer obispo Juan de Zumárraga en 1544. Esta corriente basada en hechos más que en afirmaciones teóricas reaparece en el *Catecismo de las fiestas* de Bossuet (1627-1704), que toma como pauta el año litúrgico, y en el esquema de historia de la salvación propuesto por Fenelón (1651-1715) en *De la educación de las niñas*. Lo sigue Claude Fleury (1640-1723) en su *Catecismo histórico*, que sin embargo detiene el relato en la época de San Benito debido a sus tendencias arcaizantes, y luego Monseñor de Saint-Vallier en el primer catecismo oficial de su diócesis de Quebec, en 1702. Juan Bautista von Hirscher (1788-1865) justifica teóricamente la presentación de la fe en base al Antiguo y Nuevo Testamento, y publica en 1842 su *Catecismo de la Religión Católica* aplicando ese criterio. El renacer de la teología escolástica a partir de la encíclica de León XIII *Aeterni Patris* (1879) postergó estos intentos hasta que el movimiento bíblico ha recuperado su vigencia.

⁹ San Agustín, *Enchiridion o Manual de la fe, de la esperanza y de la caridad, a Lorenzo*, en: *Obras de San Agustín, en edición bilingüe*. Madrid, BAC, 1956, tomo IV, pp. 453-639.

Desde la teología, el estado de la cuestión ha sido delineado del siguiente modo: "Un rasgo característico de los más antiguos estadios del pensar cristiano es la interferencia de la concepción histórico-salvífica y trinitaria. Después se olvidó todo esto en perjuicio de la cosa misma hasta que se llegó a una división de la metafísica teológica, por una parte, y de la teología de la historia, por la otra. En adelante ambas cosas serán completamente diferentes: o se estudia la teología ontológica o la anti-filosófica teología de la historia de la salvación; pero así se olvida en forma trágica la unidad original del pensamiento cristiano. En su punto de partida este pensamiento no es ni puramente "histórico-salvífico" ni puramente "metafísico", sino que está condicionado por la unidad de la historia y del ser. Esta es una gran labor que incumbe también a la teología moderna, dividida nuevamente por este dilema"¹⁰.

Parece apropiado sugerir para el Compendio universal de la fe un marco de historia de la salvación, dentro del cual se expliquen cuando sea necesario algunos asuntos referentes al ser de Dios, de los sacramentos u otros. Convergen en pro de esta conveniencia razones teológicas y catequéticas. "Si para la teología la acción de Dios tiene un valor de precedencia, si la fe en una *actio Dei* es anterior a cualquier otra afirmación, entonces es evidente el primado de la historia sobre la metafísica y sobre toda teología esencialista"¹¹. Por otra parte, "el cristianismo no es un sistema metafísico que se deba exponer a los hombres: es una realidad en la que éstos deben ser iniciados"¹².

La presentación de la fe cristiana en forma de historia de la salvación ha de ser una ampliación del credo trinitario. Su carácter será una confesión agradecida de los beneficios de Dios. Junto con explayarse a manera de los salmos en una enumeración y explicación del contenido de esas maravillas, preparará así la participación de los fieles a dos cosas: el compromiso con el designio liberador de Dios en la historia, y la alabanza de ese Dios siempre presente, a través de la liturgia, en prefiguración de la unión definitiva de la humanidad salvada, con El.

La confesión de Dios Padre, Creador y Providente, que pone su poder en acción para elegirse un pueblo entre los descendientes de un arameo errante, hacerle la Promesa de una tierra cuyas riquezas sólo se conocerán en su profundidad más tarde, que libera con brazo fuerte a su pueblo de una esclavitud que simboliza el pecado y todas sus consecuencias cósmicas y sociales, que lo convoca para una Alianza manifestando luego su fidelidad a pesar de los extravíos de esa esposa elegida, y lo engrandece estableciendo un reino anunciador de otro progresivamente descubierto en la persona

¹⁰ Joseph RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1970 (1968). p. 292.

¹¹ Joseph RATZINGER, "Historia de la salvación y escatología", en: *Teología e historia. Notas sobre el dinamismo histórico de la fe*. Salamanca, Sígueme, 1972, pp. 37-69; p. 61.

¹² Joseph RATZINGER, *Palabra en la Iglesia*, o.c., p. 44.

del Mesías anunciado, llamándolo insistentemente mediante sus profetas cuando sus torpezas lo han disgregado hasta que sólo un pequeño resto le permanece fiel, se puede enmarcar en una presentación del Antiguo Testamento. Su tono puede transmitir una espiritualidad de Adviento.

En esa primera parte del *Compendio* es indispensable ofrecer al adulto las orientaciones para una lectura cristiana y eclesial de la Sagrada Escritura. Se requiere esta ayuda para disipar muchos malos entendidos, prejuicios y actitudes hipercríticas que impiden a muchos católicos alimentar provechosamente su fe en la fuente primera. De hecho, dicho preámbulo se ha incorporado en la catequesis postconciliar, sobre todo para los adultos, desde que se ha procurado a los fieles "tener fácil acceso a la Sagrada Escritura" (DV 22). Al evocar los grandes acontecimientos salvadores bajo el régimen de la Antigua Alianza, es oportuno mostrar cómo se fue gestando la transmisión oral y familiar de la revelación de Dios hecha en gestos y palabras, hasta originar las Sagradas Escrituras inspiradas por Dios. Este procedimiento es más catequístico que plantear una introducción general a la presentación de la fe explicando la teología de la Revelación, ya que para eso existen la Constitución *Dei Verbum* y los tratados de Teología Fundamental.

En ese amplio marco de la Antigua Alianza tendrá su lugar el Decálogo como primera aproximación al compromiso moral de los creyentes en respuesta a Dios que se adelanta con sus dones como creador providente y liberador. La lectura cristiana del Decálogo ha de presentar las dos tablas mosaicas como expresiones del amor a Dios y al prójimo en que Jesucristo cifra toda la Ley (Mt 22,37-40). Además, la necesaria explicación de los preceptos básicos de humanidad puede mostrar a través de textos particularmente significativos algunos temas sociales tales como la dignidad de la persona (Gen 1,26-28) particularmente de la mujer (Gen 1,27; 1 Co 11,11s); el recto uso de la autoridad (Sal 72; Sab 6,1-9; 9,1-4; Is 10,1-2; Prov 29,2,14; 16,12; Mt 20,25-28); el destino universal de los bienes creados (Gen 1,27-29,31); el carácter subordinado y no absoluto de la propiedad (Lev 25,23; Lc 16,13); la condena de la acumulación (Prov 30,7-9; Is 5,8; Am 6,8; Tim 6,17-19); la explotación de la necesidad de los débiles (Gen 47,13-20; Ex 5,17; Deut 24,14s; Prov 14,31); Dios como protector del derecho (Gen 18,17-19; Is 28,16s; 49,4; Sant 5,1-6); el valor del trabajo (Gen 2,15; Col 3,23-24; Mc 6,1-6) incluido el de la mujer (Prov 31,10-31); la justa remuneración (Lev 19,13; Deut 24,14-18; Mal 3,5; Eclo 34,22; Lc 10,7); la opresión de los pobres (Is 3,1-15; Je 5,25-29) y su defensa por Dios (Ex 22,20-26; Prov 22,22s; Is 29,19-21; Eclo 4,2,9); la honradez en el comercio (Lev 19,36; Eclo 26,29); el buen trato a los migrantes y extranjeros (Lev 19,33s; Deut 24,17s); la moralidad del poder judicial (Deut 1,15-17; 16,18-20; Prov 17,23,26); la ética de la comunicación (Je 8,8,11; Ex 13,9-10).

En esta historia de la salvación, el centro ha de ser la presentación de Jesucristo en su ser, su obrar y su Evangelio.

Al presentar a Jesucristo, es el momento de exponer el misterio trinitario, no con afán de análisis teológico, sino de anuncio de Dios tal como los cristianos lo tratamos desde la revelación del Verbo encarnado en María. Aunque el conjunto del *Compendio* es el que ha de aclarar lo que son las tres divinas personas, principalmente a través de su actuar, no es suficiente una catequesis sobre Jesucristo si no declara sus relaciones con el Padre y con el Espíritu que nos ha dejado.

En esta sección del *Compendio* conviene ahondar en la moral cristiana, ya introducida a través del Antiguo Testamento como anuncio y preparación, ya que para él se ha de proponer en la catequesis una lectura cristiana y no simplemente situada en su época.

El padecimiento y muerte de Jesucristo no ilumina suficientemente los afanes liberadores actuales en medio de las fuerzas del pecado, si no se narran en relación con los conflictos que enfrentó en su vida pública. Así como sería una reducción inaceptable para la fe presentar la crucifixión de Jesucristo o el Exodo como sucesos exclusivamente políticos, también sería negar la encarnación presentar dichos acontecimientos como unilateralmente religiosos, cosa que no hacen los hagiógrafos. La catequesis ha de mostrar ambos aspectos, dando obvio carácter decisivo para la fe al aspecto salvífico. "Su muerte, que históricamente era un acontecimiento completamente profano, —la condena de un criminal político— fue en realidad la única liturgia de la historia humana, fue la liturgia cósmica por la que Jesús entró en el templo real, es decir, en la presencia de Dios, no en el círculo limitado de la escena cúllica, en el templo, sino ante los ojos del mundo"¹³.

Sobre la cristología es necesario puntualizar tantos aspectos, que merecen capítulo especial.

La mejor presentación del Espíritu Santo que conocemos es la de San Lucas, primero en su actuación impulsando a Jesucristo en el Evangelio, y luego en la conducción de la Iglesia en los Hechos de los Apóstoles.

En tiempos de San Lucas esa tarea era mucho más simple que ahora, en que la Iglesia se ha extendido y diversificado en el tiempo y en el espacio. La catequesis actual puede presentar al Espíritu Santo mediante la historia de la Iglesia. Un *Compendio* de la fe católica no necesita alargarse en pormenores, como tampoco San Lucas relató la evangelización realizada por cada uno de los Apóstoles; le bastó mostrar la acción salvadora de Dios mediante los paradigmas de Pedro y de Pablo como "testigos de Jesús" en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hch 1,8).

¹³ Joseph RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, o.c., p. 249.

Los especialistas en Sagrada Escritura pueden enumerar los criterios de San Lucas para presentar la historia de la Iglesia en forma kerigmática. Lo principal es enunciar las actuaciones manifiestas de Dios en la historia. El objeto del anuncio no es la Iglesia sino el Espíritu de Dios.

En este punto corresponde puntualizar nuevamente que el *Compendio* ha de dar lugar a la formulación de catecismos diversificados para diferentes países y culturas. Cada uno tiene su propia historia de la salvación, aunque el *Compendio* ha de señalar el tronco común de esas ramas.

La tarea se facilita desde el punto de vista teológico por la existencia de miles de santos canonizados, testigos eminentes y reconocidos públicamente de la acción salvadora de Dios en medio de la humanidad. Las sombras de la Iglesia con sus conflictos internos, los pecados de sus miembros, las debilidades de sus autoridades mismas, pueden aparecer en una buena catequesis sobre la historia de la Iglesia al interior de los relatos de las vidas de los santos, a la manera como Lucas nos muestra las flaquezas de la Iglesia primitiva.

Convendrá en el *Compendio* presentar más de un santo para cada siglo, entre los más diversos y representativos: hombres y mujeres, laicos y clérigos, sabios y sencillos, monjes, gobernantes, trabajadores de diversas condiciones sociales, mártires, vírgenes, confesores, doctores, viudas, niños. Además de los que de suyo tienen un carácter muy universal, las Iglesias locales en sus catecismos pueden agregar los propios.

Mucho puede ganar la Iglesia en América Latina, por ejemplo, difundiendo la obra realizada por Dios a través de santos y beatos a veces insuficientemente conocidos por el pueblo como Sebastián de Aparicio, Luis Beltrán, José de Anchieta, Toribio de Mogrovejo, Francisco Solano, Felipe de Jesús, Roque González, Martín de Porras, Pedro Claver, Juan Macías, Rosa de Lima, Juan del Castillo, Alonso Rodríguez, Mariana de Jesús, Pedro de San José Betancur, Antonio María Claret, el Hermano Miguel, Ana de los Angeles Monteagudo, Teresa de Los Andes, Mercedes Molina.

Al presentar la acción del Espíritu en la historia de la Iglesia a través de sus santos, sus biografías deben ser breves, sobrias, históricamente bien fundadas, incluyendo solamente los datos pertinentes para mostrar su aporte propio a la santidad de la Iglesia, y si algo han escrito, destacar aquellas obras accesibles y provechosas para el pueblo cristiano.

En una catequesis de adultos estas hagiografías cumplirán un rol sapiencial similar al de la presentación de los patriarcas, reyes y profetas

¹⁴Una proposición similar ha hecho el Card. Gabriel-Marie GARRONE. *Le Credo lu dans l'histoire*. París, Beauchesne, 1974, pp. 40-48. Ver también Card. G. M. GARRO-NE, *Dans la perspective d'une présentation sommaire et ordonnée de la foi*. Tardy, Droguet-Arden, 1986.

del Antiguo Testamento¹⁴. Además, constituirán un nexo apropiado con la liturgia y con aspectos importantes de la religiosidad popular. Es más catequística una presentación adecuada de varios santos que una exposición teológica sobre la santidad en la Iglesia.

Otro signo de la acción de Dios en la historia son los concilios ecuménicos, aunque no todos tienen igual importancia. El *Compendio* puede mencionar los más decisivos, con algún comentario catequístico acerca de la doctrina que enseñaron o el problema que resolvieron, sin definir la cuestión discutida acerca de cuántos y cuáles son los únicos ecuménicos.

Ciertamente, la presentación catequística de la historia de la Iglesia no puede reducirse a estos puntos. Tendrá que presentar las grandes etapas de la evangelización, los problemas que enfrentó al encontrar diversas culturas y religiones, los logros que manifiestan la asistencia divina y los fracasos que muestran hasta qué punto la historia es también responsabilidad confiada por Dios a los hombres, para evitar un triunfalismo ingenuo y además ajeno a la verdad. Se requerirá la asesoría de historiadores de la Iglesia para incorporar este aspecto de la acción de Dios en el mundo a la educación de la fe encarnada en lo concreto.

Esta presentación del Espíritu Santo en la historia de la Iglesia permite suscitar un afán de santidad comprometiéndose en el mundo y en la Iglesia, asumiendo las tareas humanas de la Esposa de Cristo en la cual cada uno de nosotros aporta su cuota de mancha y de arruga. Un aspecto liberador importante de esta catequesis es la valoración del compromiso en la historia según la vocación personal y con una auténtica espiritualidad de encarnación. La adecuada selección y presentación de los santos y de los concilios puede destacar con fuerza los llamados de Dios a transformar el mundo en beneficio de los pobres, al mismo tiempo que se pone en primer lugar la santidad y la pureza en la fe como cometido propio de la Iglesia. Una parte importante de la doctrina social de la Iglesia se puede exponer también en forma histórica, como se verá más adelante.

II. La Cristología de Puebla

El centro de todo el anuncio y explicación de la fe ha de ser Jesucristo. Parece oportuno incorporar en un *Compendio Universal* algunos aspectos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en 1979 en Puebla, México, cuyo documento final fue aprobado por el Padre Común el 23 de marzo del mismo año.

La importante sección de dicho Documento titulada "La verdad sobre Jesucristo, el Salvador que anunciamos" (DP 170-219) no es "un sucinto tratado de Cristología", sino "una proclamación de la fe en Jesucristo que, a la manera de la cuarta anáfora de la celebración del Sacrificio Eucarístico, junta en un haz de luz los tres dogmas fundamentales del

cristianismo: la creación, la encarnación, la redención. Es, en consecuencia, una Declaración doctrinal destinada a servir de hilo conductor en la enseñanza de la teología en nuestros centros de estudios eclesiológicos, y de espina dorsal en la confección de nuestros catecismos"¹⁵, según dijo el moderador de la comisión cristológica. Otro miembro de esa comisión declaró: "El texto está... concebido en la perspectiva evangelizadora o kerigmática, no técnica o polémica, pero con un rico contenido teológico. Su inspiración es bien bíblica y se ve reflejado en él el esfuerzo no sólo de penetración especulativa de la fe de los obispos (y teólogos) presentes, sino, aún más, de una sana catequesis"¹⁶.

A continuación van algunos aspectos de Cristo allí subrayados, que han de tenerse presentes en el *Compendio*, aunque no se expliquen con el mismo lenguaje:

2.1. Verdadero Dios

La Iglesia invita a reconocer en Jesucristo al Verbo e Hijo de Dios, que desde siempre existe en el misterio de comunión con el Padre y el Espíritu Santo. "Dios es quien primero nos amó. Dios planeó y creó el mundo en Jesucristo, su propia imagen increada (Col 1,15-17). Al hacer el mundo, Dios creó a los hombres para que participáramos en esa comunidad divina de amor: el Padre con el hijo Unigénito en el Espíritu Santo (Ef 1,3-6)" (DP 182). La presentación catequística de Dios ha de acentuar que "Dios es amor" (1 Jn 4,8.16), que es comunidad trinitaria de amor, y que al pensar en Dios nos referimos al primer amor personal, creador, salvador y santificador que es origen, sustento y meta de nuestro ser. Conviene mostrar que a Dios lo conocemos principalmente a través de Jesucristo, prueba del amor de Dios Padre.

Además, la adoración del único Dios es el primer fundamento de la liberación integral: "Nada es divino y adorable fuera de Dios. El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o su razón humana. Dios mismo es la fuente de liberación radical de todas las formas de idolatría, porque la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo, lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana: su relación con Dios y su realización personal. He aquí la palabra liberadora por excelencia: "Al Señor Dios adorarás, sólo a El darás culto" (Mt 4,10; cfr. Dt 5,6ss). La caída de los ídolos restituye al hombre su campo esencial de libertad. Dios, libre por excelencia, quiere

¹⁵ Card. Pablo MUÑOZ VEGA, *La Declaración Cristológica de la Conferencia de Puebla*, Bogotá, CELAM, 1979, p. 16.

¹⁶ Mons. Jorge MEJÍA, *La cristología en el Documento de Puebla*, Bogotá, CELAM, 1979, pp. 25s.

entrar en diálogo con un ser libre, capaz de hacer sus opciones y ejercer sus responsabilidades individualmente y en comunidad" (DP 491).

2.2. Puerta de la Trinidad

A través de Jesucristo tenemos acceso a la comunidad trinitaria, que a su vez impulsa el dinamismo comunitario que los cristianos hemos de llevar al mundo. "Por Cristo, con El y en El, entramos a participar en la comunión de Dios. No hay otro camino que lleve al Padre. Al vivir en Cristo, llegamos a ser su cuerpo místico, su pueblo, pueblo de hermanos unidos por el amor que derrama en nuestros corazones el Espíritu. Esta es la comunión a la que el Padre nos llama por Cristo y su Espíritu. A ella se orienta toda la historia de la salvación y en ella se consuma el designio de amor del Padre que nos creó.

La comunión que ha de construirse entre los hombres abarca el ser, desde las raíces de su amor y ha de manifestarse en toda la vida, aún en su dimensión económica, social y política. Producida por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es la comunicación de su propia comunión trinitaria" (DP 214-215).

2.3. Enviador del Espíritu

Jesucristo nos ha dejado su Espíritu, que en un mundo de mentiras, homicidios y esclavitudes valoramos como Espíritu de verdad hacia la cual nos conduce (ver Jn 16,13), dador de vida y "Espíritu de amor y libertad. El Padre, al enviarnos el Espíritu de su Hijo, "derrama su amor en nuestros corazones" (Ro 5,5) convirtiéndonos del pecado y dándonos la libertad de los hijos. Libertad ésta necesariamente vinculada a la filiación y la fraternidad. El que es libre según el Evangelio, sólo se compromete a las acciones dignas de su Padre Dios y de sus hermanos los hombres" (DP 204).

2.4. Verbo Encarnado

Es verdad que en las sociedades opulentas se procura presentar a Dios no "en los límites, sino en el centro; no en los momentos de debilidad, sino de fuerza; esto es, no a la hora de la muerte y del pecado, sino en plena vida y en los momentos mejores del hombre"¹⁷. Pero un *Compendio Universal de la fe* ha de tener presente que la mayoría de los católicos hoy pertenecen a los ambientes empobrecidos del mundo. Por eso la catequesis de la encarnación debe usar un lenguaje que haga sentir a los despreciados del mundo su dignidad, la cercanía de Dios misericordioso y compasivo que perdona, sana, alimenta, libera y anima a perdonar, sanar, alimentar y liberar. "Debemos presentar a Jesús de Nazaret compartiendo la vida,

¹⁷ Dietrich BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*, Barcelona, Ariel, 1969, p. 163.

las esperanzas y las angustias de su pueblo y mostrar que El es el Cristo creído, proclamado y celebrado por la Iglesia" (DP 176).

2.5. Sacramento del Padre

Jesucristo es la "Palabra del Padre" (DP 1114). En su ser y en su vida se nos expresa Dios que es amor (1 Jn 4,8.16). El Símbolo de los Apóstoles no dice nada sobre las enseñanzas de Jesucristo, bastándole decir quién es. Conviene fundamentar la vida sacramental agregando que: "Cristo es imagen de Dios invisible" (Col 1,15). Como tal, es el sacramento primordial y radical del Padre: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9) (DP 921).

"La Iglesia es, a su vez, sacramento de Cristo (cfr. LG 1) para comunicar a los hombres la vida nueva" (DP 922). "Por los sacramentos Cristo continúa, mediante la acción de la Iglesia, encontrándose con los hombres y salvándolos. La celebración eucarística, centro de la sacramentalidad de la Iglesia y la más plena presencia de Cristo en la humanidad, es centro y culmen de toda la vida sacramental (cfr. SC 10) (DP 923).

El aspecto festivo que ha de caracterizar la vida sacramental se funda en que "sólo en Cristo el hombre encuentra su alegría perfecta (cfr. Jn 17,13) (DP 1301).

2.6. Pobre solidario

El movimiento solidario del Verbo al hacerse hombre inicia el de los discípulos a solidarizar con los pobres: "El Hijo, de Dios demostró la grandeza de ese compromiso al hacerse hombre, pues se identificó con los hombres haciéndose uno de ellos, solidario con ellos y asumiendo la situación en que se encuentran, en su nacimiento, en su vida y, sobre todo, en su Pasión y muerte donde llegó a la máxima expresión de la pobreza" (DP 1141).

"Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gen 1,26-28) para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aún escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama (cfr. Mt 5,45; Sant 2,5). Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión (cfr. Lc 4,18-21) y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús (cfr. Lc 7,21-23) " (DP 1142).

2.7. Servidor doliente

La persecución anunciada a todos los que quieran seguir a Jesucristo requiere de la catequesis una presentación de las oposiciones que sufrió Jesús de los poderes pecaminosos. "Las fuerzas del mal, sin embargo, rechazan este servicio de amor: la incredulidad del pueblo y de sus parientes, las autoridades políticas y religiosas de su época y la incomprensión

de sus propios discípulos. Se acentúan entonces, en Jesús los rasgos dolorosos del "Siervo de Yahvé", de que se habla en el libro del profeta Isaías (Is 53). Con amor y obediencia totales a su Padre, expresión humana de su carácter eterno de Hijo, emprende su camino de donación abnegada, rechazando la tentación del poder político y todo recurso a la violencia. Agrupa en torno a sí unos cuantos hombres tomados de diversas categorías sociales y políticas de su tiempo. Aunque confusos y a veces infieles, los mueven el amor y el poder que de El irradian: ellos son constituidos el cimiento de su Iglesia; atraídos por el Padre (cfr. Jn 6,44), inician el camino que no es el de la autoafirmación arrogante de la sabiduría o el poder del hombre, ni el del odio o la violencia, sino el de la donación desinteresada y sacrificada del amor. Amor que abraza a todos los hombres. Amor que privilegia a los pequeños, los débiles, los pobres. Amor que congrega e integra a todos en una fraternidad capaz de abrir la ruta de una nueva historia" (DP 192).

Los conflictos deben aparecer en la presentación de Jesucristo, y su raíz que es el pecado, pero no en abstracto, sino manifestándose en las maquinaciones, envidias, simulaciones públicas y falsos pretextos que hasta hoy sufren los fieles bajo el ataque de los poderes de este mundo.

La explicación del padecimiento de Jesucristo ha de destacar su libertad, ajena a todo fatalismo, a pesar de ciertos textos evangélicos que en la proclamación litúrgica suelen inducir creencias deterministas incompatibles con el esfuerzo salvador, con el llamado a la libre conversión y con una correcta comprensión del profetismo (ver DP 194).

2.8. Víctima de los pecadores y no de Dios

En una presentación del misterio de la Cruz, que será central aunque necesariamente breve, es preciso corregir expresamente la teoría teológica de la expiación sustitutiva que desde San Anselmo de Canterbury ha condicionado durante un milenio la catequesis, la predicación y la espiritualidad occidental. Según esa teoría, influida más por las religiones paganas que por los datos bíblicos, la justicia de Dios ofendida por el pecado exigía una reparación equivalente de valor infinito, que sólo pudo ser satisfecha con el sacrificio cruento del Hijo de Dios.

"En la época moderna el mal empeoró más todavía. Se creó una representación monstruosa de la muerte de Jesús. Entendieron que el perdón de Dios estaba subordinado a un castigo. Dios no podía perdonar antes que alguien hubiese sufrido el castigo. El castigo previo era la condición de la reconciliación de Dios. Decían que Jesús había aceptado el castigo: su muerte había sido el castigo exigido por la cólera de Dios para poder perdonar el pecado de la humanidad"¹⁸. "Ahora bien, sea en virtud de

¹⁸ Joseph COMBLIN, "O tema da reconciliação e a Teologia na América Latina", en: *Revista Eclesiástica Brasileira*, XLVI - 182 (Junho 1986) 272-314, p. 280.

un atavismo cultural muy antiguo, sea en virtud de una predicación sistemáticamente culpabilizante, muchos de nuestros contemporáneos todavía perciben a Dios como un gran sujeto que reprime y castiga. Antiguamente nuestros antepasados temían y aceptaban el Dios de la represión. Hoy en día los hombres se rebelan y se tornan incrédulos porque quieren rebelarse contra un Dios que castiga y reprime implacablemente”¹⁹.

“Esta concepción se ha difundido tanto cuanto falsa es. La Biblia no nos presenta la cruz como pieza del mecanismo del derecho violado; la cruz, en la Biblia, es más bien expresión del amor radical que se da plenamente, acontecimiento que es lo que hace y que hace lo que es; expresión de una vida que es ser para los demás. Quien observe atentamente verá cómo la teología bíblica de la cruz impone una revolución en contra de las concepciones de expiación y redención de la historia de las religiones no cristianas... Casi todas las religiones... nacen de la conciencia del hombre de su propia culpa y suponen el intento de borrar el sentimiento de culpa... mediante acciones expiatorias ofrecidas a la divinidad... En Cristo “Dios reconcilia al mundo consigo mismo” (2 Co 5,19)”²⁰.

“¿Cómo podría Dios gozarse de los tormentos de una criatura e incluso de su propio hijo, cómo podría ver en ellos la moneda con que se le compraría la reconciliación? Tanto la Biblia como la fe cristiana están muy lejos de estas ideas. Lo que cuenta no es el dolor como tal, sino la amplitud del amor que ha dilatado tanto la existencia que ha unido lo lejano con lo cercano, que ha puesto en nueva relación con Dios al hombre que se había olvidado de él”.

“¿No es indigno de Dios pensar que exige la muerte de su hijo para aplacar su ira? A esta pregunta sólo puede responderse negativamente: Dios no pudo pensar así. Es más, un concepto tal no tiene nada qué ver con la idea neotestamentaria de Dios”²¹.

La exposición de este tema puede partir de las afirmaciones bíblicas de que “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16) y “nos amó primero” (1 Jn 4,19). Dios se adelanta a reconciliar a los pecadores consigo aunque nadie lo merecía (ver Ro 5,6-11). Dios muestra su amor con el don gratuito de la reconciliación a través de su Hijo (ver 2 Co 5,17-21). El padecimiento de Jesús es provocado por los pecadores rebeldes y no por decreto fatal de Dios (Jn 11,53). Jesucristo muestra su amor hasta el extremo (Jn 13,1), que es el mismo amor del Padre a los hombres (Jn 8,29; 10,30.37-38; 14,9-11). En la entrega de Jesucristo se manifiesta el amor gratuito y reconciliador del Padre (2 Co 5,19).

¹⁹ J. COMBLIN, *l.c.*, pp. 277s.

²⁰ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, *o.c.*, pp. 245s.

²¹ *Idem*, pp. 253s.

Es cierto que en conexión con el sacrificio de Jesucristo están los conceptos bíblicos de expiación, de propiciación, de purificación, objeto hoy de investigación y de teorías²². No corresponde a la catequesis entrar en cuestiones todavía discutidas. El magisterio de Juan Pablo II ha adelantado bastante en la explicación kerigmática del misterio de la cruz, superando el esquema teológico de San Anselmo, al exponer la "dimensión divina del misterio de la Redención" (*Redemptor Hominis*, 9).

2.9. Salvador del pecado

El anuncio de Dios que es amor permite percibir como rechazo de ese amor el pecado, cuya realidad es tan poco reconocida hoy (DP 185). "Roto así por el pecado el eje primordial que sujeta al hombre al dominio amoroso del Padre, brotaron todas las esclavitudes" (DP 186). Es importante mostrar el pecado como enajenación del hombre respecto de Dios, de la naturaleza, de sí mismo y de los demás, en contraposición de las teorías que llaman alienación precisamente a la ligazón de la persona con Dios, y a través de él, con los demás y con la naturaleza. Así resulta más claro el sentido liberador e integrador de la Redención traída por Jesucristo, estimulando la acogida al amor de Dios y el repudio del pecado.

El pecado no aparta de Dios solamente al individuo, sino que crea obstáculos a la unión con Dios en las relaciones de amistad, de familia, de trabajo, de convivencia territorial, de deberes y derechos entre las personas, de deberes y derechos de las autoridades respecto de quienes son destinatarios de su servicio público, estableciendo situaciones de pecado social. "A la actitud personal de pecado, a la ruptura con Dios que envilece al hombre, corresponde siempre en el plano de las relaciones interpersonales la actitud de egoísmo, de orgullo, de ambición y envidia que generan injusticia, dominación, violencia a todos los niveles; lucha entre individuos, grupos, clases sociales y pueblos... Consiguientemente se establecen situaciones de pecado que, a nivel mundial, esclavizan a tantos hombres y condicionan adversamente la libertad de todos" (DP 328). Es importante mostrar "la esclavitud del pecado, raíz y fuente de toda opresión, injusticia y discriminación" (DP 517). Esta noción de pecado social debe incluirse en una catequesis ordenada a superar entre los católicos la todavía extendida ética individualista (GS 30).

2.10. Primer resucitado

Ante la débil fe de muchos adultos en la resurrección gloriosa ofrecida a todos, corresponde explicar la de Jesucristo como el modelo al cual estamos llamados cada uno personalmente, como parte de la renovación definitiva de la creación (ver DP 195).

²² Ver J. COMBLIN, I.c., pp. 281s y notas bibliográficas.

2.11. Hombre nuevo

Se suele presentar legítimamente este título cristológico como modelo para el cambio interior o conversión personal. Para no mutilar el sentido mucho más abarcante de la encarnación y redención es preciso destacar otras consecuencias: "Así Jesús, de modo original, propio, incomparable, exige un seguimiento radical que abarca todo el hombre, a todos los hombres y envuelve a todo el mundo y a todo el cosmos. Esta radicalidad hace que la conversión sea un proceso nunca acabado, tanto a nivel personal como social" (DP 193). Esta consideración ha de explicarse de modo que los cristianos proyecten siempre nuevas realizaciones con los ojos puestos en Cristo, en la búsqueda de la humanidad nueva.

2.12. Señor de la historia

Este título con que Juan Pablo II introduce a Jesucristo en *Redemptor Hominis* conduce a una catequesis sobre el obrar cristiano en el mundo (ver DP 275-278). Incluso la devoción mariana, que ya se ha adelantado a invocar a María como patrona de cada pueblo cristiano, puede superar cierto egocentrismo y favorecer una fe comprometida con la marcha perfecta de nuestras sociedades en fidelidad al designio y criterios de Dios: "María no sólo vela por la Iglesia. Ella tiene un corazón tan amplio como el mundo e implora ante el Señor de la historia por todos los pueblos. Esto lo registra la fe popular que encomienda a María, como Reina maternal, el destino de nuestras naciones" (DP 289). El acontecimiento de la Encarnación ha hecho de María el puente a través del cual el Verbo no sólo mantiene señorío sobre el cosmos, sino que además preside dinámicamente la historia. "Por medio de María, Dios se hizo carne; entró a formar parte de un pueblo; constituyó el centro de la historia" (DP 301).

Jesucristo es "centro y sentido de la historia universal de todos y cada uno de los hombres" (DP 6). Es salvador no sólo individual y privado, sino también público y universal, lo cual sugerimos al aclamarlo como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29). Redime del pecado "que tiene dimensiones personales y sociales muy amplias" (DP 73). "En el centro de la historia humana queda así implantado el Reino de Dios, resplandeciente en el rostro de Jesucristo resucitado. La justicia de Dios ha triunfado sobre la injusticia de los hombres. Con Adán se inició la historia vieja. Con Jesucristo, el nuevo Adán, se inicia la historia nueva y ésta recibe el impulso indefectible que llevará a todos los hombres, hechos hijos de Dios por la eficacia del Espíritu, a un dominio del mundo cada día más perfecto; a una comunión entre hermanos cada vez más lograda y a la plenitud de comunión y participación que constituyen la vida misma de Dios" (DP 197).

2.13. Presencia multiforme

Es preciso explicar que además de su omnipresencia en cuanto Dios, Jesucristo se hace presente en cada sacramento y de un modo particular

en la Eucaristía, no sólo mediante sus ministros en medio de la asamblea o en su acción salvadora, sino además en permanencia, bajo los signos sacramentales. También como Verbo encarnado se hace presente en la proclamación de su Palabra, "pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla" (SC 7). "En la vida de aquellos que siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (cfr. 2 Co 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino" (LG 50b).

"Está presente entre los que se reúnen en su nombre (cfr. Mt 18,20), y en la persona de sus pastores enviados (cfr. Mt 10,40; 28,19ss); y ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (cfr. Mt 25,40)" (DP 196).

2.14. Liberador integral

"Cristo... debe ser presentado... como liberador integral (cfr. Gá 5,1.13; 4,26.31; 1 Co 7,22; 2 Co 3,17)" (DP 1183), "como Único Salvador", de modo que los creyentes, "evangelizados, evangelicen y contribuyan, con una respuesta de amor a Cristo, a la liberación integral del hombre y de la sociedad, llevando una vida de comunión y participación" (DP 1166).

"Si no llegamos a la liberación del pecado con todas sus seducciones e idolatrías; si no ayudamos a concretar la liberación que Cristo conquistó en la Cruz, mutilamos la liberación de modo irreparable; también la mutilamos si olvidamos el eje de la evangelización liberadora, que es la que transforma al hombre en sujeto de su propio desarrollo individual y comunitario. La mutilamos igualmente, si olvidamos la dependencia y las esclavitudes que hieren derechos fundamentales que no son otorgados por gobiernos o instituciones por poderosas que sean, sino que tienen como autor al propio Creador y Padre" (DP 485).

2.15. Hijo de María

El anuncio de Jesucristo en una catequesis liberadora destaca su encarnación en el seno de una muchacha creyente y pobre de Nazaret, comarca despreciada por carecer de previos acontecimientos notables en toda la Biblia, y por pertenecer a la Galilea marginal de los paganos, más cercana a los lejanos pueblos idólatras que la propia Samaria de los disidentes.

Sin negar las grandezas de María en su Asunción y coronación celestial, o en sus privilegios de Concepción Inmaculada y de ser madre del Señor, una catequesis capaz de sintonizar con las mayorías despojadas que constituyen la parte más abundante y representativa de los fieles católicos, ha de destacar en María su vida sencilla como aldeana de un país sujeto

a una gran potencia de su época, que sufre su parto en un lugar de emergencia, huye al exilio obligada por un gobernante cruel y celoso de su poder, comparte las estrecheces de la vida en una familia de trabajadores, y ve finalmente a su hijo único injustamente detenido y condenado a muerte sin defensa legal, sobrellevando estas penurias con una fe capaz de cantar las grandezas del Señor, liberador de su pueblo, triunfador de los soberbios, que muestra en la historia su amor preferencial por los pobres (ver RM 37).

Adecuadamente se puede responder a la devoción popular que ruega incesantemente a María, presentándola como servidora del Señor y de la salvación, haciendo ver que si es reina es porque servir a Dios es reinar (LG 55). "La que en la anunciación se definió como "esclava del Señor" fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera "discípula" de Cristo, el cual subraya intensamente el carácter de servicio de su propia misión... Cristo habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cfr. Fil 2,8-9) entró en la gloria de su reino... María, esclava del Señor, forma parte de este Reino del Hijo... asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna (RM 41).

El pueblo creyente puede encontrar en María también un apoyo para sus luchas contra las idolatrías de este mundo apegado al tener, al poder y al placer, si la catequesis la presenta bajo el signo eclesial y personal de la mujer del Apocalipsis. "Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella "dura batalla contra el poder de las tinieblas" (GS 37) que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana" (RM 47).

III La Ecclesiología del Concilio Vaticano II

Hay varias características de la Iglesia proclamadas en el Concilio Vaticano II, que la posterior reflexión bíblica, teológica y pastoral ha profundizado, contribuyendo a destacar su misión liberadora integral, en contraste con cierta visión autoritaria y encerrada que pareció caracterizarla en la época preconciliar. Un *Compendio universal de la fe* puede contribuir a renovar la Iglesia formando "cristianos liberadores" (EN 38) si destaca esos aspectos.

3.1. Signo del Reino

La catequesis sobre la Iglesia se puede inaugurar con el anuncio por Jesucristo del reinado de Dios (Mc 1,15). Nuestra buena noticia no es la Iglesia, sino el reino de Dios que "brilla ante los hombres en la palabra, en las obras y en la presencia de Cristo" (LG 5).

Ese reinado comienza a extenderse con el ministerio de Jesús realizado con hechos y palabras (Hch 1,1; Lc 11,20), con el llamado y envío de

los Doce (Mc 10,1-42) y de otros discípulos (Lc 10,1-20). La dispersión provocada por la crucifixión (Mc 14,50) y la nueva reunión hecha posible por la resurrección (Mc 16,7) sitúan el comienzo definitivo de la Iglesia de Jesucristo en Pentecostés (Hch 1,3-5). Desde entonces, los Apóstoles llaman animosamente a convertirse a Jesucristo y a incorporarse a la Iglesia mediante el bautismo (Hch 2,38) en que recibimos la adopción de hijos de Dios (Gá 3,26s).

“La Iglesia... constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas expresa y ansía reunirse con su Rey en la gloria” (LG 5).

Al comentar la oración del Señor, la petición de que venga a nosotros ese reinado, hecha inmediatamente después de expresar el anhelo de la gloria de Dios, es importante subrayar cómo va unida a la de que cumplamos la voluntad de amor del Padre, como la cumplen amorosamente los que gozan de la vida eterna, y a que en consecuencia no sólo el que ora sino todos tengamos el sobrio pan cotidiano —sugiriendo también la comunión con el pan eucarístico—, para lo cual ofrecemos nuestra solidaridad generosa para perdonar que es condición para recibir el perdón de Dios, y pedimos ser liberados por Dios de caer en las tentaciones opuestas a ese reinado de amor, y del mal que se opone a ese amor que es la ley del reino.

Parece muy importante y liberador en la catequesis destacar la conexión entre el reino de Dios, el amor y la comunión, en contraste con los imperios y gobiernos humanos que acentúan su poder y la sumisión (Mt 20,25-27p).

3.2. Sacramento de salvación

El misterio de la Iglesia gana mucho ante los fieles al presentar a la comunidad de los discípulos de Jesucristo como signo y prolongación humana de la Trinidad divina (ver 2 Co 13,13) además de ser el instrumento para realizar esa comunión iniciada por Dios mediante su Hijo Jesucristo (1 Jn 1,1-4).

Esa salvación que es “la unión íntima con Dios y... la unidad de todo el género humano” (LG 1) es integral y no sólo espiritual (ver DP 214-215, citado en 2.2.).

“El amor de Dios que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse principalmente obra de justicia para los oprimidos (cfr. Lc 4,18), esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan. En efecto, “nadie puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve” (1 Jn 4,20). Con todo, la comunión y participación verdaderas sólo pueden existir en esta vida proyectadas sobre

el plano muy concreto de las realidades temporales, de modo que el dominio, uso y transformación de los bienes de la tierra, de la cultura, de la ciencia y de la técnica, vayan realizándose en un justo y fraternal señorío del hombre sobre el mundo, teniendo en cuenta el respeto de la ecología. El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy... amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales" (DP 327).

3.3. Pueblo de la Nueva Alianza

El carácter solidario y no individualista de la salvación está enfatizado por el Concilio: "Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente y sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente" (LG 9).

No es difícil presentar esta enseñanza con el relato de Dios eligiendo a Abraham para formar con su descendencia un pueblo, liberándolo de la esclavitud y pactando una Alianza en que se compromete a estar con el pueblo, y el pueblo a cumplir su ley. Las transgresiones lo llevan a prometer una alianza nueva con una ley interior (Jer 31,31-34) en la cual incluso los creyentes procedentes del mundo no judío se reconocen como el nuevo Israel de Dios (Gá 6,12-16; 3,27-29; He 8,6-13), tomando conciencia de ello particularmente en el Bautismo (1 Pe 2,1-10). "Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo... La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (cfr. Jn 13,34). Y tiene... como fin el dilatar más y más el reino de Dios" (LG 9).

Muy kerigmática y liberadora resulta esta presentación de la Iglesia como pueblo de la Nueva Alianza.

3.4. Pueblo peregrino

La catequesis sobre la Iglesia tiene la mira de estimular la participación activa en la comunión y misión de la Iglesia. En vez de traslucir un triunfalismo satisfecho por el pasado, que la ciencia histórica hace muy frágil, es mejor impulsar la marcha a través del transcurrir de los tiempos (He 13,13) hacia una realización plena de lo que comienza en esta vida pasajera (Lc 22,14-18; 1 Co 11,26; 1 Jn 3,2).

"En esto consiste el "misterio" de la Iglesia: es una realidad humana, formada por hombres limitados y pobres, pero penetrada por la insondable presencia y fuerza del Dios Trino que en ella resplandece, convoca y salva (cfr. LG 4b; 8a; SC 2).

La Iglesia de hoy no es todavía lo que está llamada a ser. Es importante tenerlo en cuenta, para evitar una falsa visión triunfalista. Por otro lado, no debe enfatizarse tanto lo que le falta, pues en ella ya está presente y operando de modo eficaz en este mundo la fuerza que obrará el Reino definitivo" (DP 230-231). Esta mirada constante a lo escatológico promueve en la catequesis una atención a Dios en el "hoy" (He 3,7-13; 4,6-7.11).

3.5. Pueblo profético

En contraste con la gente movida por afanes puramente mundanos, la Iglesia sigue a Jesús (Hch 13,12) atendiendo a la enseñanza de los Apóstoles (Hch 2,42; 6,7; 19,20) para difundir la palabra salvadora (Hch 8,1-4; 11,19-22; 1 Tes 1,6-8) hasta el punto de considerarse sinónimos la difusión de esa Palabra y el crecimiento de la Iglesia (Hch 6,7; 12,24; 19,20). Evangelizar es su misión (EN 14), tanto que el discípulo se reconoce en que evangeliza (EN 24). Esta Iglesia vive de la Palabra más que de los medios terrenales (Mt 4,4). Facilita a los fieles el acceso a la Sagrada Escritura (DV 22). Cuestiona con libertad los criterios mundanos según la palabra de Jesucristo (Jn 8,31; 12,48).

"El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe... La totalidad de los fieles, que tiene la unción del Santo (cfr. 1 Jn 2,20.27), no puede equivocarse cuando cree y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando "desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos" (S. Agustín, *De praed. sanct.* 14,27; PL 44,980) presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres... Además, el mismo Espíritu Santo... distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición... Y... el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cfr. 1 Tes 5,12.19-21)" (LG 12).

3.6. Pueblo sacerdotal

Todo el pueblo de los bautizados es sacerdotal (1 Pe 2, 9; Ap 1,5-6; 5,10) por estar llamado a ofrecer sus buenas obras en alabanza de Dios (1 Pe 2,5; Ro 12,1; He 13,16). Esta ofrenda de la vida se garantiza con la oración perseverante (Hch 1,14; 5,12b) especialmente para pedir el Espíritu Santo (Lc 11,13; Hch 8,15), para preparar decisiones (Hch 1,24s; 13,3; 14,23) y para resistir persecuciones (Hch 4,21-31; 12,5.11). El ejercicio sacerdotal más pleno y gozoso de la comunidad cristiana es la celebración eucarística (Hch 2,46).

"El carácter sagrado y orgánicamente estructurado de la comunidad sacerdotal se actualiza por los sacramentos y por las virtudes" (LG 11).

3.7. Pueblo ministerial

Por institución de Jesucristo este pueblo es gobernado por los Apóstoles, por los pastores nombrados por ellos y por sus sucesores, que son los Obispos, presbíteros y diáconos. Su servicio o ministerio propio es guardar íntegro el depósito de la fe, presidir la asamblea sacramental, animar la comunión entre los creyentes y entre las comunidades locales (Gá 2,9-10), en comunión con "la Cátedra de Pedro, que preside la asamblea universal de la caridad" (LG 13).

"Los laicos, del mismo modo que por la benevolencia divina tienen como hermano a Cristo, también tienen por hermanos a los que, constituidos en el sagrado ministerio... apacientan a la familia de Dios" (LG 32).

Los laicos tienen un *ministerio secular* que les es propio. "A los laicos corresponde, por propia vocación, buscar el reinado de Dios administrando las cosas temporales y ordenándolas según Dios" (LG 30). En esta tarea atestiguan la esperanza que los anima. Y exhorta el Concilio: "Pero no escondan esta esperanza en el interior de su alma, antes bien manifiésténla, incluso a través de las estructuras de la vida secular, en una constante renovación, y en un forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos (Ef 6,12)" (LG 35). Con esta doctrina se anima al laicado a enfrentar valerosamente los poderes del pecado actuantes en el mundo que es cosmos e historia, fiados en el "Señor del cosmos y de la historia" (RH 1).

"Con su competencia en los asuntos profanos y con su actividad elevada desde dentro por la gracia de Cristo, contribuyan eficazmente a que los bienes creados... sean promovidos... sean más convenientemente distribuidos... y a su manera conduzcan al progreso universal en la libertad humana y cristiana" (LG 36b). En síntesis, en medio de las oposiciones procedentes de las fuerzas del pecado que contaminan las personas y estructuras del mundo, los laicos han de dedicarse con la gracia de Cristo a la liberación integral: "Igualmente coordinen los laicos sus fuerzas para sanear las estructuras y los ambientes del mundo cuando incitan al pecado, de manera que todas estas cosas sean conformes a las normas de la justicia y más bien favorezcan que obstaculicen la práctica de las virtudes" (LG 36c). "En cualquier asunto temporal deben guiarse por la conciencia cristiana, dado que ninguna actividad humana, ni siquiera en el dominio temporal, puede sustraerse al imperio de Dios" (LG 36d).

3.8. Familia de Dios

El Concilio no usó esta expresión para designar a la Iglesia en sentido estricto, sino indicando la meta terrestre de la acción de obispos y sacerdotes, de "que todo el género humano venga a la unidad de la familia de Dios" (LG 28). Es una expresión parecida a la del Mensaje del Concilio a los Gobernantes: "Es Dios, el Dios vivo y verdadero, el Padre de los

hombres. Y es Cristo, su Hijo eterno, quien ha venido a decirnoslo y a enseñarnos que todos somos hermanos" (n. 3). Parece aludir más bien a la "fraternidad universal" (GS 91) y a la "familia humana, que está llamada en Cristo Jesús a ser la familia de los hijos de Dios" (GS 92), y que por tanto no lo es todavía. Se mantiene en el orden natural de la bella enseñanza conciliar: "Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos" (GS 24).

En cambio, con otros fundamentos, la Conferencia de Puebla llamó familia de Dios a la Iglesia (DP 238-249). San Pablo llama "familiares de Dios" a los cristianos (Ef 2,19) porque reproducen la imagen de Jesucristo, que es "primogénito entre muchos hermanos" (Ro 8,29) y están en comunión con el Hijo de Dios (1 Co 1,9).

Es la plenitud de una relación de Dios con su pueblo escogido que en el Antiguo Testamento aparecía con rasgos paternos y maternos (Dt 32,8-14). Esta familia de Dios se concreta en el Nuevo Testamento aún más. No sólo adquirimos en Jesucristo un hermano mayor. También desde la Crucifixión hemos recibido a María por madre (Jn 19,26), y se nos ha dado como animador de nuestra unión mutua el Espíritu Santo (Fil 2,1-4). Estos dones de vinculación familiar recibidos en el bautismo (Tit 3,4-7) requieren un ejercicio efectivo, facilitado en la Iglesia doméstica (LG 11) y en las pequeñas comunidades eclesiales (DP 239). En estas pequeñas comunidades familiares y eclesiales donde los cristianos se comunican personalmente con otros, se fortalecen los dos aspectos básicos de la Iglesia: la comunión afectiva y efectiva (Hch 2,44s; 4,32.34-35; 1 Co 16.16s; 1 Ts 4,9s) y la misión hacia el mundo (1 Ts 3,12; 5,15; Gá 6,10; Ro 12,17-21).

La nueva evangelización puede ganar mucho si la catequesis presenta a la Iglesia como familia de Dios, desarrollando las consecuencias de esta doctrina. El católico se libera de ser un desconocido anónimo en la Iglesia, en la medida en que comparte su fe en la familia y en grupos o comunidades con relaciones humanas faz a faz. Además, en la Iglesia "se juega la misión misma que Jesús le confió: su capacidad de ser signo y prueba de que Dios quiere por ella, convertir a los hombres en su Familia" (DP 243). El Concilio enfatizó esta responsabilidad eclesial de fraternidad (GS 92b), pero las Conferencias de Medellín y de Puebla señalaron los medios con que cuenta la Iglesia para realizarla: la familia y la pequeña comunidad (que puede ser la parroquia, pero en la mayoría de los casos hoy debe ser una parte orgánica de ella).

También esta manera de ver a la Iglesia como familia favorece una actuación paternal de la jerarquía: "Este carácter paternal no hace olvidar que los pastores están dentro de la Familia de Dios a su servicio. Son hermanos, llamados a servir la vida que el Espíritu libremente suscita en los demás hermanos. Vida que es deber de los pastores respetar, acoger,

orientar y promover, aunque haya nacido independientemente de sus propias iniciativas. De ahí el cuidado necesario para "no extinguir el Espíritu ni tener en poco la profecía" (1 Ts 5,19). Los pastores viven para los otros. "Para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10).

"La tarea de la unidad no significa ejercicio de un poder arbitrario. Autoridad es servicio a la vida. Ese servicio de los pastores incluye el derecho y el deber de corregir y decidir, con la claridad y firmeza que sean necesarias" (DP 249).

3.9. Cuerpo de Cristo

La doctrina sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo al cual nos incorporamos en el bautismo (1 Co 12,13) complementa la eclesiología con el tema de las diferencias mutuas de carismas y funciones sin destruir la unidad (1 Co 12,12-30; Ro 12,4-7). En toda clase de autoridades de la Iglesia vemos a Cristo como cabeza (Ef 1,22s) lo cual exige un uso evangélico del poder (Mc 9,35). Nos cohesiona la Eucaristía (1 Co 10,16s) y nos lleva al "amor de todo el Cuerpo místico de Cristo, especialmente de los miembros pobres, de los que sufren y de los que son perseguidos por causa de la justicia" (LG 23).

"En toda comunidad de altar, bajo el sagrado ministerio del Obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y "unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación" (LG 26; ver S. Th. 3q. 73a. 3). En cada Iglesia reunida alrededor del Obispo se respeta al pastor legítimo aunque no sea perfecto (ver Ap 2,1-3,22).

Además de la solidaridad con los sufrimientos y alegrías de los demás miembros del Cuerpo de Cristo (1 Co 12,26) la espiritualidad fundada en este aspecto de la Iglesia lleva a la configuración con Cristo (Gá 4,19) arrojando la tribulación y persecución con la mira de resucitar con El (Ro 8,17; Fil 3,21; 2 Ti 2,11; Ef 2,6; Col 2,12) ayudándonos mutuamente a crecer en Cristo (Col 2,19; Ef 4,11-16). Es una espiritualidad que conforta en los conflictos.

3.10. Comunión espiritual

La animación interna de la Iglesia viene del Espíritu Santo que fortalece a los Apóstoles y discípulos para anunciar valientemente a Jesucristo (Hch 1,8; 2,22-24; 4,8,31; 5,32; 6,8-10); actúa a través de los sacramentos (Hch 2,37s; 8,17); confiere a todos diferentes carismas (Hch 2,14-18; 10,44-47; 21,4) los cuales hemos de poner en ejercicio con alegría y sencillez según la vocación recibida (Ro 12,6-8; 1 Co 7,7; 12,7; Ef 4,7; 1 Pe 4,10) sin descuidarlos (1 Ti 4,14) sino más bien reavivándolos (2 Ti 1,6); capacita a algunos para ciertos ministerios destinados a organizar la comunidad (Hch 6,3; 11,22-24; 13,2-4; 20,28; 1 Co 12,27-30; Ef 4,11s; 12,16) a través de los cuales también se comunican dones del

Espíritu Santo (Ro 1,11; 1 Ti 4,14; 2 Ti 1,6); dirige la acción apostólica (Hch 8,29; 10,19; 11,11s; 16,6s; 20,22-24); infunde el amor, que es el camino más excelente (1 Co 12,31-13,3; Ro 5,5); consuela a la Iglesia (Hch 9,31). De muchas maneras el Espíritu Santo produce libertad (2 Co 3,17).

La fidelidad de la Iglesia al Espíritu Santo se reconoce por sus frutos (Ro 6,22; Gá 5,22).

3.11. Comunidad pascual y gozosa

El Espíritu Santo alegra a la comunidad por la liberación traída por Cristo (Lc 10,17-20; 15,6-7.9-10. 22-24.32; 19,6; Hch 8,6-8; 13,46-48; 16,34) y por los dones de Dios para los pequeños (Lc 10,21) y para el pueblo sencillo (Lc 13,17; 19,37). Esta alegría pascual es signo de libertad en la Iglesia.

3.12. Iglesia de los pobres

“Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, “existiendo en la forma de Dios... se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo” (Fil 2,6) y por nosotros “se hizo pobre, siendo rico” (2 Co 8,9); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza e remedia sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo” (LG 8).

Al abrirse a los no judíos dejando definitivamente atrás las prescripciones secundarias de la ley de Moisés —obviamente, no el Decálogo— la Iglesia encarga a Pablo y Bernabé, además del anuncio salvador que ya difunden, “tener presentes a los pobres” (Gá 2,10). Este compromiso es tan central para la Iglesia, que ella incluye desde el comienzo en la eucaristía una colecta para los pobres (1 Co 6,2) y un compromiso efectivo de fraternidad con los participantes pobres (1 Co 11,17-34; Stg 2,1-13), considerando una gracia de Dios el poder compartir (2 Co 8,4). La solidaridad es tanto más obligatoria para los cristianos cuanto más se degrada la condición de los trabajadores, extendiéndose la miseria y el hambre. “La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la “Iglesia de los pobres” (LE 8; ver GS 88,90).

3.13. Iglesia santa de pecadores

Ya entre los primeros cristianos hubo pecado por apego al dinero (Hch 5,1-11; 8,9-24) y discordia por los bienes comunes (Hch 6,1-6). Se critica el poder de Pedro (Hch 1,1-18) y alguna vez con razón

(Gá 2,11-14). Hay tensión entre la corriente tradicionalista de Santiago (Gá 2,12) y la más libre de Bernabé y Pablo, dando lugar a un primer concilio en Jerusalén (Hch 15,1-32). Juan Marcos, primo de Bernabé (Col 4,10) se disgusta con Pablo y éste con Bernabé, prefiriendo trabajar con Silas (Hch 9,1-30; 11,29-26; 13,1-13; 15,36-41). En Corinto surgen partidarios de diferentes evangelizadores (1 Co 1,10-12; 3,1-9); escándalos que exigen una disciplina curativa (1 Co 5,1-13); pleitos entre hermanos ante tribunales paganos (1 Co 6,1-8); divisiones entre ricos y pobres en la Eucaristía (1 Co 11,17-22.33-34). "La Iglesia... siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación" (LG 8c).

3.14. Iglesia universal

Un *Compendio universal* ha de transmitir ciertas afirmaciones amplias. "La única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos como una, santa, católica y apostólica... subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él, si bien fuera de su estructura se encuentran muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la verdad católica" (LG 8). "Esta Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación... Por lo cual no podrían salvarse aquellos hombres que, conociendo que la Iglesia católica fue instituida por Dios a través de Jesucristo como necesaria, sin embargo, se negasen a entrar o a perseverar en ella" (LG 14). "Quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna" (LG 16).

Además, "la Iglesia se reconoce unida por muchas razones con quienes, estando bautizados, se honran con el nombre de cristianos, pero no profesan la fe en su totalidad o no guardan la unidad de comunión bajo el sucesor de Pedro" (LG 15). "Por último, quienes todavía no recibieron el Evangelio, se ordenan al Pueblo de Dios de diversas maneras" (LG 16). "La responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte" (LG 17).

3.15. Esposa de Cristo

Tal como el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento es considerado bajo la imagen de la amada de Dios (Os 1-2; Ez 16), Jesucristo se proclama esposo de la Iglesia (Mt 9,15; 25,1-13; Jn 3,27-29; Ef 5,23-27). Nuestra relación con Dios no es de aplastamiento ni despersonalizante, sino dialógico y amorosa.

Esta imagen de la Iglesia se encarna en cierto modo en la Virgen María, no sólo por iniciativa de la devoción popular; sino también con base bíblica (Ap 12,1-17).

Es importante presentar a María con los rasgos liberadores descubiertos en la Escritura por la reflexión actual de la Iglesia²³ al ahondar las enseñanzas del Concilio: "María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres" (LG 56). Con firme dignidad, solidaria con el inocente condenado por los hombres, "avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cfr. Jn 19,25)" (LG 58).

IV. El Magisterio Social

Tal como la cristología y la eclesiología, el magisterio social se puede incorporar al marco expositivo de la historia de la salvación. De hecho, los fundamentos de dicha doctrina eclesial están esparcidos indistintamente en los textos bíblicos de carácter histórico, profético o sapiencial. Es muy importante vincular toda esta sabiduría ético-social a la confesión bautismal de fe trinitaria, propuesta aquí como tonalidad para pronunciar lo que creemos los católicos, en forma de historia de la salvación. Debe resultar claro para los creyentes que aquí lo puesto en juego es el seguimiento o rechazo de Jesucristo y no simplemente mudables preceptos de disciplina. "El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación" (GS 43).

De paso, aquí se propone superar una presentación de la moral cristiana encuadrada en el Decálogo. Las exigencias éticas del creyente han de mirarse desde Cristo y desde la Iglesia de Cristo. Similarmente, más arriba se ha propuesto considerar la vida sacramental no como un capítulo separado —a la manera como necesariamente se construyen los tratados teológicos por exigencias del análisis conceptual— sino como consecuencia de la pascua de Cristo vivida desde los comienzos de la historia de la Iglesia.

Así como a veces Jesús explicaba una parábola, el *Compendio universal de la fe* puede comentar algunos relatos para destacar cómo una enseñanza se sitúa en el conjunto de las maravillas de Dios (aspecto kerigmático) y cómo corresponde al creyente asumirla en el seguimiento del Señor (aspecto parenético). Los evangelios alternan los relatos con los discursos sin perder su básica estructura narrativa.

Con ese procedimiento se puede subrayar la relevancia de ciertas máximas bíblicas: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres"

²³ Pablo VI. *Marialis Cultus*, 37 (Se abrevia MC). Juan Pablo II, Homilias radio-difundidas el 10.2.1979 y el 12.12.1981, y *Redemptoris Mater*, 37 (abreviada RM), principalmente.

(Hch 5,29); "No podéis servir a Dios y al dinero" (Mt 5,24). "No oprimirás a tu prójimo" (Lev 19,13). "Si alguien no quiere trabajar, que no coma" (2 Ts 3,10). "Mata a su prójimo quien le arrebató su sustento, vierte sangre quien quita el jornal al jornalero" (Eclo 34,22).

También conviene incorporar al tesoro memorable para los fieles, ciertas afirmaciones básicas del magisterio social. Por ejemplo: "Paz pública es la ordenada convivencia en la verdadera justicia" (DH 7). "El bien común de la sociedad, que es la suma de aquellas condiciones de la vida social mediante las cuales los hombres pueden conseguir con mayor plenitud y facilidad su propia perfección, consiste sobre todo en el respeto de los derechos y deberes de la persona humana" (DH 6). "Justa remuneración por el trabajo de la persona adulta que tiene responsabilidades de familia es la que sea suficiente para fundar y mantener una familia y asegurar su futuro" (LE 19). Algunas de estas afirmaciones se pueden parafrasear buscando una formulación más breve y fácil de memorizar, cambiando la cita textual por una referencia al documento originante.

El Padre Común ha pedido, junto a los Padres Sinodales de 1977, "que el rico patrimonio de la enseñanza social de la Iglesia encuentre su puesto, bajo formas apropiadas, en la formación catequética común de los fieles" (CT 29), insistiendo en que "no puede faltar a la catequesis la preciosa aportación de la doctrina social de la Iglesia"²⁴.

Aquí es necesario puntualizar que un *Compendio universal de la fe católica* pertenece a un género literario diferente de las definiciones dogmáticas. Aunque por ser obra del magisterio pastoral, cuenta con la asistencia del Espíritu Santo, guarda una respetuosa distancia respecto de la Escritura inspirada. "La Biblia... es el único libro universal de la cristiandad entera"²⁵. Es válida no sólo para todo lugar sino además para toda época.

Esto resulta patente si reconocemos superado el Catecismo para Párrocos de San Pío V, ya que incluye afirmaciones hoy inaceptables: considera históricamente cierto que el llamado Símbolo de los Apóstoles había sido compuesto por los Doce²⁶; afirma que fuera de la Iglesia Católica no puede haber verdaderos santos²⁷; a menudo usa para los no creyentes, judíos y cristianos de otras Iglesias un lenguaje que impide a ciertos párrocos actuales aceptar el ecumenismo y el diálogo religioso²⁸; asume una opinión de escuela, procedente de San Anselmo de Canterbury, al decir

²⁴ Juan Pablo II, *Reconciliatio et Poenitentia*, 26 (se abrevia: RP).

²⁵ Joseph RATZINGER, *Palabra en la Iglesia*, o.c., p. 22.

²⁶ *Catechismus, ex Decreto Concilii Tridentini, ad Parochos, Pii Quinti Pontifex Maximus Editus* (1566); De fide et Symbolo fidei, 2, en la edición bilingüe de Pedro MARTÍN HERNÁNDEZ (Madrid, BAC, 1956) p. 32.

²⁷ Id., De nono articulo, 15, o.c., p. 235.

²⁸ Id., De Baptismi Sacramento, 29; o.c., p. 374.

que sobre el ara de la cruz quedaron aplacadas la ira e indignación divinas²⁹, y que por tanto la Eucaristía es sacrificio de propiciación porque “vuelve a Dios aplacado y benigno”³⁰; además, prohíbe a la mujer casada salir de casa sin permiso del marido³¹, cuestión netamente dependiente de la época y no de la revelación salvadora. La doctrina sobre el matrimonio, demasiado apegada a ciertas afirmaciones rigoristas de los Padres, está superada por el Concilio Vaticano II; por ejemplo, en el consejo, para los casados, de continencia por tres días antes de comulgar³², que los excluiría, ya de la comunión diaria, ya del uso del matrimonio. La verdad hoy mejor conocida por la Iglesia en su permanente diálogo con el Espíritu (DV 8), ya es liberadora en varios aspectos.

En consecuencia, el *Compendio universal de la fe* puede incluir temas sociales que tal vez dentro de algunos siglos o décadas perderán vigencia, tales como el capitalismo y el marxismo, cuyo enfrentamiento data de apenas un siglo y medio, pero compromete de varias maneras la fe.

Tal vez conviene evitar en estos temas las denominaciones, prefiriendo atenerse a las cosas significadas por los nombres, ya que los significados perduran más que los significantes. Basta recordar que en *Laborem Exercens* se llama capitalismo a uno de los socialismos históricos, cosa que Marx tal vez nunca hubiera previsto.

Si el *Compendio universal de la fe* es para nuestra época y para un futuro de duración imprevisible, ha de tratar algunos temas de larga vigencia, incluyendo las consecuencias sociales del credo y de los sacramentos, los derechos humanos, y ciertas ideologías.

4.1. Lo social en el credo y los sacramentos

Tal como se ha propuesto más arriba, la historia de la salvación se puede presentar como una ampliación del Credo en su estructura trinitaria. Para facilitar una comprensión inmediata de las propuestas siguientes,

²⁹ Id., De cuarto artículo, 15; o.c., p. 130.

³⁰ Id., De Eucharistia, 78; o.c., p. 513. Es verdad que la sesión XXII referente al santísimo sacrificio de la Misa, en el cap. 2 también usa la palabra “aplar”, pero es discutible que ella quiera definir el significado del carácter “propiciatorio” de ese sacrificio, aunque generalmente pueda interpretarse así a primera vista y por costumbre. El contexto dice: “Y porque en este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció el mismo cruentamente en el altar de la cruz (He 9, 27); enseña el santo Concilio que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio (Cant 3), y que por él se cumple que, si con corazón verdadero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes “nos acercamos a Dios, conseguimos misericordia y hallamos gracia en el auxilio oportuno” (He 4, 16). Pues aplacado el Señor por la oblación de este sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean...” (Denz 940). Puede percibirse una equivalencia entre el concepto de propiciar y el de interceder para obtener misericordia, quedando prácticamente superfluo el tema del aplacamiento.

³¹ Id., De Matrimonii Sacramento, 27; o.c., p. 678.

³² Id., Eucharistia, 58; o.c., p. 492; De Matrimonii Sacramento, 34; o.c., p. 684.

ellas aluden a los artículos del Credo, y a los sacramentos. Estos pueden incorporarse a la parte cristológica del mismo, luego de una breve introducción eclesiológica y antes de la presentación de la obra del Espíritu Santo a través de la historia de la Iglesia. Aquí sólo se sugieren proyecciones sociales de esos temas doctrinales, indicando algunos documentos recientes del magisterio donde están tratados.

4.1.1. Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Nuestra dignidad viene de ser criaturas semejantes a Dios (LC 27), de la cual surgen derechos y deberes (LC 73), con los cuales nuestra fe nos compromete (GS 21; 41). Dios nos hizo libres (LC 28); nos encargó cuidar la naturaleza para bien de todos (GS 34; LE 13) y destinó los bienes creados para bien de todos (LC 84; LE 12; DP 28), encargándonos construir un mundo justo y fraterno (FC 8). El trabajo debe beneficiar a la persona (LC 6), que por su medio crece como tal (LE 9) y desarrolla la creación que Dios le confía (GS 57). La justa remuneración permite participar de los beneficios de la creación (LE 19). La organización de la economía debe asegurar fuentes de trabajo (LC 87). Dios se presenta como liberador (LC 44) y María canta sus obras en favor de los humildes y hambrientos (RM 37). Estamos llamados a una vida comunitaria (DP 182-184) que se inicia en la familia (FC 64).

4.1.2. Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unico de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho.

Dios hecho hombre nos dignifica y libera (GS 41; DP 169; 192), y dignifica también nuestro trabajo (LE 6). Jesucristo nos hace capaces de construir un mundo nuevo como ofrenda digna al Padre (DP 213).

4.1.3. Creemos que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó en María, la Virgen, y se hizo hombre.

Jesucristo asumió y dignificó la vida familiar, laboral y social (GS 32; LE 24); encarnándose entre los pobres (DP 1141) hizo suya la causa de los desposeídos (LC 6). Denunció las injusticias hacia los pobres (LG 46). Vino a enseñar el derecho y la justicia a las naciones (Is 42,1), y a superar el dominio por las armas (Is 9,5s). En María, Dios dignificó a la mujer (DP 299).

4.1.4. Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos: padeció y fue sepultado.

Jesús rehusó el poder político y el uso de la violencia (DP 182). Sufrió las injusticias de los tribunales que Dios reprueba (Is 53,4-8; 5,23;

Sal 94,20; Prov 18,5; 22,22) y nos felicita si hemos de sufrir lo mismo por su causa (Lc 6,22). Encarna el clamor de liberación de los hombres (DP 194) y nos llama a liberar a los oprimidos (DP 169).

4.1.5. *Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.*

Dios triunfa sobre la injusticia de los hombres (DP 197). Jesús resucitado obra en los que liberan a otros (LC 27) e impulsa a superar los signos de muerte presentes en la sociedad (DP 197).

4.1.6. *Y subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre.*

El triunfo de Jesucristo anima la esperanza activa por un orden social nuevo (LE 27). Al participarnos su comunión trinitaria, Jesucristo anima a construir una convivencia humana que prepara la comunión gloriosa (DP 213).

4.1.7. *Y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.*

Los injustos rechazan la salvación eterna (GS 43).

4.1.8. *Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y que habló por los profetas*³³.

Las enseñanzas sociales de la Iglesia son fruto del Espíritu Santo para cada época. El materialismo es "resistencia al Espíritu" (DEV 56). Los dones del Espíritu de Dios se destinan particularmente a los pobres y a los que sufren (DEV 16). El Espíritu Santo actúa en la historia y en las culturas (DP 201); es espíritu de amor y de libertad (DP 204); despierta anhelos de salvación y liberación (DP 210; 219); renueva las personas, la sociedad, las leyes y las estructuras (DP 199); lleva a que dominemos el mundo cada vez más perfectamente (DP 197). Quien en su evangelización excluye a un solo hombre no posee plenamente el Espíritu de Cristo (DP 205). La evangelización guiada por el Espíritu Santo lleva a liberar (DP 219).

4.1.9. *Creemos en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica.*

La Iglesia es una comunión cuya ley es el amor (LC 58); es una comunidad comprometida con los marginados (LC 68); es servidora solidaria de la humanidad (GS 1;3;40). Su misión tiene consecuencias sociales (GS 42); su enseñanza social promueve una vida digna para todos (LC 68); anuncia dónde se manifiesta el Espíritu Santo y denuncia dónde opera el

³³ Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, 29 (Se abrevia: DEV).

misterio de iniquidad (DEV 29); es un pueblo profético enviado a anunciar el Evangelio y a discernir las voces del Espíritu en la historia (DP 267); debe iluminar las conciencias para favorecer la justicia y la paz (LC 61). En el Pueblo de Dios superamos una fe individualista (DP 235). La Iglesia defiende los derechos de la familia frente al Estado (FC 46), y los derechos de los trabajadores (LE 1); se opone a los colectivismos que violan la libertad personal (LC 73); se opone a todo individualismo económico, social o político (LC 73); se enriquece con la sabiduría y los valores de las culturas autóctonas (FC 10); anima a los laicos a transformar la sociedad (GS 43); en diálogo con los constructores de la sociedad actualiza la ética social (DP 1227).

4.1.10. Reconocemos un solo bautismo para el perdón de los pecados.

Dios nos adopta como hijos y exige portarnos como hermanos (LC 63; GS 24), particularmente con los más necesitados (GS 24). Lo que atenta contra la dignidad del cuerpo humano llamado a ser templo de Dios es profanación que entristece al Espíritu Santo (DP 252). Al renacer en Cristo surge una triple misión como sacerdote, profeta y rey (RH 18; LE 24) y participamos de su señorío sobre la creación y la historia (DP 242). La santidad cristiana exige moral personal y virtudes sociales (DP 252).

4.1.11. Esperamos la resurrección de los muertos.

La humanidad renovada por el Evangelio puede vislumbrar el mundo futuro (LC 27).

4.1.12. Esperamos la vida del mundo futuro.

La espera de la vida eterna compromete a mejorar este mundo para bien de todos (GS 39; 43; 57; LE 27; LC 60). Cristo nos capacita para construir con él un mundo nuevo (RH 16). La vida eterna consiste en gozar del amor que hemos promovido en la tierra (LC 71). María en su cántico anima a expresar la salvación y a ser liberadores (LC 48; 97; 98; 100). Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, donde habita la justicia (LC 58; ver 2 Pe 3,13).

4.1.13. Confirmación.

El Espíritu Santo nos compromete en favor de la justicia y de la paz en el mundo (LE 2). La fuente y la fuerza de toda acción social es la unión con Cristo (RH 18). El Espíritu Santo nos libera del egoísmo causante de opresiones y violencias (LC 53); nos da energía contra toda dominación y servidumbre social o política (GS 29; RH 16). El confirmado es hombre de la Iglesia en el corazón del mundo y hombre del mundo en el corazón de la Iglesia (DP 786).

4.1.14. *Eucaristía.*

La eucaristía es celebración de la fraternidad humana (RH 20). El individualismo destruye la comunión (GS 30; LC 13), como también la injusticia contra los pobres (LC 46). La comunión sacramental celebra el compartir con Cristo en el necesitado (LC 56). Las ofrendas para los pobres junto al altar son un homenaje a Dios (LC 68). "En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1 Jn 3,16).

4.1.15. *Reconciliación.*

El pecado contradice la Alianza de Dios y entre los hombres (FC 58; RP 13; 17); es rechazo del amor y engendra sufrimiento humano (DEV 39); trae desunión a la familia humana (RP 15). Todo pecado personal es social porque tiene consecuencias sociales (RP 16; DP 185; 186). Es pecado gravemente social todo pecado contra el amor o contra la justicia entre las personas o contra la sociedad, especialmente contra los derechos de las personas y más cuando se tienen responsabilidades como dirigente, causante, explotador, encubridor o cómplice, por acción u omisión (RP 16). Muchas leyes y estructuras oprimen a la sociedad (LC 54). La concordia depende de la conversión personal (RP 4; 31; RH 20). El cristiano lucha contra la injusticia para lograr la reconciliación (LC 47; RP 4).

4.1.16. *Unción de los enfermos.*

Jesús es buen samaritano que cura las heridas y destruye lo que opone a los hombres entre sí (LC 55). Los sufrimientos del enfermo unidos a los de Cristo contribuyen a la redención del mundo³⁴.

4.1.17. *Orden sagrado.*

Es parte de la misión propia de las autoridades de la Iglesia comprometer a los laicos en la justicia social (LC 64); deben formar las conciencias para el discernimiento político, económico y social (LC 61; DP 526). A los laicos corresponde organizar la vida social, económica y política (LC 80).

4.1.18. *Matrimonio.*

El cristiano respeta, cuida y defiende la vida (GS 51). La familia fue creada como fundamento de la sociedad humana (FC 42); es la primera escuela del trato digno a cada persona (FC 64); de la opción preferencial por los pobres (FC 36); de la conciencia sanamente crítica (FC 7); y del trabajo (LE 10). Debe armonizar los derechos de las personas con las

³⁴ Juan Pablo II, *Salvifici Doloris*, 27 (Se abrevia: SD).

demás exigencias de la vida social (FC 43). El machismo es la superioridad abusiva del varón que humilla a la mujer (FC 25). Dios quiere la promoción social de la mujer (GS 52). La sociedad debe respetar la dignidad de esposas sin hijos, viudas, separadas, divorciadas y madres solteras (FC 24). La autoridad pública debe respetar el derecho a la paternidad responsable (GS 87), a elegir la educación para los hijos y asegurar la educación religiosa (LC 94; GS 87); debe defender la dignidad del trabajador y de su familia (LC 85). La familia debe preocuparse de que las leyes e instituciones defiendan sus derechos y deberes (FC 44).

4.2. Los derechos humanos

Desde que Dios hace alianza con Abraham, lo compromete con sus descendientes a guardar "el camino de Yahvé, practicando la justicia y el derecho" (Gen 18,19). La Alianza del Sinaí a través del Decálogo exige respetar el derecho a la vida, al trabajo y al descanso, a la dignidad de la familia, a la propiedad, a la verdad e información legítima, a ser juzgado con testigos veraces y juramentos rectos (Ex 20,1-17). La ley se va ampliando en defensa de los desvalidos, que entonces son principalmente el huérfano, la viuda y el extranjero o inmigrante (Jer 22,3). El Mesías anunciado hará reinar el derecho en la tierra y lo enseñará a las naciones, no sólo a los individuos (Is 32,1; 42,1-4). Jesucristo realiza la redención identificándose con el esclavo carente de derechos y víctima de la injusticia (Fil 2,7-8). Deja como tarea buscar la justicia del reinado de Dios, sin la cual no habrá acceso a su reino (Mt 6,33; 5,20).

El tema de los derechos pertenece al eje de la Promesa, de la Alianza y del Reino de Dios, y ha sido objeto de copiosa enseñanza del Magisterio debido a las necesidades agudas de nuestra época. Es bastante poco conocido por el común de los católicos, y merece debida atención a lo largo del *Compendio universal de la fe*.

Es preciso enseñar que toda persona tiene derecho a la vida y a la integridad corporal³⁵; a la defensa contra la sujeción forzosa de la mente (GS 27), a la protección del ambiente físico³⁶, a la protección contra la tortura moral o física (GS 27), a los medios suficientes para un nivel de vida digno; alimentación, vivienda, descanso, recreación, atención médica³⁷; a los medios para desarrollarse por sí mismo (GS 69); al trabajo en condiciones dignas (GS 66): con justa remuneración³⁸, sin dañar la integridad física (RN 35), sin perjudicar el desarrollo de niños y jóvenes (RN 16; 35); sin perturbar las obligaciones femeninas de esposa y madre (DR 11), sin dañar la vida familiar del trabajador, en ambiente de buenas

³⁵ Pío XI, *Divini Redemptoris*, 27 (Se abrevia: DR).

³⁶ Pablo VI, *Octogesima Adveniens*, 21 (Se abrevia: OA).

³⁷ Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 11 (Se abrevia: PT).

³⁸ León XIII, *Rerum Novarum* (Se abrevia: RN).

costumbres, permitiendo dedicar tiempo al culto de Dios (RN 16), permitiéndole asumir responsabilidades en la empresa³⁹ y en la organización global de la economía (GS 67); derecho a la propiedad privada de los bienes necesarios para la libertad personal y familiar (GS 71), a la iniciativa económica (MM 51-58), a participar equitativamente en la riqueza nacional (OA 16), y a los servicios indispensables del Estado en caso de pérdida involuntaria de los medios de subsistencia por enfermedad, invalidez, vejez, viudez, pérdida del empleo u otra causa ajena a la propia voluntad (PT 11).

Toda persona tiene derecho al respeto y a la buena reputación (PT 9), a honrar a Dios según su recta conciencia en privado y en público (DR 27), a buscar la verdad (PT 9), a una información objetiva sobre los asuntos públicos (PT 9), a exigir enmienda de la información falsa, deformada, omitida u ofensiva⁴⁰; a la protección de los periodistas en situaciones de conflicto (CP 36); a manifestar y defender sus ideas (CP 33); a practicar cualquier arte o profesión honesta (PT 9); a la educación y a la cultura (GS 60), especialmente a una instrucción fundamental para el bien común (GS 60), a una capacitación conforme al desarrollo del país (PT 9), a los estudios más altos según su capacidad (PT 9) y a una educación religiosa (GS 61). Tiene derecho a reunirse (PT 13), a asociarse libre y responsablemente (RN 38-40), a ascender y descender dentro de las asociaciones responsablemente (PT 13), a sindicalizarse y designar representantes inmunes de represalias (GS 68), a la legítima defensa, incluso mediante la huelga (GS 68; OA 14); a casarse libremente o también consagrarse a Dios en el celibato (GS 52); a la protección de la vida privada y familiar, del domicilio y de la correspondencia postal⁴¹; a procrear, mantener, educar y defender a los propios hijos (GS 52); a no ser discriminado por razón del sexo, raza, color, condición social, lengua, religión o nacionalidad (GS 29; 66); a residir y trasladarse dentro del propio país o a emigrar (PT 14); a no ser arbitrariamente detenido, deportado o condenado (GS 27); a tribunales imparciales, independientes y eficaces, con normas objetivas e iguales para todos (PT 15; GS 27); a participar en la gestación de las normas y autoridades públicas (GS 75); a conocer y ejercer sus derechos cívicos (GS 75).

4.3. Las ideologías políticas y económicas

Una catequesis de adultos que necesitan comprender en forma suficiente las raíces de los desafíos planteados por el mundo a su fe, necesita incluir orientaciones precisas frente a las ideologías vigentes y recurrentes.

³⁹ Juan XXIII, *Mater et Magistra*, 82 (Se abrevia: MM).

⁴⁰ PONTIFICIA COMISION PARA LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL, *Communio et Progressio*, 41 (Se abrevia: CP).

⁴¹ Pío XII, *Mensaje de Pentecostés de 1941*, 11 (Se abrevia: MP 1941).

La palabra del Magisterio eclesiástico es ciertamente otro efecto importante de la actuación del Espíritu Santo conduciendo al Pueblo de Dios hacia un conocimiento más pleno de las consecuencias de la revelación divina. El *Compendio universal de la fe* puede presentar estos temas dentro de la historia reciente de la Iglesia, invitando también a un permanente discernimiento, en que laicos y jerarquía colaboren desde sus propias competencias y carismas para la adecuada orientación de los católicos y de todas las personas de buena voluntad.

4.3.1. Anarquismos.

Como reacción frente a sistemas de gobierno autoritarios en el siglo XIX, surgieron en diversos países de amplia tradición cristiana varias teorías opuestas a la existencia misma de la autoridad estatal. El anarquismo egoísta reconocía como válido en la sociedad sólo lo que sirve al yo⁴². El sedicente anarquismo libertario se oponía a toda ley, llegando a predicar con el ejemplo el asesinato⁴³. El llamado anarquismo socialista propone evitar el abuso de la fuerza pública y la existencia de leyes explotadoras, que conduce en los gobernados al servilismo o a la violencia, suprimir el Estado, sustituyéndolo por pequeñas comunidades autónomas con cooperación mutua⁴⁴.

El Papa León XIII publicó entonces varias encíclicas para explicar el sentido cristiano del poder político: *Diuturnum* (1881), *Inmortale Dei* (1885), *Libertas* (1888). Denuncia el anarquismo como un error que pretende suprimir toda autoridad creyendo beneficiar así al individuo o a la sociedad. El Concilio Vaticano II enseñó que "para lograr una vida más plenamente humana", es necesaria "una comunidad más amplia... en orden a una mejor procuración del bien común" (GS 74). Además: "A fin de que por la pluralidad de pareceres no perezca la comunidad política, es indispensable una autoridad que dirija la acción de todos hacia el bien común; no mecánica o despóticamente, sino obrando principalmente como una fuerza moral, que se basa en la libertad y responsabilidad de cada uno" (GS 74).

4.3.2. Individualismo liberal.

Desde el siglo XVII hubo quien asignó al Estado por única finalidad la protección de la propiedad privada⁴⁵. En el siglo siguiente se llegó a

⁴² Max Stirner, seudónimo de Kaspar Schmidt.

⁴³ NETCHIAEV, *Catecismo de un revolucionario*, 1869.

⁴⁴ William GODWIN, *Investigación sobre la justicia política*, 1793. Henry THOREAU, *La desobediencia civil*, 1849. Pedro José PROUHON, *¿Qué es la propiedad?* 1840. Miguel BAKUNIN, *Catecismo de un revolucionario*, 1870. Pedro KROPOTKIN, *La ciencia moderna y la anarquía*, 1896.

⁴⁵ John LOCKE, *Tratado sobre el gobierno civil*, 1690.

pensar que el interés de lucro regula automáticamente la actividad económica si se deja libre juego a la competencia, como por una mano invisible⁴⁶. Se llegó a considerar nociva la acción del Estado e incluso de los particulares para aliviar la miseria, sin advertir que estas afirmaciones son incompatibles con el seguimiento de Cristo que profesaban algunos de sus sostenedores⁴⁷. El individualismo liberal es un sistema económico que libera el afán de lucro de los poseedores, limita la intervención del Estado en la economía y oprime en consecuencia a los desposeídos. Al observar las consecuencias desastrosas de este sistema para las mayorías empobrecidas, el Papa León XIII lo condenó en la encíclica *Rerum Novarum* de 1891 porque pone el afán de lucro por encima del bien común, y enseñó el deber del Estado de asegurar para los trabajadores un nivel de vida digno, mediante una legislación reguladora de la actividad económica.

4.3.3. Capitalismo.

A consecuencias del liberalismo político se desarrolló un sistema económico en el cual unos ponen el capital y otros el trabajo, organizando las empresas en beneficio de los primeros, que son quienes toman las decisiones. En el siglo XIX se destacaron muchos laicos católicos realizando estudios acerca de los problemas causados por este sistema económico a la humanidad, tales como el Dr. Fodere, el Dr. Villermé, el prefecto Alban de Villeneuve-Bargemont y Federico Ozanam en Francia; Eduardo Ducpetiaux en Bélgica; Carlos von Vogelsang en Austria; el siervo de Dios José Toniolo en Italia. Algunos de ellos tuvieron influjo directo en la legislación, como también Lorenzo Montt y Pedro Palazuelos en Chile, Armand de Melun en Francia, el barón von Shorlemer-Alst en Prusia, Ruys de Beerenbrouck en Holanda; el protestante Daniel Legrand y el católico Gaspar Decurtins en Suiza que propusieron lo que hoy es la Organización Internacional del Trabajo.

Las causas morales y las consecuencias sociales de la creciente industrialización organizada con criterios capitalistas, fueron analizadas por filósofos y teólogos como Jaime Balme en España, Luis Taparelli d'Azeglio en Italia, Guillermo von Ketteler en Alemania, y contrarrestadas por organizaciones de trabajadores tales como los círculos obreros, sindicatos, mutuales, cooperativas y patronatos creados desde 1865 por el P. Antonio Vicent en España y difundidos en muchos países.

Las experiencias pastorales de obispos que enfrentaron graves conflictos entre trabajadores y empresarios apoyados por los gobiernos, tales como Enrique Eduardo Manning en Inglaterra, Jaime Gibbons en los

⁴⁶ Adam SMITH, *Ensayo sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, 1776.

⁴⁷ Tomás Roberto MALTHUS, *Ensayo sobre el principio de población*, 1798. Era pastor anglicano.

Estados Unidos de Norteamérica, y Gaspar Mermillod en Suiza, condujeron a gestar la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, cuya enseñanza es actualizada por Pío XI en *Quadragesimo Anno* (1931), por Pío XII en su Mensaje de Pentecostés de 1941, por Juan XXIII en *Mater et Magistra* (1961), por Pablo VI en *Octogesima Adveniens* (1971), por Juan Pablo II en *Laborem Exercens* (1981), y por muchos obispos y conferencias episcopales.

El Papa Pablo VI describe el capitalismo liberal como un "sistema nefasto" que "considera el lucro como motor esencial del progreso económico; la libre competencia de precios en el mercado, como la ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes"⁴⁸.

4.3.4. Socialismo.

Se llama socialismo un sistema económico y político basado "en la propiedad colectiva de los bienes de producción, por lo menos de los más importantes"⁴⁹.

Inspirados en las ideas de Platón en la Antigüedad y en la *Utopía* de Santo Tomás Moro en la época del Renacimiento europeo, varios pensadores propusieron durante el siglo XIX sistemas cooperativos o comunitarios para organizar empresas e incluso el Estado. El Dr. Felipe José Buchez, llamado a veces "padre del socialismo cristiano", en 1833 en un estudio denuncia que una clase poseedora de los medios de producción hace trabajar en su beneficio y no en el de todos, a los que nada poseen, llegando después de la revolución de 1848 en Francia a ser presidente de la Asamblea Nacional. Los pastores anglicanos Frederic D. Maurice y Charles Kingsley influyen en la legislación social inglesa desde el partido laborista, que participa desde esa época en organizaciones internacionales socialistas.

El Papa Pío XI, al observar la moderación de varias corrientes socialistas, que no pretenden la abolición del Estado ni de la propiedad privada, ni usan métodos violentos, llega a afirmar que "el socialismo parece inclinarse y hasta acercarse a las verdades que la tradición cristiana ha mantenido siempre inviolables" (QA 113, edición BAC, Madrid). Un sistema socialista se hace inmoral cuando concentra excesivo poder en el Estado, originando "opresión, manipulación y discriminación de las personas y de los grupos por motivos de orden político, haciendo ilusoria la democracia, la igualdad, y la participación que en principio se proclama"

⁴⁸ Pablo VI, *Populorum Progressio*, 26 (Se abrevia: PP).

⁴⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Evangelio, política y socialismos. Documento de Trabajo*. 27.5.1971, n. 25 (Se abrevia: EPS).

(EPS 26). En la lucha de clases instaurada por los capitalistas que impiden a los trabajadores intervenir decisivamente en las empresas y participar en la propiedad y beneficios de las mismas, el cristiano puede participar, "siempre que se abstenga de enemistades y de odio mutuo" (QA 114). "Esta lucha debe ser vista como una dedicación normal "en favor del justo bien: en este caso, por el bien que corresponde a las necesidades y méritos de los trabajadores asociados por profesiones: pero no es una lucha "contra" los demás. Si en cuestiones controvertidas asume también un carácter de oposición a los demás, esto sucede en consideración del bien de la justicia social y no por la "lucha" o por eliminar al adversario" (LE 20).

4.3.5. *Comunismo.*

Desde la primera mitad del siglo XIX se difundió la tesis de Platón de que debía suprimirse la propiedad privada, especialmente de los medios de producción. La experiencia histórica demuestra que esa supuesta solución a veces asegura a todos un nivel suficiente de subsistencia, pero no libera a los trabajadores de la explotación económica, que transfiere a otros parte considerable del fruto de su trabajo; ni de la opresión política, que les quita los derechos de reunirse libremente, de expresar públicamente sus necesidades y opiniones y de organizarse.

Frente a la necesidad de cambios exigidos por la conciencia moral ante la miseria de grandes mayorías, la Iglesia enseña: "Estas múltiples y deseadas reformas no pueden llevarse a cabo mediante la eliminación pura y simple de la propiedad privada de los medios de producción. En efecto, hay que tener presente que la simple sustracción de esos medios de producción (el capital) de las manos de sus propietarios privados, no es suficiente para socializarlos de modo satisfactorio. Los medios de producción dejan de ser propiedad de un determinado grupo social, o sea de propietarios privados, para pasar a ser propiedad de la sociedad organizada, quedando sometidos a la administración y control directo de otro grupo de personas, es decir, de aquellas que, aunque no tengan su propiedad por más que ejerzan el poder dentro de la sociedad, disponen de ellos a escala de la entera economía nacional, o bien de la economía local.

Este grupo dirigente y responsable puede cumplir su cometido de manera satisfactoria desde el punto de vista de la primacía del trabajo; pero puede cumplirlo mal, reivindicando para sí al mismo tiempo el monopolio de la administración y disposición de los medios de producción, y no dando marcha atrás ni siquiera ante la ofensa a los derechos fundamentales del hombre" (LE 14).

Además, la Iglesia defiende el derecho a la propiedad privada de los bienes de consumo, de los bienes de uso tales como la vivienda y otros semejantes, para preservar la libertad e intimidad de la persona y de la

familia, y también de los bienes de producción. Sin embargo, "La tradición cristiana no ha sostenido nunca (el derecho de propiedad) como absoluto e intocable. Al contrario, siempre lo ha entendido... como subordinado al derecho al uso común, al destino universal de los bienes... Esto se refiere de modo especial a la propiedad de los medios de producción... Estos no pueden ser poseídos contra el trabajo, no pueden ser ni siquiera poseídos para poseer, porque el único título legítimo para su posesión —y esto ya sea en la forma de la propiedad privada, ya sea en la de la propiedad pública o colectiva—, es que sirvan al trabajo; consiguientemente que, sirviendo al trabajo, hagan posible la realización del primer principio de aquel orden, que es el destino universal de los bienes y el derecho a su uso común" (LE 14).

De hecho, los partidos comunistas en el siglo XX, no por persuasión y elección, sino siempre mediante revoluciones sangrientas, han establecido dictaduras regidas por ellos con el nombre de dictadura del proletariado, que concentran creciente poderío político, económico y militar, agravado frecuentemente por la opresión de la libertad religiosa, el monopolio educativo con enseñanza sistemática del ateísmo, y despiadados sistemas carcelarios o de trabajos forzados para los disidentes.

Largas y dolorosas experiencias analizadas a la luz del Espíritu Santo, llevan a la Iglesia a rechazar "la violencia terrorista y guerrillera, cruel e incontrolable cuando se desata. De ningún modo se justifica el crimen como camino de liberación. La violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y esclavitud, de ordinario más graves que aquellas de las que pretende liberar. Pero, sobre todo, es un atentado contra la vida que sólo depende del Creador" (DP 533).

Para evitar la propagación del comunismo, la Iglesia propone que cada cristiano sea consciente de su dignidad de hijo de Dios y conozca sus derechos y deberes con ayuda de la enseñanza social de la Iglesia; que los propietarios de los medios productivos cumplan sus obligaciones sociales; y que el Estado asegure trabajo digno y distribución equitativa de las cargas y beneficios sociales (DR 75).

4.3.6. *Nacionalismo.*

A partir de la independencia de diversos pueblos, se ha desarrollado el afecto filial a la patria o tierra de los padres en formas no siempre aceptables para un cristiano, que llaman nacionalismo. Es aceptable si significa afecto solidario a los connacionales como miembros de una amplia familia y afán por el bien común.

Dios previno a su pueblo elegido contra un excesivo orgullo: "Esto afirma el Señor: 'Israelitas, para mí no hay diferencia entre ustedes y los etíopes. Así como los traje a ustedes de Egipto, así traje también de Creta a los filisteos y de Kir a los arameos'" (Am 9,7).

El cristiano no debe aceptar una ideología nacionalista cuando pretende identificar la lealtad patriótica con la adhesión a un gobierno, a un régimen de gobierno, o al Estado al cual deban sacrificarse los derechos de los ciudadanos; o cuando desarrolla una mentalidad despreciativa o, peor aún, agresiva respecto de las demás naciones.

Para evitar esas desviaciones, que incluso en nuestra época han pretendido anteponer la lealtad a un gobierno o a un jefe de Estado por encima de la fidelidad a Dios, el Concilio Vaticano II enseña: "Cuiden los gobernantes de no entorpecer las asociaciones familiares, sociales o culturales, los cuerpos o las instituciones intermedias, y de no privarlos de su legítima y constructiva acción, que más bien deben promover con libertad y de manera ordenada. Los ciudadanos, por su parte, individual o colectivamente, eviten atribuir a la autoridad política todo poder excesivo, y no pidan al Estado de manera inoportuna ventajas o favores excesivos, con riesgo de disminuir la responsabilidad de las personas, de las familias y de los agrupaciones sociales" (GS 75).

En diversos países se ha establecido un sistema llamado de seguridad nacional, rechazado por la Iglesia si incurre en las siguientes características: "Cuando las autoridades políticas regulan el ejercicio de las libertades, no han de poner como pretexto exigencias de orden público y de seguridad para limitar sistemáticamente estas libertades. Ni el pretendido principio de la "seguridad nacional", ni una visión económica restrictiva, ni una concepción totalitaria de la vida social, deberán prevalecer sobre el valor de la libertad y de sus derechos" (LC 95).

Ese sistema invierte el concepto legítimo de seguridad nacional, que es el resguardo jurídico y físico de las personas, de las familias, de las asociaciones y del territorio frente a catástrofes naturales o a agresiones por parte de grupos internos o externos.

El sistema de seguridad nacional es una manera de gobernar suspendiendo los derechos personales y ciudadanos con el pretexto de enfrentar el terrorismo y el comunismo, que conduce a un terrorismo estatal, a métodos policiales abusivos e indignos, a la incapacidad del poder judicial para defender eficazmente a las personas, con la consiguiente inseguridad de los ciudadanos y de los mismos gobernantes.

Los obispos latinoamericanos han debido enseñar frente a este sistema: "La tortura física y psicológica, los secuestros, la persecución de disidentes políticos o de sospechosos y la exclusión de la vida pública por causa de las ideas, son siempre condenables. Si dichos crímenes son realizados por la autoridad encargada de tutelar el bien común, envilecen a quienes los practican, independientemente de las razones aducidas" (DP 531).

La extendida ignorancia de los adultos frente a estas ideologías que en diversa medida atentan contra la fe y costumbres cristianas hace impe-

rioso enseñar la doctrina católica referente a ellas en un *Compendio universal de la fe*.

V. Propuesta sobre Mandamientos de la Iglesia

Al menos desde el siglo XV circulan con alta estabilidad en los catecismos, entre cinco y diez preceptos de la Iglesia para todos los fieles, que difieren según los países, y con variaciones leves para algunas diócesis. El *Catecismo para Párrocos* de San Pío V no toca el tema.

El *Compendio de la fe* puede incluir unos preceptos de la Iglesia para todos los fieles católicos, seleccionados para transmitir las nuevas actitudes postconciliares. A la hora de elegir esos preceptos, el nuevo Código de Derecho Canónico es ayuda oportuna. Está elaborado precisamente para dar forma legislativa a la renovación conciliar. El renovado espíritu evangelizador no se opone a la necesaria legislación, así como la Buena Noticia de Jesucristo incluye normas precisas para hacer efectivas las actitudes propias de la Nueva Alianza, como se ve abundantemente en el Sermón de la Montaña y en todo el Nuevo Testamento.

Una dificultad viene de la abundancia de leyes canónicas concernientes a todos los fieles. Algunos tal vez las desestiman, por asociar erróneamente el concepto de Mandamientos de la Iglesia al de catecismo de niños. Al promulgar Mandamientos de la Iglesia es preciso pensar primero que nada en los fieles adultos. Los niños los aprenderán aunque todavía no deban cumplirlos, como se ha hecho naturalmente con el diezmo y el ayuno.

Aquí se presenta para la discusión un proyecto en dos listas de mandamientos de la Iglesia, con el fin de facilitar el aprendizaje: siete compromisos de todo fiel católico, y siete preceptos sobre los sacramentos. Se han confeccionado con los siguientes criterios:

- a) adecuarse al Concilio a través del nuevo Código de Derecho Canónico;
- b) señalar obligaciones que todos los fieles necesitan conocer, aunque algunas sólo se puedan cumplir en edad adulta;
- c) formularlas teniendo en vista más la práctica pastoral que la prolijidad jurídica;
- d) enunciar mandamientos que sean: pocos, claros, de enunciado positivo y memorizables.

Para facilitar la discusión y también la posterior explicación catequística, se indican junto a cada proyecto de precepto, los cánones del Código que lo fundamentan.

Compromisos de todo fiel católico

- 1º Mostrar nuestra fe en Jesucristo con obras y palabras según el propio estado de vida. c. 210; 211; 759; 774; 781.
- 2º Acatar la enseñanza de los obispos en comunión con el Papa y evitar pleitos en el pueblo de Dios. c. 212; 752; 753; 754; 1371; 1446.
- 3º Sostener económicamente a la Iglesia y promover la justicia social. c. 222.
- 4º Unirse al sacrificio de Cristo los viernes y en Cuaresma con las obras señaladas por la Iglesia. c. 1250; 1251; 1252; 1253.
- 5º Defender en toda persona la vida y el cuerpo incluso desde antes de su nacimiento. c. 1397; 1398.
- 6º Utilizar los medios de comunicación social en bien de las personas y de la fe cristiana. c. 822; 1369.
- 7º Solidarizar con la Iglesia frente a grupos contrarios y nunca trabarle su libertad. c. 209; 1374; 1375.

Preceptos sobre los sacramentos

- 1º Hacer bautizar cuanto antes a los hijos y educarlos humana y cristianamente. c. 796; 797; 867; 1136; 1366.
- 2º Confirmarse a su tiempo y prepararse a los sacramentos pedidos para sí o para los hijos. c. 774; 867; 890; 913; 914; 1065; 1380.
- 3º Celebrar con la comunidad la Eucaristía los domingos y fiestas de Iglesia. c. 898; 1246.
- 4º Comulgar dignamente con frecuencia y al menos por Pascua de Resurrección. c. 898; 912; 915; 916; 917; 918; 919; 920.
- 5º Reconciliarse sacramentalmente cuanto antes al reconocerse en pecado grave. c. 916; 989.
- 6º Animar a los enfermos y ancianos de la familia a comulgar y recibir a su tiempo la Santa Unción. c. 921; 922; 1001.
- 7º Cuidar la santidad del Orden Sagrado y del Matrimonio informando si hay impedimento en quienes los piden. c. 1043; 1069.

Reflexión Pastoral

Hay al menos tres situaciones candentes en América Latina que parecen exigir como antídoto un buen *Compendio de la fe*: la adhesión incoherente de muchos católicos a ideologías incompatibles con la fe cristiana tales como el capitalismo liberal, el marxismo materialista y la idolatría de la Seguridad Nacional, por una parte; la incorporación de muchos bautizados a los nuevos grupos religiosos abandonando la Iglesia en que fueron sacramentados, por otra; por último pero no por ínfimo, la secularización de la cultura que disminuye constantemente la presencia de signos cristianos en la sociedad y en las personas.

Sin embargo, no debe esperarse que la publicación de un documento resuelva por sí sola estos problemas.

La causa de la adhesión de muchos católicos a sistemas económico-políticos centrados en el lucro individual, en la estatización forzosa de la propiedad productiva suprimiendo la libertad de conciencia, o en la hegemonía de las fuerzas armadas sobre la ciudadanía, no es la ignorancia religiosa. Hay clérigos y laicos comprometidos en estas posturas contrarias a la doctrina social de la Iglesia. Quienes entre ellos ejercen liderazgo ideológico a menudo exhiben diplomas de las universidades católicas.

Lo que hace falta para superar estas situaciones es un compromiso más efectivo de las autoridades y comunidades de la Iglesia con los pobres y en especial con los trabajadores. Esta opción exige atenderlos directamente y además cuestionar las estructuras legales e internacionales que los despojan constantemente de los medios de vida. Si todo católico se dedica según su vocación personal a eliminar la miseria en el mundo por amor a Jesucristo, perderá sentido la tentación de hacerse capitalista liberal, materialista totalitario o partidario de la represión armada. Si esta opción por los pobres, a la siga de la opción de Dios, de Jesucristo y de los santos de su Iglesia caracteriza a los católicos, la variedad de iniciativas responsables de los laicos en este sentido originará una renovación de la Iglesia desde la base, que incentivará el afán formativo como una consecuencia. Es aquí donde la claridad de un catecismo de adultos prestará un servicio⁵⁰.

El aumento de la participación en sectas y grupos religiosos de dudoso origen no se frena con la sola denuncia de su inconsistencia doctrinal o de las tácticas de fascinación psicológica que a menudo utilizan. La Iglesia ha de corregir los vacíos que ellos llenan con su modo de actuar: 1) mejorar la calidad fraterna, orante y servicial de nuestras comunidades

⁵⁰ A medida que se comprometen en el mundo y en la Iglesia los laicos adquieren el catecismo chileno de adultos de Ch. MULLER, *Nuestra Fe*, Santiago, ONAC, 1980-1986, 5 tomos.

diocesanas, parroquiales, escolares y de base, donde cada participante se sienta satisfecho de ser cristiano; 2) valorar lo afectivo y no sólo el discurso doctrinal en el culto, satisfaciendo así una necesidad de misticismo accesible al pueblo sencillo; 3) mantener una relación personal cercana de los animadores espirituales con los miembros de la comunidad y de esos animadores con el Obispo; 4) mantener una presencia religiosa (no sólo noticiosa, doctrinal o polémica) en la radio, televisión y prensa, y hacer buen uso de los videogramas y sonogramas para crear clima espiritual en las reuniones; 5) comprometer a los fieles en la contribución económica efectiva, que mantiene la conciencia de participante y sostiene la acción misionera para hacer llegar personas y mensajes hasta los lugares más apartados.

La secularización de la cultura no es un hecho puramente negativo. La Iglesia reconoce la legítima autonomía de las ciencias, de las artes, de las técnicas y del pensar filosófico, que no necesitan una tuición de la institución eclesiástica para desarrollarse (GS 36). Pero le acompaña una serie de factores que ponen en jaque a la fe cristiana: campañas de laicismo legislativo o de ateísmo militante, permisivismo en las costumbres y en su presentación en los medios de comunicación pública, ridiculización de las actitudes cristianas respecto de la familia, los pobres, los armamentos; y cierta cobardía de muchos cristianos para orar en familia, en los medios de transporte y en otros lugares públicos mientras otros no tienen vergüenza de ostentar sus vicios y pecados.

Por cierto, la minimización del valor de la fe religiosa en nuestra civilización científico-tecnológica exige una introducción a la fe en el proyectado *Compendio* y una iniciación a la vida de fe en todo proceso de catequesis. Habrá que cuidar que esa introducción a la fe no se confeccione sólo con criterios occidentales, teniendo presentes las necesidades de los ambientes donde predominan el Islam, el hinduismo, el budismo u otras religiones más locales. Si la secularización está en conflicto con esas religiones, no deja de ser fuerte la influencia de ellas en las diferentes culturas. La introducción a la fe cristiana en el *Compendio* deberá tener en cuenta lo positivo de la secularización y de las demás religiones, y además proponer renovadas actitudes cristianas frente a un mundo que privatiza la religión.

Las tres situaciones señaladas tienen una componente intelectual, pero son mucho más que cuestiones doctrinales o teológicas: constituyen desafíos pastorales. Exigen a la Iglesia no sólo enseñar sino también actuar: un compromiso efectivo con las masas empobrecidas, una vitalización cristiana de sus comunidades, una educación espiritual de sus miembros. Por su parte, la acción catequística no puede limitarse a aclarar la dimensión cognoscitiva de estos problemas. Como ha hecho tradicionalmente, deberá integrar la enseñanza en una vivencia afectiva, cultural y práctica mediante la incorporación de los fieles en comunidades transformadoras de las

personas y del mundo según el Espíritu de Jesucristo, mediante itinerarios adaptados a las parejas de casados, a los trabajadores de diversos ambientes y a los cristianos de todas las edades.

En la línea de lo dicho al comienzo de estas reflexiones, si la Iglesia no despliega una acción efectiva de carácter personalizante, comunitario, histórico y celebratorio, un documento orientador de los solos aspectos doctrinales puede errar el blanco eclesial de ayudar a crecer, a compartir, a servir transformando y a celebrar, que son aspectos esenciales del proceso liberador inaugurado por Jesucristo.

RECENSIONES

Charles MULLER, *Nuestra Fe. Exposición General del Misterio Cristiano para el Hombre Latinoamericano de hoy*. Santiago de Chile, ONAC, 1980-1987. 5 tomos de 170 a 250 págs. y con 10 a 15 fotografías blanco y negro c/u.

Esta obra fue decidida por la Conferencia Episcopal de Chile en su asamblea plenaria de 1968 y encargada al autor, profesor de la Facultad de Teología, del Instituto Arquidiocesano de Catequesis, además párroco en un populoso sector.

El método expositivo parte de situaciones humanas, procura abrirse al diálogo con respuestas ajenas a la fe, para luego ofrecer la propuesta católica frente a cada tema en base a la doctrina conciliar y postconciliar de Medellín a Puebla, mostrando la mutua iluminación entre la condición humana y el misterio cristiano. Su afán de buscar comparaciones, imágenes y ejemplos lo mantiene en el género catequístico.

Cada capítulo consiste en una exposición doctrinal con un texto básico y otro secundario, en letra algo menor, a lo cual sigue una parte ilustrativa con textos del Magisterio eclesiástico, de la liturgia, de autores espirituales, de teólogos, testimonios, anécdotas. Termina siempre con un breve resumen didáctico y una propuesta de lecturas bíblicas. Cada tomo termina con una bibliografía accesible en castellano, y con un índice temático del mismo y de los anteriores.

Su destinatario es el personal apostólico de la Iglesia, en especial los candidatos al diaconado permanente y a los ministerios y servicios laicales, además de los religiosos, religiosas y sacerdotes que desean contar con una síntesis actualizada y pastoral de la fe católica, e incluso de la teología de uso ya común.

El tomo 1, *La cuna de nuestra fe: Israel*, es una introducción a la fe y al Antiguo Testamento. Después de un planteamiento global sobre el sentido de la vida presenta la Biblia como una gran historia, Palabra de Dios y libro para la oración, y luego el Dios de la promesa, liberador, único, creador, que hace Alianza, santo y misericordioso, que viene.

El tomo 2, *Dios con nosotros: Jesucristo*, hace una introducción al fenómeno Jesús y a los Evangelios. La parte medular presenta la vida, enseñanza, obra, misterio y persona de Jesucristo, la Trinidad y María. Se destacan los capítulos sobre el Liberador, la acción política y la presencia de Jesucristo en América Latina desde la primera evangelización cristocéntrica hasta la religiosidad popular masiva actual, sobre todo lo cual ofrece precisas orientaciones.

El tomo 3, *La Iglesia, familia de Dios*, después de un preámbulo sobre la imagen externa de la Iglesia en América Latina y sobre el Con-

cilio Ecuménico Vaticano II, explica la naturaleza de la Iglesia en base a *Lumen Gentium* y luego su misión, complementando *Gaudium et Spes* con explicaciones sobre el problema ecuménico, los estados de vida, las apariciones y milagros atribuidos a María. Termina con una síntesis de historia de la Iglesia Universal y latinoamericana.

El tomo 4, *Los sacramentos, manantial de vida. La vida eterna*, retoma el tema de la vida y de sus signos para presentar la sacramentología general y especial con referencias a los sacramentales, a la liturgia y a su celebración cuando no hay sacerdote. La Escatología presenta en forma actualizada el tema de la vida eterna y su incidencia en los compromisos en el mundo.

El tomo 5, *El modo cristiano de vivir: vida espiritual, ética personal y social*, está en prensa.

A veces el autor manifiesta sus experiencias europeas de campo de concentración o su admiración por Karl Rahner, a quien ha traducido varias obras al francés, pero los dos tercios de sus cincuenta años de sacerdocio vividos en América Latina marcan su simpatía y su empeño de encarnación entre nosotros, manifiestos en los enfoques y situaciones tratadas en este catecismo de adultos.

Hno. Enrique García A. f.s.c.

DECAT. *Líneas Comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina*. Bogotá, CELAM, 1985. 178 págs. Colección DECAT. 1.

Después de una amplia consulta a las conferencias episcopales, el Departamento de Catequesis del CELAM (DECAT) compuesto por cinco obispos elegidos y por cinco expertos nombrados por ellos, ha publicado este documento que refleja un consenso de la catequesis renovada en América Latina. No tiene carácter de norma vinculante sino de orientación y servicio clarificador.

En la línea de *Dei Verbum* parte estableciendo una relación entre catequesis y revelación divina. Explica las dimensiones personal, comunitaria, social, cristocéntrica, existencial, histórica, liberadora y dinámica de la catequesis en base a las respectivas características de la revelación divina, concluyendo en la necesidad de interacción entre mensaje y vida y en la necesidad de inculturación.

Divide las fuentes de la catequesis en primarias: Tradición, Sagrada Escritura, Magisterio, Liturgia y testimonio eclesial; y subsidiarias: las obras de la creación y la acción del Espíritu Santo en la humanidad; concluyendo en la necesidad de una triple fidelidad: a Dios, a la Iglesia y al hombre. Acentúa así la eclesialidad que no estaba tan presente en el magisterio pastoral reciente, que sólo hablaba de fidelidad a Dios y al hombre.

Al describir la catequesis en América Latina, propone como acentos el carácter comunitario, situacional, misionero y liberador, y como destinatarios preferenciales los pobres, los jóvenes, la familia y los constructores de una sociedad más justa.

Centra el mensaje en Jesucristo, la Iglesia y el hombre, afirmando la necesidad de variar el lenguaje, las formulaciones y acentuaciones según diversas situaciones pastorales, ofreciendo varios ejemplos.

Propone criterios catequéticos, actividades pedagógicas y exigencias metodológicas frente a la religiosidad popular en 10 páginas.

El tema de la pedagogía, metodología y didáctica que a principios de siglo ocupaba casi todo lo que se entendía por teoría catequética, explica a Jesús como pedagogía de Dios que libera, el método como fidelidad al Espíritu Santo con buen uso de las ciencias humanas, y las condiciones de una buena comunicación de acuerdo a las edades y culturas, situando el lugar de la memoria, de los itinerarios o procesos programados, de los grupos y de cada sesión en la educación de la fe.

Señala como lugares de la catequesis la Iglesia particular y la comunidad parroquial, eclesial de base, familiar, escolar y otras, suponiendo en ellas el testimonio de fe y caridad.

Para la formación de catequistas indica el ideal, las condiciones, los niveles y modos.

Termina señalando criterios para la estructuración de la catequesis en una pastoral orgánica.

Este documento ha sido editado ya en doce países, incluyendo a veces preguntas adicionales para su mejor análisis y aplicación por los catequistas de base. Su lenguaje es sencillo y claro, con frecuentes referencias al Magisterio eclesiástico universal y latinoamericano.

Hno. Enrique García A. f.s.c.

INDICE DEL VOL. XIII (1987)

ARTICULOS

- ANTONCICH, R. **La doctrina social de la Iglesia como praxis de liberación ante el secularismo y el materialismo** 49, 74 - 90
- Reflexiones teológicas sobre los dinamismos del progreso humano** 51, 391 - 412
- CARABES PEDROZA, J. **Don Vasco de Quiroga, evangelizador de Michoacán, México** 50, 257 - 288
- GARCIA AHUMADA, E. **Aportes liberadores a un compendio universal de la fe católica** 52, 526 - 571
- GONZALEZ, C. I. **Vetas de la soteriología agustiniana** 49, 48 - 73
- La dormición de María en la predicación del Damasceno** 51, 314 - 342
- GONZALEZ DORADO, A. **Los religiosos en la historia de la evangelización de América Latina** 49, 18 - 47
- Evangelización integral y comunidades amerindias. Un nuevo modelo evangelizador para las comunidades aborígenes de América Latina** 50, 145 - 212
- El catolicismo de los conquistadores en la religiosidad popular paraguaya** 51, 343 - 390
- Pueblo de Dios, Religiosidad Popular y Catequesis** 52, 497 - 525
- INTERDONATO, F. **La experiencia de Dios en las "Confesiones" de San Agustín** 49, 102 - 119
- MADRIGAL SALAS, A. **El catecismo en la catequesis** 52, 479 - 489
- MESA, G. E. **La enseñanza del catecismo en el Nuevo Reino de Granada** 50, 213 - 256
- MERLOS ARROYO, F. **Catecismos Nacionales y Compendio Universal de la Fe** 52, 490 - 496
- MORIN, A. **El "catecismo o compendio universal". Antecedentes históricos** 52, 453 - 469
- MUNERA VELEZ, D. **Sentido pascual de la liberación cristiana (según la Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación de la Congregación para la Doctrina de la Fe)** 49, 91 - 101
- NERY, J. J. **Un catecismo universal... ¿para qué?** 52, 440 - 452
- PEREZ MORALES, O. **El Obispo en el Presbiterio** 51, 289 - 313
- SCANNONE, J. C. **Interrelación de realidad social, pastoral y teología** 49, 3 - 17
- VIOLA, R. **El Compendio o Catecismo para la Iglesia Universal** 52, 470 - 478

DOCUMENTOS

- CONFERENCIA NACIONAL DE LOS OBISPOS DE BRASIL. *Por un orden constitucional nuevo (Declaración pastoral)* 49, 120-144
- JUAN PABLO II. *Discurso a la Pontificia Comisión Preparatoria del Catecismo Universal (15.11.1986)* 52, 434-435
- CARDENAL J. RATZINGER. *Relación al Sínodo de los Obispos sobre el estado de preparación del catecismo de la Iglesia católica (1.10.1987)* 52, 436-439

RECENSIONES

- R. RICARD. *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572 (A. MORIN).* 51, 413-417
- R. H. HERSH, D. PAOLITTO, J. REIMER. *El crecimiento moral. De Piaget a Kohlberg (E. GARCIA). DECAT. — Catequesis Familiar (E. GARCIA).* 51, 417-419
- Ch. MULLER. *Nuestra Fe. Exposición del misterio cristiano para el hombre latinoamericano de hoy (E. GARCIA). DECAT.* 52, 572-573
- Líneas Comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina (E. GARCIA). DECAT.* 52, 573-574

FICHAS VALORATIVAS DE SONORAMAS CATEQUÍSTICOS

- L. LUNA y M. G. García, *La Alianza. COMPAS, El bautismo cristiano. CECIL. El bautismo, sacramento para una vida nueva. L. LUNA y equipo, El bautismo, signo de liberación. L. LUNA y M. G. GARCIA, Confirmación y plenitud humana. M. NOTARI y equipo, Crescer em Jesus Cristo. L. LUNA y equipo, Encuentro con Jesús. R. ECHEVERRIA y equipo, Eucaristía, el pan. G. VIVIANI y J. C. PISANO, Formando comunidades. SONOVISO DEL PERU, La Iglesia de Corinto (DECAT-ITEPAL)* 51, 420-432

FE DE ERRATA

En el N° 51, página 420, después del título, la primera línea del primer párrafo debe leerse:

Los obispos de América Latina han instado al CELAM a enfocar su